PAZ IRIBARNE



DESEOS PROHIBIDOS

UN AMOR DE JUVENTUD INTERRUMPIDO POR LOS PREJUICIOOS Y LA GUERRA, UN ASESINATO QUE VUELVE A REUNIRLOS

Deseos prohibidos

Trilogía Juegos de poder - Libro 3

Paz Iribarne

Derechos de autor © 2026 Paz Iribarne

SAFE CREATIVE
Todos los derechos reservados
Código de registro: 2602264698139

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Esta novela contiene escenas de violencia, lenguaje adulto y escenas sexuales explícitas por lo que es apta solo para mayores de 18 años.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Advertencias
Algunos términos que vas a encontrar en este libro
Sinopsis
1 El pasado no pide permiso
2 Ciclamen del Líbano
3 Tú me condenaste a no poder amar a nadie
4 Pecado y placer
5 Desenfreno
6 El presente asesta su primer golpe
7 Castigo divino
8 El asesino cerca de casa
9 Muchas preguntas y pocas respuestas
10 Thiago D´alessandro
11 Circunstancias
12 Encuentro
13 Ya no quiero esconderme
14 Recuerdos de traición
15 Una mentira tras otra

16 Ajuste de cuentas
17 Halcones
18 Dolores del pasado y presente
19 Parásitos
20 Salir de las tinieblas
21 Guerra interior
22 El mundo siempre será mundo
23 Fuego intenso
24 Absolución
25 No sé cómo perdonarte
26 Millones y algo más
27 Acorralado
28 ¿Es posible seguir adelante?
29 El último secreto
30 La muerte susurra tu nombre
31 Silencios que duelen
32 Construir desde las cenizas
33 Sacrificio
34 El joyero de Damasco
Epílogo
Agradecimientos
Acerca del autor

Dedicatoria

Para mi mamá, gracias por elegir quedarte y lucharla.

Te amo.

Advertencias

Esta novela contiene escenas de violencia, lenguaje adulto y escenas sexuales explícitas por lo que es apta solo para mayores de 18 años.

Para tener en cuenta también. Si bien esta historia puede leerse de manera independiente, sería recomendable que antes de adentrarse en ella, leyeras la novela Entre Muertos, el segundo libro de la saga Juegos de Poder.

Algunos términos que vas a encontrar en este libro

MarHabā: Saludo común en el árabe del Líbano. Significa hola

Hezbollah: Traducido literalmente como Partido de Dios, es un partido político y grupo paramilitar musulmán chií libanés, regido desde 2024 por su secretario general Naim Qassem. Es, junto con el Movimiento Amal, la principal expresión política y militar de la comunidad chií del Líbano, uno de los tres grupos religiosos más numerosos del país.

Kāfir: Es un término islámico de origen árabe utilizado por los musulmanes para referirse a los no musulmanes que niegan a Alá, rechazan su autoridad y no aceptan el mensaje del Islam como verdad.

Tefilín*: Los tefilín* son cajas de cuero negro que contienen pergaminos con la inscripción del Shemá y otros pasajes bíblicos. La Torá ordena a los hombres judíos adultos atarse los *tefilín* en la cabeza y la parte superior del brazo con correas de cuero, en cumplimiento del versículo: «Los atarás como una señal en tu mano, y serán como un recordatorio entre tus ojos» (Deuteronomio 6:8) . *Los tefilín* se usan durante las oraciones matutinas entre semana.

Ahuvati: Amado o querido en hebreo.

Habibi: Término árabe para referirse a alguien muy amado. Significa querido, amado.

Ramadán: El Ramadán es el mes más sagrado del islam y conmemora el momento en el que Alá reveló el Corán al profeta Mahoma

Hajj: El Hajj es una peregrinación sagrada que todo musulmán debe realizar al menos una vez en la vida: es uno de los cinco pilares del Islam. Cada año, millones de musulmanes de todo el mundo viajan y realizan *el Hajj* en La Meca, la actual Arabia Saudita.

Halal: La carne Halal proviene de animales sacrificados según el rito islámico *dhabiha*, que minimiza el sufrimiento del animal y muestra respeto por su vida. Este proceso incluye la recitación del nombre de Dios y el drenaje completo de la sangre del animal.

Halcón: En la terminología y jerarquía del narcotráfico es la escala más baja. Son los vigilantes, comienzan a edad muy temprana.

Ani ohev otcha: Te amo en idioma hebreo.

Sinopsis

Ryan bebe su café y le da vueltas a la idea, la misma que lo persigue desde hace décadas, la misma que lo atormenta, la que le susurra al oído su cobardía, la que le dice que sin importar cuántas veces lo encuentre, siempre estará condenado a perderlo.

Max Bergman, es un hombre judío marcado por el abandono y el dolor, el cual, se ve atrapado en una historia de amor imposible, entre la pasión arrebatadora y los conflictos familiares irreconciliables. Tras vivir un amor en la juventud con Rayan, un joven musulmán, los años han pasado, pero el deseo y la culpa siguen ardiendo con la misma intensidad.

Cuando Max se enfrenta a la traición de su esposo, Luffer, la verdad de su vida se desploma, desvelando un universo de mentiras y violencia. En su lucha por encontrar la paz y la redención, Max se enfrenta a su pasado y las decisiones que lo definieron, pero el reencuentro con Rayan lo arrastra a una espiral de emociones encontradas, donde la fe, el amor prohibido y el arrepentimiento se entrelazan en un destino que ninguno puede controlar.

Una historia de pasión, traición y redención que desafía todas las fronteras. Una novela que no solo trata sobre amores perdidos, sino sobre lo que estamos dispuestos a sacrificar para amar de verdad.

1 El pasado no pide permiso

Hay promesas que se rompen de la misma manera
que el corazón que las creyó.
—Paz Iribarne.

«Eres una vergüenza».

Maxwell Bergman dio un salto del asiento del bus que lo llevaba a su hogar luego de horas en su trabajo como bartender. Su corazón galopaba en su pecho, la voz, esa voz tan conocida y lejana resonó como en todas sus pesadillas. Ese momento nunca lo abandonaría. Había tenido 18 años cuando ocurrió, pero aun así la voz era nítida, palpable, teñida de amargura en cada letra.

«Diecisiete años».

Casi dos décadas, ese es el tiempo que había pasado desde que escuchó a Isaías, su padre, arremeter con dolor y furia incontrolable al conocer su secreto, al conocer a quien le había pertenecido su corazón desde siempre, desde que llegaron a ese barrio a las afueras de Beirut, en el Líbano tantos años atrás.

¿Podía la mente aferrarse al dolor una y otra vez a pesar del tiempo?

Max, como le llamaban sus conocidos, había dejado de pensar en sus padres desde el momento en que se vio obligado a abandonar su hogar, sin embargo, en sueños, su mente se encargaba de recordarle de dónde venía, y quienes habían sido las personas más importantes de su vida.

«El pasado no pide permiso, solo abre la puerta».

Taylor, su único amigo en la ciudad de Nueva York, repetía esa frase como un mantra. Lo peor es que tenía razón. Uno podía huir de un país, de un planeta, de una galaxia incluso, pero el pasado era una mochila que siempre nos acompañaba, a veces para regocijarnos, y tantas otras para destruirnos.

Miró su reloj y se dio cuenta de que faltaban dos horas para que amaneciera. La ciudad de Nueva York, esa enorme mole de cemento que albergaba millones de vidas despertaría una vez más y daría paso al sol sobre ella. Max observó las calles que pasaban, los autos, las personas que se movían de un lado a otro, aunque todavía eran escasas. Dentro de algunas horas la ciudad, como un flor, se abriría y llenaría de vida.

No terminaba de acostumbrarse, quizás nunca lo haría, Nueva York nunca se sintió como un hogar, tal vez ningún lugar lo era. Maxwell solo tenía en mente una cosa, perdió su lugar cuando decidió ser quien era, cuando fue empujado a decir la verdad, a confesar lo que su corazón había guardado desde que era un niño.

—¿Por qué me abandonas?

—No te abandono.

—¿No? ¿Y qué estás haciendo?

—¡Eres un hombre Max! ¿Es que no lo ves?

—Sí, Rayan, soy un hombre. Uno que te ama con toda su alma, ¿eso no es suficiente?

Max apoyó su cabeza en el asiento y cerró de nuevo los ojos, le rogó a su cabeza que tuviera piedad, esa que no le había mostrado por muchos años.

Su padre ya no estaba, su madre ya no estaba, y su amor, su gran amor, se había ido hacía mucho tiempo. Lo que quedaba, lo que todavía vibraba entre ellos solo era la añoranza. El deseo de lo que se rompió, la promesa que se destruyó, del mismo modo que su corazón, casi dos décadas atrás.

«Cinco y diez de la mañana».

Esa fue la hora en la que su vida cambió de nuevo, el momento en que su mundo endeble, ese que construyó con los pedazos de su alma terminó por detonar.

Maxwell se detuvo frente a su casa, ese sitio el cual compartía con su esposo, ese lugar que era más bien una prueba del crimen de los amoríos de ese bastardo, al cual nunca le importó.

—¿Qué bebes?

—Primero me gustaría pedirte tu número.

—Lo lamento, no tengo ese tipo de trato con los clientes.

—Vamos, ¿a qué le temes?

Max nunca se arrepentiría lo suficiente de haberle dado el número aquella vez, nunca se arrepentiría lo suficiente de ser incapaz de poner límites y tener un mínimo de dignidad, pero esa noche estaba cansado, estaba harto.

La puerta de su casa se abrió en ese momento, los aspersores se activaron y Max se quedó inmóvil al ser testigo de la cruel escena.

Un joven que seguramente apenas tenía la mayoría de edad salía de la casa que compartía con su esposo y este, por supuesto, lo acompañaba para despedirlo. Maxwell había trabajado toda la noche en *Encantos,* y lo menos que necesitaba era que ese imbécil le enrostrara las infidelidades. Era un descarado traidor, no solo se hartaba de ponerle los cuernos, sino que lo hacía en su propia casa. En la misma cama que ambos compartían.

Se quedó en esa imagen que le desintegró el mundo. Su marido besaba con pasión al bello joven, envolviéndolo en su poderoso cuerpo, brindándole calor y placer.

«Calor y placer».

Max hacía tanto tiempo que carecía de ambos. Se sentían lejanos como si hubieran pertenecido a la vida de otra persona.

—¿Alguna vez me amaste?

—Cariño, el amor no tiene nada que ver. Relájate, es solo sexo.

Ojalá para Max fuera tan sencillo. Ni siquiera podía entender ese concepto, simplemente no entraba en su cabeza. El hombre y su amante lo observaron sorprendidos, ambos bajaron la cabeza y Max suspiró profundo. Bien, eso era todo. Acomodó su bolso en el hombro, listo para enfrentar la situación. Dispuesto a dar un corte definitivo con ese infeliz que desconocía la palabra respeto.

—Max—dijo el maldito cuando el muchacho pasó a su lado sin dirigirles la palabra.

Maxwell caminó a paso rápido al interior de la amplia casa y de inmediato subió las escaleras a la recámara. Luffer, su marido, o *«Lucifer»,* como solía llamarlo burlonamente su amigo Taylor, fue tras él apenas despidió a su amante.

«¿Qué es lo que quieres de la vida?».

Max cerró los ojos y contuvo las lágrimas. La verdad es que no lo sabía, porque incluso después de todos estos años seguía soñando con lo mismo, y eso era imposible.

«Sé que no quiero esto».

La dignidad era un término lejano, demasiado, pero si se marchaba allí, todavía había una mínima posibilidad de que la recuperara. Paso a paso, pedazo a pedazo, dolor tras dolor, no importaba cómo, pero no seguiría allí.

Max buscó las maletas e ingresó al vestidor para recoger sus pertenencias. Luffer se detuvo en el umbral de la puerta con las manos en la cintura y negó.

—Vamos, amor—dijo con dulzura— ¿No me harás una escena de celos después de diez años verdad?

«Diez años».

Max quiso reír, ¿cómo había esperado tanto tiempo para tomar esta decisión?

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Max frunciendo el ceño — ¿Te das cuenta de lo cínico que eres?

—¿Cínico? —Se señaló a sí mismo— ¿Tienes idea de lo que es soportar todas las noches solo?

—Viajas todo el tiempo—aclaró Max—. He estado para ti cada vez que has llegado. Jamás dudé de ti, nunca te pregunté acerca de tus «amigas o amigos» como los llamas tú. Siempre me he mantenido al margen, esperando que cambiaras, que dejaras de humillarme ¿Y con qué me encuentro? Con que ya no te basta engañarme durante tus viajes, sino todo el tiempo.

—Amor.—Luffer siguió y caminó hacia Max quien guardaba su ropa —. Estoy enfermo, creo que esto se ha vuelto una adicción. Yo simplemente me dejo llevar.

Max se detuvo, arreglándose el cabello y mirando todas las cosas que aún le quedaba por empacar.

—Pues, ve a terapia, pero yo me voy.

Luffer lo sostuvo de ambos brazos, impidiéndole el paso.

—Tú no puedes dejarme.

—¿No? —indagó furioso —¿Y qué debo hacer según tú? ¿Mantenerme sumiso? ¿Soportar una tras otra tus humillaciones? ¿Has visto la cama? ¡Has dejado los preservativos usados sobre las malditas sábanas, hijo de puta!

«El pasado no pide permiso».

La frase de su amigo Taylor resonó una vez más en su mente, y el recuerdo atroz de la última vez que tuvo a su padre cara a cara se materializó, aunque ahora quien asestaba los golpes ya no era Isaías, sino que se trataba de su esposo.

El golpe fue tan fuerte que Max apenas fue consciente de que era arrojado contra la pared. Max había gritado y la respuesta de su esposo fue escalar en violencia.

—Mierda— dijo Luffer reaccionando ante tal acción—. Amor, ¿estás bien? Déjame ayudarte.

—¡Apártate!

Max lo empujó hacia atrás, bañado en lágrimas, sosteniendo su rostro que dolía como nunca. Un enorme hematoma comenzó a formarse entre su mejilla y el ojo derecho.

—Perdona, no fue mi intención. Te lo juro, no volverá a suceder.

—Claro que no.—Max se puso de pie y tomó algunas pertenencias más para cerrar la maleta—. A partir de hoy solo hablarás con mi abogado.

—¿Qué?

—Quiero el divorcio, y no creas que esto se quedará así.—Sostuvo su valija y salió del vestidor, Luffer volvió a sostenerlo con fuerza—¡Me haces daño!

El rostro contorsionado por la furia le develó a Max que no solo estaba casado con un infiel, sino con un monstruo que, en apariencias era encantador.

—¿Quién mierda te crees? —Luffer escupió con rabia —. Eres un cornudo muerto de hambre que no tenía donde vivir cuando te conocí. Agradece que tienes un culo de infarto, el cual he disfrutado follarme, de lo contrario...

—Eres un monstruo—interrumpió —¿Cómo pude estar contigo tantos años?

Max apenas creía lo que escuchaba de ese hombre. No había marcha atrás. Prácticamente corrió escaleras abajo y salió de la casa, sintiendo que ese imbécil lo perseguía. Ya afuera, Luffer volvió a sostenerlo y esta vez le apretó el cuello.

—Vuelve a la casa y deja de armar escándalo.

—¡Suéltame!

Apenas salieron las palabras cuando el bastardo presionó sobre la tráquea con tanta fuerza que parecía que la partiría. Max luchó, pero resultó en vano. Luffer era mucho más alto, practicaba artes marciales mixtas, mientras que él era un flacucho que solo vivía para trabajar en la discoteca.

Su visión se nubló por las lágrimas. El rostro de Luffer cambió al de su padre, y de pronto, Maxwell volvía a tener 18 años, sin un hogar al cual volver.

—Quítale las manos de encima, ahora.

El sonido del gatillo acomodando la bala en el tambor. Luffer observó al hombre que estaba a escasos metros de ellos y lo apuntaba con el arma. Rio sin quitar sus sucias manos de Max.

El corazón de Max se saltó un latido, y no fue por el agarre de ese bastardo, sino por el hombre que ahora buscaba defenderlo. Era él, siempre había sido él.

—Miren a quien tenemos aquí.

2 Ciclamen del Líbano

Beirut, El Líbano.
Décadas atrás.

Me gustaban las flores, de hecho, las amaba. Recuerdo el enorme jardín con el que mi familia contaba en Lille, el lugar donde viví hasta cumplir los diez años. Mamá decía que sería un paisajista extraordinario cuando creciera, papá decía que era una tontería.

«El banco me ha dado un ascenso, nos mudaremos en un mes».

Mamá asintió como siempre lo hacía, y yo fui arrastrado a un nuevo mundo, uno en donde alternaban entre odiarnos y mirarnos como parias. Mi padre también los observaba a ellos de ese modo. Es como se construye el odio, es bidireccional y destruye a ambas partes en el proceso.

Éramos una familia de israelíes viviendo en tierras musulmanas, una tierra que recordaba incursiones bélicas y enfrentamientos, una tierra que todavía lloraba lágrimas de sangre que corrían como ríos y manchaban los pies y la existencia de todos. Mi padre siempre nos inculcó que proveníamos de un linaje fuerte, que habíamos sobrevivido a genocidios, guerras y seguíamos de pie, lo pronunciaba inflando el pecho, con orgullo y convicción, pero yo, cuando susurraban detrás de mí, solo deseaba ser uno más, solo deseaba que las guerras y los malos recuerdos entre los pueblos desaparecieran y empezáramos de cero. Mi mente de niño, mi estúpida e inocente mente de niño no alcanzaba a comprender que

hay dolores tan profundos, heridas tan hondas que se mantienen abiertas por siglos, y que, de vez en cuando, se avivan, y abren un poco más.

Beirut no era Lille, aun así, era hermoso, la gente me parecía bella, su color canela, sus profundos ojos negros, tan diferente de mi piel blancuzca y mis ojos azules y quería pertenecer allí, quería jugar y reír con esos niños, los cuales susurraban a mis espaldas sin tapujos ni remordimientos.

Caminé aquella tarde a casa después de la escuela y me detuve frente a un jardín, flores de un violeta pálido se movían con gracia y sutileza. El jardín estaba lleno de ellas, mi nueva casa contaba con piscina y palmeras, pero no había más vegetación que eso. El sol presionaba sobre mi cabeza, me sequé el sudor con la manga de mi camisa blanca, pero no me moví, estaba en una especie de trance por esa belleza, por la manera en que casi me invitaban a acariciarlas, y lo hice. Atravesé la cerca baja y me adentré en el jardín. Los insectos se escuchaban entre la hierba fresca y la humedad se levantaba en ese pequeño retazo de vida. Me coloqué de rodillas en medio del verdor, entre esa gama de un violeta sutil y acaricié las hojas despacio. Mis deditos blanquecinos rozaron uno a uno los pétalos que, pese a la humedad, se mantenían tibios debido al sol furioso sobre nuestras cabezas.

—¿Qué haces aquí?

La voz sonó lejana, y tardé unos segundos en notar que el portador de ella estaba a solo dos metros de mí. Mis ojos se encontraron con los suyos. Dos pozos oscuros que me atraparon, dos pozos que me engulleron en ese momento, aunque no me diera cuenta. Abrí la boca y la cerré, mi cuerpo temblaba, y mi mirada fue de nuevo hacia las flores. Las señalé nervioso, incapaz de esbozar una mísera letra, como un burdo criminal atrapado en la escena de un crimen.

—Ciclamen del Líbano—dijo la pequeña voz cerca de mí. El niño no sonreía, pero aun así no se mostró hostil. El árabe todavía me costaba tanto.

—¿Qué? —Alcancé a balbucear con torpeza.

—Las flores, tontito—Su tono pareció incluso divertido—, es así como se llaman.

Continuaba inmóvil, seguro de que me echaría de ese sitio, o quizás me golpearía. Era del doble del tamaño que yo. Dio pasos hacia mí, yo estaba aterrado, incapaz de retroceder y huir.

— MarHabā. Soy Rayan—dijo seguro de sí mismo.

—MarHabā—Alcancé a pronunciar con un hilo de voz.

Rayan me observó, con esa intensidad a la que pronto me acostumbraría, con esa intensidad que en las noches solitarias extrañaría y necesitaría cual oxígeno.

—¿Tu nombre?

—Max—dije con rapidez antes de que mi lengua volviera a enredarse —, mi nombre es Max.

Entonces ese niño me sonrió, y sentí que era la primera vez que alguien me veía de verdad.

—El jefe de la policía ¡Por Dios! ¡Qué miedo! —dijo Luffer con una sonrisa socarrona que Rayan quería borrarle de un golpe.

—¡Déjalo ahora! —gritó Rayan y Luffer borró su sonrisa, liberando a su marido. Max dio pasos hacia atrás y Rayan de inmediato se acercó a él para ver cómo estaba.

—¡Qué tierno nos ha salido el policía!

—Desaparece si no quieres que te arreste.

—¿En serio? ¡No me digas!

Rayan iba a sacar las esposas y Max lo detuvo.

—No, déjalo. Ya lo pagará en la corte porque esto no se quedará así.

Luffer los observó con desdén por última vez antes de regresar a la casa. Max apenas pudo respirar.

—Max, ¿estás bien?

«¿Por qué tenías que ser tú?».

Rayan, el nombre que lo perseguía como un fantasma, ese que se mantenía imborrable en su mente, en su cuerpo, en su alma como si estuviera escrito con tinta indeleble.

—No, para nada— replicó Max con el llanto saliendo a borbotones.

—Vamos a mi casa.

Rayan lo abrazó y se giró hacia la casa de Max en donde Luffer estaba por la ventana del dormitorio observando.

—Bastardo.—Ingresaron al hogar del policía y de inmediato el hombre lo revisó—¿Quieres que vayamos al médico?

—No, por favor —pronunció con dolor —. Ya basta por esta noche.

Rayan lo abrazó una vez más y Max se relajó en sus brazos. El inspector olía tan delicioso y él tiritaba de frío y rabia.

«Apártate».

¿Qué estaba haciendo? ¿Acaso no tenía escarmiento? ¿Dónde había quedado el discurso acerca de la dignidad?

—No puedo besarte—sentenció con todo el dolor en el alma y en el corazón—. No podemos, no hay nada que cambiar, porque esos que éramos, esos dos muchachos que se amaban ya no existen. La vida les pasó, otros amores, malos momentos, buenos momentos, ya pasó. No hay nada que nos una, Rayan.

—¿Me amas?

—Te amé tanto. Le pedí tanto a Dios que volvieras a mí, el día que mi madre me mostró la invitación de bodas le imploré que tuvieras la fuerza de quebrar ese destino. Lloré, lloré ese día y todos los días que lo siguieron. Lloré por meses, y, cada tanto, con el pasar de los años, el sentimiento de pérdida volvía y el llanto regresaba.

—No voy a renunciar a ti. No me voy a ir, no voy a huir y no voy a compartir mi vida con nadie que no seas tú. No me importa cuánto demore, no me importa cuán enojado o dolido estés, o cuan verdaderos hayan sido tus comentarios. Agradezco que hayas renunciado a mí por amor, agradezco tu corazón. Sin embargo, yo no

soy como tú. Nunca lo fui. Voy a luchar por ti. Puedes amenazarme, ignorarme, seguiré aquí, hasta que me des una oportunidad.

A su mente vino la última conversación, esa puerta que pensó que había cerrado, pero cuando se trataba de Rayan Alí, nunca sucedía.

—Debo irme.—Max se separó con torpeza del cuerpo tibio que lo cobijaba. Eran demasiadas locuras para una sola noche. Todavía estaba a tiempo de marcharse y no seguir cayendo en la vergüenza.

—Quédate conmigo—Rayan se apresuró a decir—, en el cuarto de huéspedes, quédate por esta noche.

Max dio un suspiro, observó a un costado, su cara ardía y el dolor comenzaba a instalarse.

—No es correcto.

—¿De qué hablas? —Rayan frunció el ceño—. Eres un vecino en problemas, puedo ayudarte.

Max rio ante el comentario, ¿así es como iban a jugar?

—No voy a quedarme con tu familia ahí.

Rayan negó y se humedeció los labios.

—Me he separado. —La frase hizo que Max se congelara—. Mi esposa está en la casa de su hermana. Le propuse marcharme yo, pero no aceptó.

—¿Te…has se…, es decir?

—Nunca debí haberme casado en primer lugar.—El arrepentimiento era genuino—. Sé que no puedo retroceder el tiempo, pero puedo hacer las cosas mejor ahora—¿Qué quedaba por decir después de esa confesión? Max dio un suspiro, pero se mantuvo en su lugar. El frío calaba en sus huesos. Rayan se acercó una vez y tocó su brazo con cuidado—.Max, necesitas quedarte en algún lugar, no has dormido y tienes frío, por favor.

Max miró sus manos, su mente y su corazón actuaban como dos polos opuestos, uno le decía que se acercara, el otro que huyera de ahí, que ya había estado en ese lugar y solo recibió dolor por parte de ese hombre.

Rayan se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia su casa, las piernas de Max también se movieron en esa dirección. La madera de los escalones del porche crujió debajo de su peso. El hombre abrió la puerta y le hizo una seña para que ingresara. Max lo hizo, el calor lo invadió de inmediato y sus rodillas estuvieron a punto de flaquear. Un aroma a incienso y cedro invadió sus fosas nasales, era el aroma de Rayan, el que conocía desde que eran niños, el mismo aroma que lo envolvió aquella vez cuando le dijo el nombre de aquellas flores.

Rayan observó la casa, los muebles de madera marrón oscura, la mesa amplia y rústica en el centro de la sala, entonces allí estaba, decorando la sala en la que, con seguridad, había tenido cientos de almuerzos, el mural cubría la pared, los tonos pálidos violetas y rosas y el cuerpo de Max se agitó.

«Ciclamen del Líbano».

La pequeña voz regresó a sus oídos y fue imposible no sonreír ante el recuerdo, ante lo que se mantenía vivo, incluso cuando siempre fue prohibido.

3 Tú me condenaste a no poder amar a nadie

Beirut, El Líbano.
Décadas atrás.

—Cuidado, duele.

Rayan cerró su ojito mientras el hematoma brillaba en su piel canela sudada. Acaricié despacio la zona, mis dedos blanquecinos en contraste contra su piel.

—Lo lamento—esbocé con tristeza.

—No fue tu culpa—Rayan sonrió mientras ambos estábamos sentados en la arena y las olas nos traían caricias del mar que rozaban nuestras caritas—. Papá me sorprendió y no pude mentirle.

Mi mano izquierda descansaba cerca de su mano derecha, enredé mis dedos con los de él.

—¿Por qué tienes que mentirle?

Rayan guardó silencio, sus ojos negros, esos que cada vez que observaba me cosquilleaba el corazón fueron hacia el mar, el cálido mar Mediterráneo.

—Tu gente asesinó a los hermanos de mi padre—confesó y sentí como si esa herida fuera mía—. Una de las incursiones contra el Hezbollah terminó con ellos bañados en sangre. Mi abuela todavía los llora, papá no, pero sigue clamando venganza.

—Yo no maté a nadie.—Mi voz pequeña, la voz de un niño que apenas entiende el mundo.

Rayan negó.

—Ya lo sé, también sé que no eres malo, pero mis papás no lo ven así. Eres un Kāfir.

Conocía la connotación de esa palabra, mi familia la pronunciaba también.

«Infiel, impuro».

—No quiero que te golpeen por mí—susurré y Rayan apretó sus deditos con los míos.

—Y yo no quiero separarme de mí.

Las lágrimas recorrieron mis mejillas, Rayan con su mano libre las secó despacio.

—No deberías llorar por mí.

—¿Y si en algún momento te lastiman seriamente?

—Yo nunca voy a dejarte Max, no importa cuánto me lastimen.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo con mi vida.

—¿Quieres algo de beber? ¿Un café?

Max negó y se sentó en uno de los sofás que estaba cerca de la ventana, miró hacia afuera y se percató que, desde allí tenía una visión perfecta de su hogar ¿Cuántas veces Rayan lo habría espiado desde allí?

—No—replicó—, me conformo solo una cama caliente. Ha sido una noche de mierda con todas las letras.

Rayan se había quedado estático, apoyado sobre la mesa. Rio y negó.

—Es increíble que estés aquí.

—Lo sé—Max se observó las manos—, nunca pudimos compartir más que una playa.

La playa a dos kilómetros de sus hogares en Beirut, ese había sido su secreto, el sitio que los había visto crecer, y fluir desde la inocencia y la amistad, a una pasión ferviente que se consumó cuando ambos tenían dieciséis años.

—Nueva York es otra cosa—agregó Rayan y Max asintió.

—Sí, al menos aquí nadie espera que nos matemos.

El silencio llenó el espacio, Rayan chasqueó la lengua.

—¿Sabes qué es lo peor de esto? Que ni siquiera podemos reír por esa broma.

Max negó. Un río de muerte y sangre los separaba, uno que se acrecentaba a cada segundo, uno que los perseguía sin importar donde estuvieran.

Se mantuvieron sin decir palabra por un rato más, solo compartiendo un espacio.

—¿Cómo carajo terminaste con alguien como ese tipo?

La rabia en la pregunta fue imposible de ocultar. Max jugó con la correa de su bolso, ese que cargaba a todos lados.

—Parecía encantador—confesó—, alguien con quien formar una familia. Lo conocí en la discoteca.

—Dios, no puedo creer que trabajes en ese lugar. Si tus padres te vieran ahora.

—Mis padres no me verán nunca, para ellos estoy muerto porque me gusta que me rompan el culo. —Las palabras salieron desordenadas y crueles—. Esto es lo que soy, Rayan. Soy yo, sin miedos, ni prejuicios, y sí me equivoqué con Luffer, pero debía intentar seguir viviendo, debía intentar…

Se calló en el momento justo, el corazón de Rayan palpitaba con fuerza.

—¿Qué debías intentar?

Los ojos de Max se enfocaron en él con determinación.

—Olvidarte—dijo sin miedo—, continuar con mi vida, y lo voy a seguir intentando, una y otra vez, porque merezco la felicidad.

La declaración resonó en el cuerpo de Rayan como una bofetada.

—Nunca quise herirte, Max—dijo con un hilo de voz—, pero debía elegir.

—Lo sé—replicó—, y escogiste la comodidad, incluso cuando te mentías a ti mismo.

—¿Crees que fue fácil? —La voz de Rayan subió—¿Piensas que no lloré esa decisión?

—¿Qué importa si lo hiciste? —preguntó Max—¿Cambia algo?

Rayan negó, frustrado.

—Todo esto es tu culpa.

—¿Qué es mi culpa?

—¡Tú me condenaste, maldita sea! —Rayan gritó—.Me condenaste a no poder amar a nadie.

Max rio con sarcasmo.

—¿En serio? ¿De verdad me harás responsable?

—¡Sí! ¡Te hago responsable! —Rayan parecía fuera de sí—. Te llevaste mi corazón y desapareciste. Por años pensé que podía recuperarlo, volver a ser yo, pero todo fue una ilusión de mierda.

Max negó y tensó la mandíbula.

—Eres un puto egoísta, eso es lo que eres, y ni siquiera tienes las pelotas de enfrentarlo.

—¿Sabes lo que mi dios dice de la gente como nosotros?

Max se puso de pie.

—Tu Dios, si existe, está preocupado en cosas más importantes que dos imbéciles como nosotros.

Rayan frunció el ceño.

—¿Te estás escuchando?

—Claro que lo hago. —Max no retrocedió—. Todo lo que ha pasado entre nuestra gente no se trata de Dios, sino de poder, de influencias políticas. La gente que ha muerto, nuestras familias, murieron como consecuencia de hijos de puta ávidos de poder y territorio que se escudan bajo el nombre de Dios, y gente ignorante como tú, sigue abasteciendo esa maquinaria de sangre.

Rayan abrió y cerró la boca, la rabia y la decepción hervía entre ellos.

—«Si dais gracias, os concederé más; pero si sois ingratos con mis favores, mi castigo será terrible».

Max se cubrió el rostro y comenzó a reír.

—Tienes una vida de mierda, y todavía sigues recitando el Corán de memoria. —Se puso de pie, y puso las manos en su cintura, su mirada en el piso—¿Sabes qué? Esto no nos sirve a ninguno de los dos.

Se incorporó y caminó hacia la puerta, pero Rayan se interpuso.

—No te vayas.

—No quiero herirte, y se me está haciendo difícil—confesó—. Hazte un lado, estoy cansado y debo ir a buscar un lugar donde quedarme.

Rayan puso sus manos en los hombros de Max quien se estremeció.

—No te vayas así, hace frío y estás cansado. Lamento…—Las palabras se atoraron en su garganta—, lamento todo lo que ocurrió entre nosotros, la manera en qué terminamos. Todo. —El nudo que se había formado en la garganta de Max se apretó con fuerza, cortándole todo el paso de oxígeno—.Ven, te mostraré el cuarto de huéspedes. Tu esposo no vendrá aquí. No si quiere seguir vivo. Estás seguro conmigo.

Max lo sabía, siempre lo supo. No hubo lugar más seguro en su vida que los brazos de ese imbécil. Se mantuvo callado, las manos de Rayan se deslizaron por su chaqueta y asió su mano derecha. Las piernas de Max se movieron solas, Rayan lo guio a través de la sala y luego a las escaleras hacia la planta alta. La casa era tan grande

como la suya, aunque, tenía menos muebles, las típicas casas de los suburbios. Caminaron por el pasillo hasta la habitación del final.

—El cuarto tiene baño propio —explicó Rayan y le mostró el placard —. Hay más mantas por si las necesitas. Estoy en el primer cuarto por si necesitas algo. Hay comida en el refrigerador si te apetece.

El cuarto solo tenía un placard empotrado a la pared, una cama de dos plazas, una mesa de noche y un chifonier. Las paredes de un color azul intenso, con molduras blancas níveas. El aroma de Rayan también estaba allí, impregnaba cada espacio.

Max observó a Rayan. La sudadera blanca se adhería a su cuerpo tonificado de un suave color dorado. Amaba ese tono, amaba la manera en que contrastaba con su propia piel blanca como la porcelana, adoraba el calor que transmitía incluso en invierno. Como si el desierto de Medio Oriente formara parte de él, como si el sol en su bondad nunca lo desamparara. Max había perdido la fe en Dios y en cualquiera de sus versiones décadas atrás, pero seguía pensando que, si alguna divinidad existía en alguna parte de la galaxia, debía parecerse a Rayan. Su cercanía lo molestó y excitó a partes iguales. Había pasado tanto tiempo desde que su piel se rozó con la suya. Tantos años, los cuales se desvanecían solo con tenerlo cerca, como si nunca se hubiera ido.

—Bueno—dijo Rayan, incómodo e inseguro ante el silencio—, descansa.

Dio pasos hacia la puerta, Max dio media vuelta.

—Rayan.

El hombre se detuvo.

—¿Sí?

—Gracias por todo, de verdad.

Rayan se humedeció los labios, se detuvo en su rostro y la ira lo invadió. El inmenso hematoma cubriría la mitad del rostro de Max.

—Carajo, ¿cómo se atreve?

Max acarició su rostro con cuidado.

—Estoy bien, de veras.

Rayan se humedeció los labios, los cuales, picaban por asaltar la hermosa boca frente a él.

—Nos vemos en un rato—dijo antes de cometer una locura. Una locura que Max deseaba con toda su alma.

Lo vio salir de la habitación y cerrar la puerta. Observó alrededor y advirtió que la luz en su antigua casa estaba apagada. Rogó a que su exesposo se hubiera dormido y dejara de molestarlo a él y a Rayan.

Se sentó en la cama y rozó las mantas suaves y cálidas. Respiró y se impregnó del agradable aroma que se parecía al hogar, al único que conoció en toda su vida. Estaba a salvo.

4 Pecado y placer

Cuenta una leyenda judía que cuarenta días antes de nacer, a cada niño se le elige pareja en el Cielo. Dos almas se crean en el firmamento y entonces un ángel exclama: «Este niño será para esta niña». Los Ángeles voltean a la tierra y ven desde arriba y a partir de ese día, no habrá obstáculo que impida su encuentro, ni adversidad que vulnere su amor infinito.

De acuerdo con la leyenda, hay una razón para que los ángeles elijan un niño a cada niña. Es la misma razón por la que Dios le da al hombre dos ojos, dos oídos, dos piernas y dos manos. La razón es que se complementen y actúen juntos como si fueran uno solo.

Me pregunté muchas si los ángeles tuvieron en cuenta esto cuando me pusieron en el camino de Rayan, porque yo nunca me enamoré de una niña, nunca pude. Quizás los ángeles, ese día, decidieron jugarme una broma, una muy cruel.

«Rayan».

Pensó en el hombre que estaba a solo pasos de él, pensó en su primera vez, en el apuro, los miedos y la adrenalina de lo secreto, pensó en los besos, en los miles que se dieron y aquellos que solo le dio en sueños.

Estaba en una cama que olía a él, a ese perfume inolvidable que, sin importar los años, lo perseguía como una extensión fantasmagórica.

El calor de la cómoda cama lo hizo ronronear. Atrás quedó la ira por Luffer y sus engaños, este momento era lo que había anhelado

desde que se separaron, solo este instante y no iba a desaprovecharlo. Olió la almohada, arropado en la tibia cama en la casa de su amor de juventud y metió sus delicadas manos entre la ropa acariciando su torso con delicadeza, rozó sus pezones, los cuales, clamaron por atención. Recordó la lengua de Rayan sobre ellos, el suave aleteo y las succiones intensas. Un gemido bajo escapó, su mente le preguntó qué estaba haciendo, pero Max no la escuchó, no ahora.

Se desnudó, quedando en un bóxer color blanco, se acostó y sintió las sábanas rozando su piel caliente, un toque suave que le dio el impulso para seguir explorando, para encontrarse con partes de él que solo le pertenecían a Rayan, que siempre fueron suyas, incluso cuando lo negó una y otra vez.

No se contuvo, chupó dos dedos y los mojó con saliva, luego los introdujo entre el boxer, abriendo las piernas al máximo para buscar su entrada.

—Hazme tuyo— susurró y dio un gemido cuando ambos dedos ingresaron y fueron abrazados por su cálido y estrecho interior. La pelvis se levantó, la planta de los pies sobre el colchón y sus piernas extendidas, probando, gozando el toque rápido y persistente—. Rayan—musitó una vez más y gimió cuando encontró su próstata.

Estaba tan perdido con esa marea de sensaciones, con sus ojos cerrados, que no advirtió al musculoso hombre que se acostaba a su lado y ponía las manos en su vientre. Abrió los ojos y el aire quedó atascado en su garganta.

—Di mi nombre de nuevo— dijo el policía mientras las manos subían y acariciaban su torso—. Quiero escucharte.

Max tragó saliva y gimió cuando Rayan acarició sus sensibles pezones. El hombre se coló entre sus piernas y de inmediato los brazos de Max se enredaron en su cuello, acercándolo para devorar su boca.

No fue un beso inocente, con las ganas que ambos tenían el beso solo podría ser desordenado y sucio. Lengua y dientes chocaron,

mordiendo, ensalivando, jugueteando. Se soltaron al cabo de un par de minutos, solo para que Rayan descendiera con su boca entreabierta al cuello de Max y este gimiera de nuevo.

—Esto es pecado.

—Pero Rayan…

—¿No lo entiendes? Somos una abominación.

El recuerdo lo golpeó como un tren de carga a máxima velocidad. Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Max e intentó apartarse, pero Rayan no se lo permitió.

—Rayan, no—susurró con una voz marcada por la angustia. El enorme cuerpo sobre él se contrajo.

—Tranquilo, todo va a estar.—Lo calmó con cuidado—. Ya te lo dije, estás a salvo.

Max ardía de lujuria y desasosiego, este era el mismo hombre que lo abandonó, el mismo hombre que…

«Detente».

Escuchó a su mente esta vez, escuchó el latir de su corazón desbocado y comprendió una verdad absoluta. Ya no eran esos adolescentes, eran hombres adultos que habían atravesado años separados. Podía tener esto, podía tomar lo que quisiese, aunque el mundo ardiera después.

Rayan lo acarició con la lengua, los dedos del bastardo de su esposo habían quedado tatuados allí. Asió un trozo de piel entre sus labios y succionó despacio, una y otra vez. Las caderas de Max se movieron hacia arriba, los penes se rozaron sacándole gemidos a ambos. La incursión de esa boca maliciosa continuó hacia abajo. Rayan besó y dejó chupetones por donde pasaba hasta llegar al pene, el cual, introdujo por completo en su boca.

Max arqueó su columna y tensó la mandíbula conteniendo un gemido de placer. Su vientre se agitó ante la sensación poderosa y placentera, entretanto la lengua barría sobre su piel húmeda cubierta de presemen. Hundió la cabeza en la almohada y contuvo

los sollozos, se mordió el labio inferior tan fuerte que pensó que sangraría.

Perdido en la lujuria, Max le sostuvo la cabeza a su amante, empujándolo para que lo tragara un poco más. Dios, ¡qué sensación maravillosa! Las manos de Rayan iban y venían por sus caderas y desde allí a su vientre y su pecho, el cual acariciaba a un ritmo constante. Max estaba tentado a mirar hacia abajo, pero era tal el miedo a que Rayan se desvaneciera como tantas veces en sus sueños que se negó a hacerlo.

Se vino cinco minutos después, hubiera querido resistir, pero resultó imposible. Rayan, en una versión más impúdica y experimentada de la que él conocía, tomó la esencia que albergaba en su boca, lanzándola entre las nalgas de Max, lubricándolo.

¿Quién era este hombre? ¿Qué había hecho con su amado?

5 Desenfreno

Beirut, El Líbano.
Décadas atrás.

—Ya eres un hombre.

Las palabras resonaron en mí, mientras mi padre ponía las manos en mi hombro y me saludaba luego de leer la Torah. Ahora debía guardar los mandamientos, ahora era el responsable de mi destino y de guardar el mensaje de Dios en mi corazón. Mis padres habían invitado a algunos de mis tíos que habían llegado de Francia solo para estar en la ceremonia, también estaban algunos compañeros de trabajo de papá, pero no amigos míos, nunca fui bueno haciendo amigos, nunca pude mostrarme cómo era, porque tenía miedo. Miedo de que descubrieran quién era de verdad, miedo de que me odiaran, miedo de perder a quienes amaba. Sonreí y agradecí, encendí las velas. Mi padre ató los tefilín a mi brazo y a mi cabeza, igual que todos los judíos lo hicieron durante 3000 años.

Sonreí en la celebración posterior en mi hogar, abracé a mi gente, y sentí que mi corazón dolía. Rayan no estaba aquí, y yo lo necesitaba en ese momento a mi lado. Era mi único amigo, el único que me importaba.

Lo seguía necesitando como aquella vez, siempre lo haría. La verdad cruda y sin adornos cayó sobre la cabeza de Max quien observaba

como su amigo de toda la vida, su amante, lo preparaba para él, lo preparaba para el sexo, para sentir su cuerpo contra el suyo.

Max se enfocó en el glorioso pene de Rayan, más imponente que nunca. Rayan introdujo un par de dedos en su entrada y empujó con ellos rápido y duro, logrando que su amante se contrajera. No iba a esperar mucho más, era incapaz de hacerlo. Lo abrió de piernas y de una sola estocada el pene fue hasta el fondo, sacando un grito de Max que fue rápidamente acallado por un beso de lengua que comenzó a asfixiarlo.

Entonces, Rayan embistió y Max estuvo a punto de desmayarse.

—¿Me has extrañado? Porque yo sí, horrores.

Max se perdió en los besos sin responder, ¿qué iba a decirle? ¿Qué decir que no sonara más patético y necesitado de lo que ya estaba?

—¿Eres un gran anfitrión? ¿Te lo han dicho? —Fue todo lo que pudo esbozar en tono de broma cuando Rayan besó su cuello. Las piernas de Max se engancharon en su cintura, llevándolo más profundo.

—¿Muy grande? —indagó risueño y golpeó con velocidad extrema dentro de él. Max volvió a gemir.

—Enorme.

Unieron sus bocas una vez más. La cama se movía con tanta fuerza que daba contra la pared. Rayan le daba con todo lo que tenía, sin escatimar nada. Desconocía si Max quería algo más con él, además de esa noche, tal vez, sería la última vez que lo tendría en sus brazos, la última vez que acariciaría su piel y escucharía sus dulces gemidos. No había lugar para arrepentimientos, no de nuevo, nunca más.

El sonido de la carne chocando sumado a los gemidos y jadeos ensordecedores era todo lo que se escuchaba en esa habitación.

—Te he soñado tantas veces aquí—pronunció Rayan antes de chupar el lóbulo de la oreja.

Max sintió que las lágrimas caían solas, el placer era tan abrumador, las caricias en cada parte de su cuerpo, el olor de Rayan, su voz

ronca y excitada.

—Ahora me tienes— dijo Max moviendo sus caderas al ritmo de las poderosas embestidas—. Disfrútame, dame el trato que merezco, que este pecado valga la pena.—Rayan lo giró en la cama, colocó a Max sobre él, y comenzó a embestirlo mientras el muchacho se sostenía del respaldar de la cama. Su boca se unió al pezón derecho y Max puso los ojos en blanco—. Dame más—imploró sin vergüenza, cabalgando a ese hombre que le había dado cobijo y una follada descomunal esa madrugada.

El semen salió a borbotones, bañó el abdomen perfecto de Rayan, y este se vino en su interior, el líquido abundante lo rebalsó. Max cayó en la cuenta de su estupidez, ni siquiera habían usado un condón.

Rayan le dio una última succión al pezón y lo liberó, solo para que Max cruzara sus brazos de nuevo en su nuca y lo besara como si no hubiera un mañana, disfrutando los deliciosos espasmos de las caderas de ambos. El policía acarició la espalda sudada y sus manos fueron a parar a las hermosas nalgas de Max.

—Estoy fuera de práctica. —Rayan se disculpó con la respiración todavía agitada—. Hace tanto tiempo que no…

Max apoyó su cabeza en el pecho sudado de su amante, ¿qué habían estado haciendo durante tantos años? ¿Ambos huyendo de ellos mismos?

—Créeme, no se notó para nada. —Las manos de Max acariciaron las caderas del hombre y luego la espalda. Sonrió cuando sintió que en su interior la virilidad de su amante comenzaba a endurecerse una vez más—. Menos mal que estás fuera de práctica.

—Eres tú .—Rayan pasó la lengua por la mandíbula y el cuello—. Siempre me volviste loco.

Max le dio una mirada de tristeza.

—Seguimos casados, ¿recuerdas?

—Nos estamos divorciando—replicó—. Ellos no forman parte de lo que somos ahora.

—No pensabas así antes.

—Sigo teniendo muchas fallas, Maxwell, demasiadas, pero ya no considero que todo sea contrario a Alá .—La embestida profunda hizo a Max hundir la cabeza en la almohada y cerrar los ojos —¿Cómo algo tan hermoso puede ser incorrecto?

Max se aferró al cuerpo debajo de él, las caderas de Rayan embistieron despacio en su interior. Ya no había euforia, ahora solo hacían el amor.

—Antes estuviste seguro de tu credo—pronunció y dejó escapar un gemido cuando el pene rozó su próstata. Rayan lo envolvió en sus brazos y besó su cuello, luego su mandíbula y terminó en sus labios.

El frío afuera continuaba firme e inhóspito, pero el calor de sus cuerpos apaciguaría una tempestad.

—Ya no sé qué pensar, Max—confesó mirándolo a los ojos—, solo te pido una cosa. Dame un poco de tiempo, *habibi.*

Max sonrió y cerró los ojos. Su esencia pintó los abdominales de Rayan una vez más.

—Te he dado veinticinco años, Rayan Alí ¿Cuánto más quieres de mí?

6 El presente asesta su primer golpe

Había en Damasco un rey llamado Rezin, que tenía una hija que se llamaba Faghira, de una belleza extraordinaria. Ella se enamoró de uno de los soldados de su padre. Cuando la guerra con Asiria llegó a su puerta, ella, con el fin de protegerlo, forjó un escudo decorándolo con sus cabellos, que relucían como oro. Ella huyó de Damasco, su padre murió y Damasco se convirtió en una provincia de Asiria, pero el soldado sobrevivió.

Una tarde, cuando Faghira había perdido las esperanzas de encontrarlo, llegó a sus manos un pequeño cofre de madera con tapa de metal, similar al escudo que ella misma había forjado.

Jamás volvieron a encontrarse, pero ella lo esperó, porque mientras hubiera vida, había esperanzas, y si había amor, todo era posible.

Para los árabes, cuando un hombre regala un joyero damasquino a una mujer, significa que su amor es grande y que es capaz de hacer por su amada cualquier sacrificio, y si su amada lo acepta le está dando su amor y su vida.

Ryan bebe su café y le da vueltas a la idea, la misma que lo persigue desde hace décadas, la misma que lo atormenta, la que le susurra al oído su cobardía, la que le dice que sin importar cuántas veces lo encuentre, siempre estará condenado a perderlo.

«Maxwell Bergman».

Sonríe ante el absurdo destino, ante lo que recuerda su piel, ante los besos, caricias y gemidos de solo una hora atrás. El deseo y la pureza, el amor y lo prohibido, el amante y la esposa, Alá y Yahvé, y para una vida simple y solitaria, son demasiadas antítesis con las que lidiar.

—¿Crees en Dios, Taylor?

—No lo sé. No recuerdo si alguna vez me escuchó. Lo llamé tantas veces.

—Yo creía en él, pero de la manera equivocada.

—¿A qué te refieres?

—Yo juzgaba, condenaba. Hablaba de los impuros y lo incapaces que eran de dejar el camino del mal, lo débiles que eran. Rezaba cada amanecer, cada atardecer la oración, y esperaba.

—¿Qué esperabas?

—Un milagro. Despertar y que el muchacho que amaba se hubiera convertido en mujer y ya no fuera judío. Pedía una y otra vez dejarlo de amar y, egoístamente, le imploraba que él nunca dejara de hacerlo.

Rayan le da un nuevo sorbo a su café que ya está frío. Recuerda la conversación con Taylor McNamara, el único amigo de Max. Da un suspiro porque las cartas están sobre la mesa y, como siempre, el miedo ha hecho su jugada.

¿Qué pensará su familia? ¿Qué pensará su hijo Farid? ¿Qué pensará Amira, quien era su esposa?

«Debemos hablar».

Claro que deben hacerlo, ambos lo saben, ambos son conscientes de que vivieron una mentira, pero Rayan no desea lastimarla, no desea romper su dignidad. De verdad luchó por olvidar a Max, a través de los años, luchó con todo lo que tenía, pero ¿cómo luchas contra el río cuando este empuja con su caudal y derriba todas las barreras? ¿Cómo luchas contra una tormenta de arena en medio del desierto?

Rayan acaricia su mandíbula, una barba incipiente asomando, da un sorbo más de café y escucha los pasos que provienen de las escaleras. Su corazón late deprisa, se pone de pie y sirve una taza para Max, sabe que ambos deben hablar también.

Max aparece en la puerta de la cocina, se afirma a un costado del marco de la puerta y da un suspiro. Sus miradas se encuentran, la luz entra por las ventanas, es escasa debido a que el día se mantiene frío y gris.

—*Sabah alkhayr.*

Max sonríe y niega.

—Buenos días para ti también.

Da un paso a la cocina y pasa al lado de Rayan, quien, sin pensarlo dos veces, lo gira hacia él, lo envuelve entre sus brazos y lo besa. Max enreda sus brazos en el cuello del hombre musculoso y se entrega a ese beso. Se saborean como hace solo una hora, sus manos van hacia los pectorales amplios de su amante y los acaricia con cuidado. Max entrecierra los ojos, está cansado y sus ojeras lo delatan.

—Pensé que los musulmanes no bebían café—dice sobre sus labios.

—Los musulmanes no tienen problema con el café, al menos la mayoría de ellos. A mi padre no le gustaba, decía que fomentaba la adicción.

Max asiente, y se ubica al lado del hombre en la mesa rústica y pequeña que acompaña la cocina. El aroma de las tostadas envuelve el lugar. Max se sirve un par y le agrega dos cucharadas de azúcar a su bebida.

Hay tantas cosas que decir, pero ninguno se anima a romper el momento, a que la burbuja explote y que el presente aseste su primer golpe.

—¿Por qué tu esposa ya no vive aquí?

—Te dije que…

—¿Sabe de mí? —Max lo interrumpió.

Rayan observó a un costado.

—Creo que no es tonta, nunca lo fue, intuye que hay algo más en este distanciamiento.

—¿Y tu hijo?

—Hablaré con él cuando regrese a casa, pero antes le debo una conversación a Amira.

—¿Cómo llegaron a Estados Unidos?

Rayan se encogió de hombros.

—Uno de mis tíos vivía aquí y prosperaba, mi padre necesitaba que me fuera del Líbano lo antes posible.

—¿Por mí?

Rayan asió la taza de café con las dos manos, como si necesitara algo para sostenerse.

—Sí, él desconocía que años después íbamos a encontrarnos de nuevo en un este país.

Max bebió un sorbo de café, el líquido calentó su interior.

—¿Hace cuánto no hablas con tu familia?

El hombre dio un suspiro.

—No he hablado con mi padre desde que mamá murió hace tres años.

La boca de Max se abrió y se cerró.

—Dios mío, Rayan. Lo lamento tanto.

Rayan negó, contuvo las lágrimas de rabia y decepción.

—En realidad, ella murió en vida muchos años atrás.

Max asintió, sabía hacia donde iba esto.

—Tu hermano Demir.

El hombre dio un suspiro de resignación, las lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—Cuando mi hermano huyó de casa por ser…

—¿Gay? ¿Homosexual? —Max empujó—¿Por qué no puedes decirlo? ¿Por ser como nosotros?

—Max, por favor.—Rayan lo detuvo—. Esto es difícil para mí.

—Pues no debería serlo—replicó—, no si quieres que tengamos una oportunidad.

—Yo no…—Las palabras se tropezaban—. No sé si soy capaz de aceptarme como tú lo hiciste.

Max dejó la taza, su mano sobre su boca, su mente reflexionando acerca de toda la situación que los involucraba.

—No es algo que logras de la noche a la mañana—explicó—, pero es posible. Un día te levantas, te miras al espejo y te das cuenta de que no hay nada malo en ti, que tus padres son unos pobres ignorantes.

—¿Eso piensas de tus padres? —Rayan frunció el ceño—¿De las personas que te dieron la vida?

—Me dieron la vida y me la arrebataron a los dieciocho años, Rayan —La ira burbujeó en la voz de Max—. Me arrojaron a la calle sin nada solo porque les confesé quien era de verdad, cuando les dije que te amaba.

—Eso no los hace menos padres, siguen siendo…

—Me engendraron—replicó—, pero no me interesa hablar de ellos y muchos menos tener una relación. La familia se demuestra con acciones, no con palabras. Los dejé atrás como a todos aquellos que me hicieron daño.

—Menos a mí.

Max observó al hombre a su lado, al hombre que le erizaba la piel solo con una mirada.

—Menos a ti—respondió y bebió un nuevo sorbo de café.

Se quedaron en silencio unos minutos, cada conversación que traía el pasado tocaba un nervio en ellos, y les mostraba lo diferentes que eran.

—¿Has sido feliz?

Max revolvió el café y sonrió ante la pregunta tímida de Rayan.

—Me gusta pensar que haberte conocido me endulzó cada día la vida, incluso en tu ausencia, a pesar del inmenso dolor de no tenerte —confesó sin miedo, ni vergüenzas—. Creo que la felicidad es una palabra muy grande y también soy consciente de que ninguna de nuestras familias la conoció.

Rayan acarició la mano delgada y fría de Max.

—Hacía tanto tiempo que deseaba algo como lo que tuvimos anoche.

—Eres una bestia follando—Max se rio—, tu esposa debe estar contenta.

—Exesposa—aclaró Rayan—, y con ella nunca fui así, de hecho, llevaba años sin tocarla.

«Un matrimonio solo en papel».

Max se arregló su cabello rubio, se puso de pie y dio pasos hacia su amante. Rayan se echó hacia atrás en la silla, Max se colocó a horcajadas sobre él. Rodeó el cuello con sus brazos y besó su cuello.

—¿Recuerdas la primera vez? —musitó y besó su cuello—. Me lastimaste tanto.

—Por favor, no recuerdes eso.

—Me gustó, Rayan. Fue torpe y muy poco lubricado, pero me gustó —dijo sin dejar de besar su mandíbula—. Sentirte dentro mí fue lo mejor que me pasó en la vida.

Rayan negó.

—Debió ser mágico, apenas caminabas cuando terminamos.

Max asió el rostro del hombre entre sus manos.

—*Sa'akun maeak daymaan* —Rayan cerró los ojos con fuerza ante las palabras de Max, ante esa promesa que rompió—. Siempre estaré contigo.

—No pude—Los brazos de Rayan lo envolvieron y las lágrimas cayeron—, de verdad no pude. Perdóname.

Max dejó a ese hombre llorar mientras ambos se abrazaban, su corazón palpitó con fuerza como aquel día, como aquella madrugada en donde sus cuerpos se tornaron uno por primera vez.

—Volvamos a la cama. —Rayan pidió, entretanto las manos de ambos iban y venían sobre el cuerpo del otro.

—¿No tienes miedo?

—Sí—Rayan sostuvo—, pero mi deseo por ti lo supera.

7 Castigo divino

Las lágrimas son fuego que purifica el amor, haciéndolo nítido y hermoso por una eternidad.

—Khalil Gibrán.

Max abrió los ojos horas más tarde y percibió los poderosos brazos alrededor de su cuerpo. Dio un suspiro y una sonrisa se dibujó en sus labios. Seguía allí, no se trataba de un sueño. Rayan Alí lo tenía en sus brazos, como lo tuvo tantas veces a orillas del Mediterráneo mientras se veían a escondidas y fingían odiarse.

«¿Por qué te aferras a algo imposible?».

Lo intentaron y fallaron, habían pasado décadas pensando en el otro, pero jamás se acercaron porque eran incompatibles, el agua y el aceite, un hombre de fe y un idiota que ya no creía en nada. Se deslizó despacio fuera de ese cálido abrigo, fue hacia el baño y se observó en el espejo.

Seguía teniendo facciones pueriles, facciones de eterno adolescente, grandes ojos azules y debajo de ellos profundas ojeras, marcas de amor por debajo de su cuello, en su pecho, mordidas rodeando sus pezones de un rojo rubí, irritados. Todo en su cuerpo gritaba el nombre de Rayan. Se dio una ducha, dejó que el agua caliente eliminara los rastros de horas atrás, los que podían borrarse, luego se vistió y buscó su celular. Fue cuando se percató de que estaba apagado.

Cerró los ojos y maldijo, carajo, había olvidado el cargador. Rayan dormía sin inmutarse, Max observó su casa desde la ventana de Rayan en la sala. No había movimientos, quizás Luffer dormía o simplemente se había marchado de la zona de guerra.

No quería encontrarse con él, no cuando los hematomas en su rostro se tornaban a cada segundo más visibles, pero ¿qué alternativa le quedaba? Pequeños copos de nieve habían comenzado a caer, más tarde debería ir a la discoteca y seguir su rutina, una que poco a poco empezaba a molestarle, sin embargo, ese trabajo lo había salvado, el idiota de su jefe lo salvó cuando llegó a Estados Unidos sin nada.

—No tienes edad suficiente para trabajar aquí.

—Tengo 18 años.

—Eso significa que te faltan tres para acceder a este sitio, amigo.

—Puedo trabajar en lo que sea, solo necesito una oportunidad.

—La respuesta sigue siendo la misma.

—Sé que contratas a inmigrantes ilegales incluso, ¿por qué no puedes contratarme a mí?

Un silencio de unos segundos que parecieron años. El hombre lo observó y negó.

—Empiezas lavando copas, no sales de ese sitio ni por un cigarrillo, ¿entendiste? Cuando yo te diga que te esfumes, vas a desaparecer como por arte de magia.

—Entiendo, prometo que lo haré.

Hacía un frío atroz la primera noche que trabajó allí, aguantó las burlas y las miradas de reojo. El trabajo lo fortaleció, el abandono lo tornó inquebrantable, pero jamás olvidó a quien amaba, jamás olvidó a quienes le dieron la espalda. Se podía decir que Rayan Alí, el hombre con el que estuvo enredado solo horas antes, formaba parte de ambos grupos.

Max sacudió la cabeza y decidió ir por su cargador, después de todo era su casa también. Fue él quien la eligió, fue él quien seleccionó

los muebles y pagó algunas cuotas de la hipoteca. El sueldo de Luffer, como piloto de avión, era incomparable al lado del suyo, pero Max nunca dejó de contribuir al hogar. Esta vez, ese imbécil no lo tomaría por sorpresa.

Max se colocó la fina chaqueta que llevaba la noche anterior y salió de la casa de Rayan, la escarcha cubría las calles y las aceras, la primera nevada llegaría en cuestión de horas. Miró el cielo teñido de un gris acero y luego se enfocó en su casa. Podía hacer esto, no era el primer obstáculo que enfrentaría en su vida.

Se paró frente a la puerta blanca e introdujo la llave, su corazón latía apresurado, el miedo, el maldito miedo seguía ahí a pesar de los años. Toda la gente que amó lo lastimó, algunos emocionalmente y otros como su padre o Luffer dejaron huellas en su alma y en su cuerpo. Ingresó y la casa estaba en silencio.

—*Elohim shli*

«Dios mío».

Fue todo lo que pudo susurrar cuando se encontró a una casa al borde de la demolición. Los cuadros, que con tanto cuidado habían elegido años atrás, estaban rasgados y destrozados en el suelo, la vajilla fue sacada pieza por pieza y arrojada sobre la alfombra de la sala. Los sillones, la mesa, las sillas, todo estaba dado vuelta. Esto era más que una rabieta de Luffer. El miedo se tornó un monstruo sigiloso que le recorrió la columna vertebral mientras daba pasos al interior y se encontraba con un campo de destrucción. Sus ojos iban de un lado a otro, presos de la incertidumbre.

—¡Luffer! —gritó porque resultaba obvio que esto no era obra de su marido—¡Luffer! ¿Dónde estás?

No hubo respuestas. Max atravesó los escombros de lo que fue su hogar y subió las escaleras hacia su recámara. Dio pasos firmes, pero despacio, ¿alguien había robado la casa? ¿ a quién carajo invitó Luffer después de que él se marchó con Rayan?

Llegó a su habitación que estaba del mismo modo que el resto de la casa, todos los muebles habían terminado destruidos, la cama

desecha, el vidrio del tocador hecho trizas y manchas de sangre por doquier. Max se detuvo, los latidos de su corazón tan fuertes que se asemejaban a un tambor en su cabeza. Buscó entre su ropa el cargador, cuando el sonido que escuchó del baño lo paralizó.

Se puso de pie, observó un jarrón en el suelo, uno de los pocos artefactos que todavía estaba completo y lo cargó para defenderse. La madera crujió debajo de sus pies, cuando el charco de sangre en las baldosas blancas lo hizo palidecer. Luffer estaba allí, su camisa celeste, la misma que había llevado horas antes, ahora estaba bañada en carmesí.

Daba boqueadas en el piso, la sangre lo rodeaba como en un lienzo perfecto y macabro.

—¡Luffer! —Un grito desgarrador abandonó la garganta de Max. Se acercó al hombre, los ojos de este estaban desorbitados, buscaba la manera de hablar, pero la profunda laceración en su cuello lo impedía. El cuchillo, un maldito cuchillo de su propia casa todavía estaba en su pecho. Max presionó, sus dientes se apretaron con fuerza hasta que logró extirparlo. Luffer respiraba agitado, conociendo que el final estaba cerca.

—¡Háblame! —Max intentó contener la sangre que salía a borbotones—¿Quién te hizo esto? ¡Quién!

La desesperación se marcó en cada gesto de ambos hombres, Luffer, sabiendo que el final se aproximaba como un tren a máxima velocidad, Max, intentando en vano frenarlo.

Las sirenas se oían cercanas, Max respiró y lloró ante el hombre que había formado parte de su vida, el hombre que, siendo un bastardo, le dio momentos de felicidad a veces.

—Por favor—rogó bañado en lágrimas—. No te vayas, por favor.

Luffer abrió y cerró los ojos, el miedo a la muerte se apoderó de cada facción. Max negó una y otra vez. De pronto, sus pupilas se apagaron, el movimiento desordenado cedió, Luffer yació en los brazos de su marido y le brindó su último aliento.

La puerta se abrió escaleras abajo, los gritos de la policía se oyeron lejanos, al igual que los hombres que lo tomaron con violencia y lo tumbaron en el suelo.

«Es una pesadilla».

Una de tantas, sí eso debía ser. Max parpadeó mientras el frío metal se ajustaba a sus muñecas y alguien pronunciaba sus derechos en un tono fuerte y claro. Su rostro estaba sobre la sangre de su esposo, el hombre que murió en sus brazos sin que él pudiera hacer nada, excepto llorar.

8 El asesino cerca de casa

Primero día de celebración del Hajj, La Meca. Arabia Saudita.

Veinte años atrás.

Entrarás a la Sagrada Mezquita, si Dios quiere, con total seguridad, y allí te cortarás el pelo o te lo acortarás. No tendrás miedo. Como Él sabía lo que tú desconocías, te ha concedido una victoria inmediata.

—Corán. Sura Al-Fath, 48:27

Había recitado las oraciones, había caminado kilómetros y kilómetros al lado de mi padre, había mirada el cielo y noté que Alá existía, de verdad existía, porque de lo contrario, este cielo no podría ser tan azul, tan perfecto como los ojos de mi amado.

Sentí vergüenza y asco, sentí que la vida no me estaba premiando sino castigando, sentí que todo era demasiado perfecto para alguien impuro como yo, lo sentí en mis huesos y en mi sangre, sentí que no merecía ser parte de algo tan grande. Oramos una y otra vez, nos preparamos en cuerpo, mente y alma para este camino, para este peregrinaje, día y noche. Hablamos sobre las proezas del profeta, el calor golpea mis sentidos, veo como algunos caen extenuados, soy consciente de que incluso algunos no sobrevivirán esta travesía,

pero aun así sigo a mi padre, sigo lo que él cree, me aferro a esa idea porque es todo lo que tengo, es con lo que crecí. Tengo quince años, he descubierto que Alá actúa de maneras insospechadas y, por momentos con crueldad. Estoy en este lugar, con este hermoso cielo sobre mi cabeza y el sol golpeando con todo lo que tiene, pero mi mente, mi mente está en él. En el beso que nos dimos, en todo lo que deseo, incluso cuando no debería, en lo que el Corán dice acerca de nosotros y le pido a Alá la posibilidad de ser libre, de sentirlo en mis brazos como algo más que un sueño, aunque sea una vez en esta vida. Sé que el precio podría ser la muerte, pero ¿de qué vale estar vivo si esta vida solo me acarrea sufrimiento?

Los ojos de Rayan se abrieron ante los crudos golpes en la puerta. Saltó de la cama y notó que no había nadie allí.

«Maxwell».

Su mente fue hacia su amante quien de seguro se había marchado. Los golpes se volvieron apresurados y aumentaron en intensidad.

—¡Ya voy! —exclamó buscando su pijama ya que estaba desnudo. Bajó las escalaras lo más rápido que pudo—¿Quién es?

—Jefe, ¡soy yo! —Rebecca Wilder, una de sus compañeras en la estación hizo que su voz tronara—. Tenemos un problema con uno de sus vecinos.

Rayan abrió la puerta y se encontró de frente con la mujer.

—¿Qué sucede? ¿Qué vecino? —Dos patrullas estacionadas cerca de su hogar, la casa de Max asegurada como la escena de un crimen. El corazón de Rayan saltó en su pecho—. Maxwell Bergamn—dijo finalmente—¿Está bien? ¿Qué…?

Rebecca detuvo a su jefe quien parecía que en cualquier momento sufriría un infarto.

—Maxwell Bergman está bien, podría decirse—aclaró—, pero hay un pequeño inconveniente.

Rayan ya caminaba hacia la zona del crimen. Rebecca lo asió del brazo.

—Jefe, por Dios, ¿podrías escucharme un segundo?

—Dime qué mierda pasa con Max.

—Te he llamado diez veces—replicó la mujer con molestia—¿Dónde has dejado tu maldito teléfono? Afortunadamente estás aquí al lado, Maxwell Bergman está en la estación de policía.

Rayan frunció el ceño ¿Cuánto podía cambiar la vida de una persona en solo unas horas?

—¿De qué estás hablando?

—Inspector—Rebecca respondió—, tu vecino es sospechoso del asesinato de Luffer Hansen. Lo encontramos bañado en sangre, gritando como descarriado con el cuchillo en la mano.

Rayan negó, sacudió la cabeza.

—Eso no es posible, él no haría algo así, además él ha estado conmigo.

Rebecca arqueó una ceja.

—¿Cómo es eso?

Rayan se rascó la barbilla, todavía iba en pijama, negó varias veces.

—Su marido lo golpeó en la madrugada, lo intercepté y lo ayudé—explicó—. Ha estado conmigo hasta hace unas horas.

—Tiempo suficiente para regresar a su casa y deshacerse de un marido abusivo, ¿no te parece?

—No lo conoces—Rayan contratacó—. Voy a vestirme, iré en dos minutos. Esto se arreglará ahora.

Rayan pasó por el lado de la mujer, quien dio media vuelta y se cruzó de brazos.

—Inspector Alí.

—¿Qué?

—¿No hay nada que debas decirme?

El hombre negó.

—¿Con respecto a qué?

—Tienes un chupetón en el lado derecho—aclaró—, y todos en la estación saben que te has separado. Sería bueno que lo cubras si vas a decir que el señor Bergman pasó las últimas horas contigo.

Rayan puso la mano sobre el cardenal violáceo de manera instintiva. Los ojos de Rebecca eran profundos y escrutadores.

—No es lo que piensas—dijo a la defensiva.

—No es solo lo que yo pienso, idiota, es lo que todo el mundo va a pensar. Y si no quieres formar parte de esta investigación como sospechoso, más vale que estés seguro de lo que dirás en la estación.

***

—Entonces tuvo una pelea.—El inspector Alfredo de Melo estaba frente a Max en la estación. No era un hombre que hablara con violencia, pero su intensa mirada hacía que todos temblaran ante su escrutinio—¿Qué sucedió a partir de allí?

Max se enfocó en la grabadora cerca de él. Sus manos temblaban, sin saber cuánto podía decir.

—Quiero un abogado.

El hombre le sonrió con tranquilidad.

—Es una simple pregunta, señor Bergman, puede responderla sin asesoría legal de por medio.

«Pura mierda».

Ya había visto lo que esos bastardos hicieron con Daniel McNamara, el hermano de su amigo Taylor. No se podía confiar en nadie allí, además, la realidad siempre podía ser torcida a favor de uno o de otro. Para el sistema no bastaba con ser inocente, había que ser inteligente.

—Estoy en mi derecho de solicitar un abogado antes de responder—enfatizó y esta vez, sus ojos se encontraron con los del hombre.

Alfredo se puso de pie, sus manos en la espalda, caminó de un lado a otro.

—Tenemos una casa destruida, una pelea doméstica y un hombre que, según usted, fue apuñalado antes de que usted llegara—explicó —. Usted había protagonizado una pelea, de hecho, podemos ver el hematoma en su rostro, lo cual justificaría un ataque de furia de parte suya.

Max bajó la mirada, los nervios comenzaban a apoderarse de él. Hay algo que nadie cuenta acerca de los interrogatorios, los momentos en que la mente quiere traicionarte y la verborrea se vuelve insostenible. Max frunció los labios para no responder, para no quedar en evidencia, y, sobre todo, para no dejar en evidencia a su coartada que, en ese momento, era lo más importante.

Alfredo caminó hacia él, se sentó en la mesa a su lado.

—¿Cuántas veces el señor Luffer Hansen ejerció violencia sobre usted? ¿Eh?

Max dio un suspiro, sus manos sobre su regazo, su mirada en la mesa de metal frente a él que brillaba debido a la luz blanca que iluminaba cada parte de ese lugar gris. La puerta se abrió en ese momento. Alfredo observó a la mujer que ingresó.

—Inspectora Wilder—dijo con una sonrisa—¿Sucede algo?

Max levantó la mirada y se enfocó en la mujer quien le hizo una seña a Alfredo.

—Ven conmigo un minuto. Hay algo que debes saber.

9 Muchas preguntas y pocas respuestas

Beirut, El Líbano.
Veinte años atrás.

—¿De dónde sacaste esto?

Max sonrió al ver la tienda armada en medio de la playa solitaria. La acarició, el viento la movía, pero las estacas estaban firmes.

—Es de mi hermano Demir.

—¿Te la prestó?

Rayan se encogió de hombros y le dio una sonrisa.

—Algo así.

—¿Se la robaste?

—No—Rayan levantó las manos—, le dije si alguna vez me la prestaría, y él me dijo que sí. Omití la parte del ahora mismo.

Las olas rompían con el viento frío de la noche.

—¿Qué hay de ti? —Rayan preguntó—¿Tus padres no te hicieron preguntas?

Max le sonrió.

—No, de hecho, estaban felices de que por fin tuviera un amigo.

—Ellos no saben de mí, ¿verdad?

Max hizo una mueca. La escasa luz apenas dejaba entrever las facciones de ambos. La luna se alzaba en el horizonte, grande,

refulgente, y muy pronto ocuparía el cielo y los iluminaría esa noche. La noche en que ninguno de los dos volvería a ser él mismo.

—Temen que algo me suceda—explicó Max—. Tu gente no es precisamente muy fan de nosotros.

Rayan asintió.

—Lo sé, yo tampoco les he contado acerca de ti, pero…

—¿Qué?

—Demir nos vio el otro día. Cuando regresábamos.

—Dios mío. —Todos los sentidos se Max se pusieron en alerta—¿Qué dijo? ¿Les contó a tus padres?

—No, Demir nunca haría eso. —Rayan le dio una sonrisa triste—. Supongo que él también tiene sus propios secretos.

—¿A qué te refieres?

Se acomodaron en la arena, una al lado del otro, cerca del mar, las olas rompían y el viento los estremecía.

—Esconde algo, no sé qué es, pero, cuando te has vuelto un experto en mentir, como nosotros, conoces a los de tu clase.

«Expertos en mentiras».

Max odió la frase, pero sin duda los identificaba.

—¿Por qué no podemos ser amigos? —Max acarició la mano de Rayan sobre la arena—¿Por qué debemos…?

Su voz se entrecortó. Rayan lo atrajo hacia él y lo abrazó. Sus cabezas unidas mientras ambos se envolvían en el calor del otro.

—Estamos aquí, habibi—susurró Rayan en su oído—, ¿qué importa si no podemos gritárselo al mundo?

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Max, Rayan lo asió del mentón y lo besó. Besos cargados de inocencia, que encendieron la pasión de dos adolescentes.

—Quiero ser tuyo.—Max gimió cuando Rayan salpicó besos sobre su cuello blanquecino.

—Serás mío—replicó sin miedo—, siempre vamos a pertenecernos.

Alfredo y Rebecca caminaron a través de los pasillos de la estación de policía. El inspector Rayan Alí, su propio jefe los esperaba en su escritorio.

Ambos ingresaron y el hombre les pidió que tomaran asiento. Alfredo se ubicó y se cruzó de piernas.

—¿Y bien? —dijo sin saludar—¿Lo que dice Rebecca es verdad?

Rayan dio un suspiro.

—Exactamente—replicó—, yo ayudé al señor Bergman durante la madrugada. Escuché gritos y salí a su encuentro. Su esposo lo tenía de su chaqueta y ya había recibido un golpe. No quiso levantar cargos en su contra, lo invité a mi casa y se quedó en el cuarto de huéspedes.

Alfredo se hizo hacia adelante, apoyó los codos sobre el viejo escritorio.

—Eso está muy bien, jefe, pero tenemos a Hansen muerto, y su vecino que parece vulnerable, estaba lleno de sangre y con el arma homicida en la mano cuando lo encontraron.

Rayan tragó saliva.

—¿Quién los llamó?

—Fue una denuncia anónima quince minutos antes de llegar las patrullas. Avisaron que se escuchaban gritos desgarradores.

—Es mentira—Rayan replicó—, los habría escuchado. Nada de eso ocurrió.

Alfredo se hizo hacia atrás en la silla y sus hombros cayeron.

—Tu vecino no quiere hablar—agregó—. Quiere un abogado.

—Está en su derecho—aclaró Rayan. Alfredo frunció el ceño.

—¿No te parece demasiado fácil? —indagó incisivo—. Pasa la noche contigo, eso le da la coartada perfecta. Luego, aparece por alguna razón en su hogar y se encuentra con su marido herido de muerte.

—El señor Bergman no inventaría algo así.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Alfredo—Rebecca replicó—. Creo que te estás olvidando con quién estás hablando.

—No lo hago—Alfredo la observó a ella y luego a Rayan—, pero me intriga saber el motivo por el cual un hombre intachable como el inspector defendería a un simple vecino.

Rayan se enfocó en Alfredo y le sostuvo la mirada.

—No es un simple vecino. Lo conozco desde que tenía diez años—confesó—, es imposible que Maxwell Bergman matara a alguien.

El silencio cayó en la oficina. Alfredo sonrió y negó.

—Eso es genial, jefe, de veras, pero sabes que nosotros nos basamos en pruebas, no en amistades de la infancia.

—No estoy diciendo lo contrario, además a nadie le interesa más resolver este caso que a mí. —Dos golpes en la puerta los sacaron de la tensión—. Adelante—dijo Rayan y el hombre que ingresó provocó que Alfredo pusiera los ojos en blanco.

Rayan le dio una sonrisa de labios cerrados.

—Detective D'alessandro. Es un gusto verlo.

Thiago se detuvo en la puerta, saludó a los otros dos inspectores.

—Buenos días, lamento llegar tarde. El tráfico era una locura.

Alfredo se giró hacia Rayan.

—Este es nuestro caso, este hombre…

Rayan lo detuvo.

—Nunca dije que no lo fuera, inspector—explicó—. El detective trabajará de forma paralela con nosotros.

Alfredo se puso de pie.

—Escucha, sé que eres el jefe y las jerarquías se respetan—aclaró—, pero de ningún modo compartiré parte de mi investigación con este tipo.

Thiago arqueó una ceja.

—¿Y desde cuándo tú estás a cargo?

El hombre tensó la mandíbula.

—Fui el primero en llegar a la escena del crimen, conozco….

—No conoces una mierda.—Fue Rebecca quien lo detuvo esta vez—¿Puedes dejar de ser paranoico por un momento? Nadie piensa quitarte nada ¿O me equivoco, jefe?

Rayan asintió

—Exacto, de hecho, te considero el más idóneo para llevar este caso, sin embargo, eso no implica que me quede de brazos cruzados cuando tenemos a alguien como el detective que puede trabajar en conjunto con nosotros.

Alfredo negó, la hiel subía y bajaba por su garganta, tornándose imposible de digerir.

—¿Entonces? ¿Cómo seguimos? —preguntó conteniendo la rabia.

—Denme un momento con el detective—ordenó Rayan—, después hablamos.

Alfredo y Rebecca se pusieron de pie. Ambos pasaron al lado de Thiago. Cuando la puerta se cerró, Rayan se recostó en su sillón de cuero.

—Hombre, ¿qué carajo pasa?

Rayan negó.

—Es Max, el amigo de Taylor.

—¿Qué pasa con él?

Rayan se humedeció los labios y negó.

—Primero siéntate, esto va a ser largo.

10 Thiago D´alessandro

—A Taylor le dará un infarto.—Thiago no dejaba de observar a su amigo que ahora estaba de brazos cruzados, afirmado en la pared al lado del ventanal que daba a la ciudad de Nueva York.

—No puedo interferir más de la cuenta—explicó Rayan—, seré testigo si es necesario, pero temo comprometerlo más que ayudarlo.

—Necesita un abogado—replicó Thiago—, uno bueno.

—Es por eso que estás aquí—Rayan lo señaló y volvió a su sillón—. Había pensado en la abogada Irina Vargas.

—Olvídalo—Thiago negó—, tiene a cargo un bebé ahora. No se prestará a esto, sin importar lo buena y loable que sea, sin embargo…—Thiago pensaba—. Podemos ir por Killian de Vincent.

—«El tiburón de Nueva York».—Rayan remarcó la frase que lo precedía.

—El mismo—explicó Thiago—, necesitamos al mejor en esto. Sin embargo, ese tipo cobra una fortuna. Estoy seguro de que Max no tiene esa cantidad de…

—Yo sí—Rayan aclaró—, mi fondo de retiro.

Thiago frunció el ceño y luego sonrió.

—¿De verdad, inspector? ¿Piensas usar el fondo que reservaste para cuando fueras viejo e inútil?

—Prefiero estar viejo, inútil y muerto de hambre antes de que Maxwell pise una prisión por un crimen que no cometió.

Thiago comenzó a reír.

—Dios mío, de verdad estás enamorado de él.

Rayan chasqueó la lengua. Sus mejillas de un rojo púrpura.

—Eso no importa ahora—agregó—, lo hago porque le debo mucho, porque le fallé incontables veces.

—Y porque estás enamorado. —Thiago se burló—. No necesitas fingir conmigo, inspector. Como tampoco necesitas contarme lo que estuviste haciendo con él antes de que todo este caos se desatara.

Rayan se mantuvo estoico. Apoyó la mano sobre su escritorio, sus dedos tamborilearon, pensativo.

—Thiago, si alguien se entera…

—Nadie lo hará. —Lo interrumpió—. Vamos a sacar a Max de aquí, y después de eso, puedes decidir si quieres seguir viviendo en la clandestinidad o decidirte a ser tú mismo una vez en tu vida. —Thiago se levantó y asió su chaqueta—. Bien, será mejor que me apresure.

—¿A dónde vas?

—A conseguirte un abogado—explicó mientras se arreglaba el cuello de la chaqueta—, después de eso, me informas si necesitas algo más de mí.

—Espera. —Rayan se levantó—. Confío en Rebecca y en Alfredo, pero debo moverme delante de ellos.

Thiago frunció el ceño.

—¿A qué le temes? ¿Esto es por ti o por Max?

—Por ambos—confesó—, mi hijo no sabe quién soy, mi esposa lo intuye, quizás esté convencida, pero ninguno de los dos ha recibido mi versión. La prensa se hará eco de esta historia y yo perderé credibilidad como testigo. Mi situación no es fácil, tal vez incluso me vea obligado a renunciar a mi puesto.

Thiago observó a un costado y luego dio un suspiro.

—Muy bien, inspector Alí—esbozó—, tienes mi apoyo en esto. Hallaremos al verdadero culpable.

Rayan puso una mano sobre el hombro derecho del detective.

—Confío en ti, Thiago. Eres de las pocas personas que considero leales en este entorno. Sé que no vas a fallarme.

—Nunca—replicó—, no solo por ti o por Max, sino por Taylor, porque ella quiere demasiado a tu amor y sufriría si algo le pasara.

***

La oficina era todo lo que esperaban de uno de los abogados más importantes de la ciudad. Cristales del techo al piso, una panorámica única de la ciudad, en la pared detrás del enorme escritorio de caoba y bronce había títulos y especializaciones y también fotografías. Una de las secretarias hizo a Thiago pasar y ubicarse en un amplio sofá mientras sus ojos recorrían la galería de fotografías, porque no podía llamarlo de otro modo. Killian de Vincent aparecía con un muchacho muy joven besándose, en otras junto a dos bebés. Una niña debería tener cerca de tres años, la otra tan solo meses. Thiago sonrió con una de las fotografías. Killian, su pareja, ambos con una niña en un prado verde lleno de flores azules y lavanda, detrás de ellos las montañas. Killian no parecía el abogado imponente frente al cual todo el mundo se arrodillaba como si se tratara de un dios, en aquellas fotografías había simplicidad y mucha alegría. Felicidad genuina, de esa que nadie puede imitar si no la está percibiendo con cada fibra de su ser.

—Detective D´alessandro—La voz de la mujer lo sacó de sus pensamiento. Rubia, alta, parecía más una modelo de portada de revista que una abogada. Extendió la mano hacia Thiago—. Es un gusto. Mi nombre es Alana Monfils, soy asociada del abogado de Vincent, ¿en qué puedo ayudarlo?

Thiago pestañeó.

—Es un gusto, abogada. —Ambos se saludaron, y la mujer, como una poderosa ráfaga, pasó a su lado, le hizo una seña para que volviera a ocupar el sillón y ella se ubicó en el lugar donde debería estar Killian—. Había solicitado una cita con el abogado De Vincent.

—Lo sé. —Alana le sonrió—. Mi socio no está trabajando por ahora, tiene licencia por dos meses. Verá, ha sido padre por segunda vez hace solo tres meses, y está enfocado en su hijita ahora. —La cara de decepción de Thiago lo dijo todo—. Bueno, veo que deseaba su asesoramiento.

—Me conoce—Thiago explicó—. Trabajé con él varias veces. No diría que somos amigos, pero tenemos buena relación. Lo llamé varias veces hoy, pero el teléfono, al parecer, estaba apagado.

—No, claro que no. —Alana le sonrió—. Hay algunos lugares del rancho en Wyoming donde está viviendo que no tienen señal de teléfono, sin embargo, yo estoy a cargo de gran parte de su trabajo ahora, así que considero que puedo ayudarlo, si me lo permite.

Thiago asintió, con Irina y Killian afuera no le quedaban más alternativas que confiar en esta mujer que parecía una niña salida de secundaria más que una abogada.

—Es un caso de asesinato—Thiago explicó—, Luffer Hansen.

—Sé de quien habla—Alana agregó—, los portales de noticias solo están hablando de ello, ahora.

—Hay un único sospechoso—explicó—, y es amigo de mi novia. Estoy seguro de su inocencia, pero las pruebas preliminares apuntan a que es el culpable.

Alana abrió su laptop y comenzó a escribir.

—Bien—dijo una vez que empezó a teclear—, ¿dónde está mi cliente?

Thiago sonrió.

—Creo que primero deberías escuchar toda la historia, abogada.

Alana se puso de pie, y buscó su abrigo.

—¿Sabe por qué somos los mejores, señor D´alessandro?

—¿Porque ganan casos?

Alana rio ante la broma.

—Porque nos movemos rápido, más que el resto, y eso solo podemos lograrlo si estamos allí en persona. Ahora, andando. Quiero conocer a mi cliente ahora.

11 Circunstancias

Beirut, El Líbano.
Veinte años atrás.

Hay momentos que deberían durar para siempre. Mientras contemplo al muchacho encima de mí que embiste despacio y me hace suyo, entiendo que nada va a compararse con esto, con este calor, con estos ojos que me observan como si fuera lo más precioso de esta tierra.

—Rayan—gimo su nombre y él besa mi cuello, el vaivén de sus caderas es constante, empujan en mi interior, entretanto mis piernas rodean su cintura como si fueran mi salvación. Tal vez lo sean, quizás este momento sea el que me salve durante el resto de mi vida.

Mi cuerpo se acomoda para recibirlo, cada vez que embiste, cada vez que gime junto a mí entiendo que no hay nada más bello en la galaxia, que no hay nada más profundo y que conecte un alma con la otra como este acto que muchos consideran impuro.

¿Cómo algo prohibido puedo ser tan sublime?

Rayan gime sobre mis labios, los cuales se unen a los míos, nuestros besos son desordenados, tentativos e inexpertos, aun así, saben a gloria, saben a magia de dioses, a bendiciones infinitas que caen sobre nosotros mientras nos rendimos al cuerpo del otro, a su calor, a su mirada, a esos ojos negros profundos que jamás olvidaré.

—Estás sangrando. —Rayan busca apartarse, pero no lo permito—. Max, por favor, no quiero lastimarte.

—Es la sangre de mi virginidad—susurro y mis lágrimas corren por mis mejillas—, eres el dueño de mi cuerpo y de mi alma ahora.

Nuestras caderas se mueven al unísono, nuestro cuerpo entiende al otro como si hubiéramos estado conectados desde antes de llegar a este mundo.

—Nadie puede saberlo, Max—musita, entretanto deja besos sobre mi cuello, su boca desciende a mi pecho despacio entre la penumbra—. Prométeme que esto será solo nuestro.

—Lo prometo—digo mientras el éxtasis me inunda y, aun siendo un triste y simple mortal, alcanzo el cielo.

El frío recorrió la espalda de Max cuando la puerta de la celda donde aguardaría hasta que decidieran su destino se cerró detrás de él. Había doce personas allí, y en nada se asemejaban a él. Max saludó, pero todos lo ignoraron, como si a nadie le importara su existencia, o como si todos hubieran olvidado la propia.

Dio pasos suaves hasta una litera y se sentó al lado de un enorme hombre tatuado. Era el único lugar libre mientras algunos iban y venían. Max intentó encogerse para mantenerse invisible frente a esos hombres que podrían destrozarlo. Lo más cerca que Max había estado de una pelea fue una vez en la discoteca cuando un tipo de quejó de su bebida y los custodios del lugar lo interceptaron.

«Rayan».

Pensó en el inspector y en los problemas que podía acarrearle. Max sacudió la cabeza. Incluso en medio de la mierda seguía poniéndolo en primer lugar.

«Él haría lo mismo por ti».

¿Qué tan seguro estaba de eso? ¿Qué sucedió la última vez que confió en Rayan Alí? ¿Cómo habían terminado las cosas para él?

Rayan no se había acercado a él, de hecho, no dio señales de vida desde que lo esposaron y lo trasladaron a la estación. En parte

entendía el panorama. El jefe de policía no podía decir que su amante era inocente porque pasó las últimas horas follando con él.

¿Qué ocurriría con su reputación? ¿Acaso su declaración tendría peso?

Rayan podía pasar de policía a sospechoso en un abrir y cerrar de ojos. Carajo, Rayan tenía un hijo, ¿cómo iba a reaccionar al enterarse de que su padre era una mentira?

Se escucharon los pasos por el largo pasillo y también voces, el sonido del metal y llaves mientras las puertas se abrían. Alguien venía. Todos se pusieron en alerta. Max tragó saliva y se enfocó en el piso. Dos hombres silbaron cuando la rubia en tacones de doce centímetros se detuvo con dos guardias a cada lado.

—Bergman, tienes visitas. —Ladró uno de los oficiales.

Max se enfocó en la mujer, los guardias lo llamaron, el hombre se acercó a las rejas para que lo esposaran. La puerta se abrió y Max se encontró frente a frente con la mujer.

—Max, es un gusto conocerte. Soy Alana Monfils, tu abogada.

—Vengan por aquí. —Uno de los guardias los guio hasta una oficina en donde los prisioneros podían hablar con sus abogados. Una vez que se sentaron, dos guardias le quitaron las esposas y se apostaron cerca de ellos.

Alana se acercó, y le tocó el brazo a Max.

—Todo estará bien, ¿sí? —La mujer le infundió confianza. Las lágrimas cayeron como en un vendaval.

—Yo no lo maté, de verdad yo nunca…

—Lo sé—Alana lo interrumpió y presionó su mano más fuerte—. Confío en ti y en tu inocencia, pero necesito que me cuentes todo lo sucedido con lujo de detalles.

Max tembló, ¿cómo revelarle todo?

—Es que yo…

—Escucha. —Alana se humedeció los labios—. Necesito toda tu declaración, de esa manera puedo evaluar y formar una estrategia para sacarte de aquí hoy mismo, ¿comprendes? Debes confiar en mí si no quieres pasar la noche en este sitio.

Max se detuvo en los dos hombres cerca de ellos.

—Es peligroso—susurró—, ellos pueden…

—Háblame bajito—musitó Alana—, no van a saber qué sucede.

Max dio un suspiro, el miedo es como una prisión difícil de sortear, sobre todo, cuando has pasado toda la vida en ella.

—Regresé de mi turno en la discoteca y encontré a mi esposo con su amante saliendo de casa.

Alana se mantuvo estoica, mientras anotaba algunas cosas.

—¿Qué hiciste?

—Discutimos, lo insulté—agregó—, su amante se marchó. Yo entré a casa, subí las escaleras y comencé a armar mi maleta. Luffer me siguió y…—Un escalofrío recorrió la espalda de Max—. Me golpeó y me insultó. Yo corrí hacia afuera, mi esposo no quería soltarme.

—¿Alguien te ayudó? —preguntó Alana, aunque ya conocía la respuesta porque Thiago no se había quedado callado en todo el viaje hacia la estación.

—Sí, el inspector Rayan Alí es mi vecino. Me protegió—explicó y su voz se entrecortó—, luego me llevó a su casa y me permitió quedarme allí.

Alana asintió.

—Entonces pediré la declaración del inspector—afirmó mientras continuaba con sus anotaciones—¿Cuándo regresaste a tu hogar?

—Ya había amanecido. El inspector no me vio salir, yo debía regresar por mi cargador de celular. Fue cuando encontré el desastre y a Luffer herido de muerte.

—¿Manipulaste el arma?

—Luffer estaba vivo—Max recordó—, balbuceaba, entonces le quité el cuchillo, pero eso aceleró el problema. A partir de allí, todo se volvió un caos. La policía entró y me encontró con el cuchillo y bañado en sangre.

Alana se hizo hacia atrás en la silla.

—Bien, la tenemos difícil. No voy a mentirte—explicó—, sin embargo, la declaración del inspector Alí será de utilidad.

—¿Usted cree que saldré de aquí?

Alana frunció el ceño y luego sonrió.

—Cariño, créeme, me especializo en esto. Vas a salir a más tardar esta noche, de ahí en adelante tendremos tiempo para preparar la defensa.

—¿El inspector Alí puede tener problemas por esto?

Alana negó.

—No, de hecho, creo que esa será tu salvación.

12 Encuentro

Alana hablaba con el fiscal más allá de la puerta de cristal y también con el inspector Alí. Max lo seguía con la mirada, solo quería abrazarlo y que le dijera que todo estaría bien.

«¿Tienes derecho a acercarte siquiera?».

Todo se había torcido. Por una vez pensó que las cosas saldrían a su favor, pero estaba equivocado.

Su abogada y los hombres llevaban cerca de una hora de conversación en conversación. Max había recibido a Alana y también al fiscal quien, al parecer, creía su versión de los hechos. Max se observó las manos que ya no estaban esposadas. Alana se alejó de los hombres y caminó hacia el interior del recinto donde estaba Max y le sonrió. Conversó con dos guardias que se acercaron también a él.

—Bien amigo—Alana le palmeó el brazo—, puedes irte a casa.

—¿De verdad? —A Max se le entrecortó la voz.

—No hago bromas con esto, créeme.

Max se levantó de la silla y caminó al lado de su abogada. Dieron pasos fuera del recinto, algunos policías se giraban hacia la imponente mujer. Max buscó a Rayan, pero se había esfumado.

—Lo verás después—susurró la abogada.

—¿Qué? —indagó sorprendido y la chica se encogió de hombros.

—El detective D'alessandro ya me contó todo, y el inspector acaba de atestiguar y corroborar tu versión. Descuida, ambos estarán bien.

Las mejillas de Max se tornaron púrpura. Una vez que salieron al frío de Nueva York, Taylor McNamara, una chica trans amiga de Max, lo esperaba.

—¡Ahí estás! —gritó y corrió hacia él para abrazarlo. Max recibió ese abrazo como agua en el desierto. Se desmoronó en sus brazos—. Cariño, por Dios.

—Tenía tanto miedo, Tay—confesó y se secó las lágrimas.

Alana le dio un golpecito en el hombro.

—No debemos bajar la guardia ahora—explicó a ambos—. Te espero mañana en mi despacho, hay que trazar una defensa frente a toda la evidencia que vaya apareciendo. El fiscal Jasper Hawkings no es un hombre que se conforme con medias verdades, sobre todo por lo que a él le ocurrió un año atrás.

—¿Qué sucedió?

Alana dio un suspiro.

—Estaba detrás de un capo del narcotráfico, lo tenía muy cerca. Fue cuando el bastardo decidió irrumpir en su departamento y asesinar a su mujer y a su hijo.

El rostro de Max palideció.

—Dios mío.

—Cariño, Dios no tiene nada que ver y Jasper lo sabe. Siempre fue temible, pero ahora es un perro rabioso en busca de sangre, pues no se la daremos.

—Soy inocente.

—La inocencia no garantiza nada en un sistema legal—replicó la abogada—, necesitamos pruebas. A eso hay que abocarse a partir de ahora, ¿comprendes?

Taylor lo abrazó y acarició su espalda, dándole calor.

—Te quedarás con nosotros.

—No—Max replicó—, debo regresar a mi hogar.

—Lamentablemente tu hogar es una escena del crimen—señaló Alana—, por lo tanto, no podrás regresar allí hasta que termine la investigación.

Max bufó.

—Es injusto, se supone que deberían estar buscando al verdadero culpable, no dejándome sin casa.

—Mi amor—Taylor lo rodeó con su brazo—, vamos, puedes venir conmigo y con Thiago. Podrás dormir tranquilo.

—No sé si alguna vez pueda tener tranquilidad—confesó Max en un susurro—, esto me parece una pesadilla.

—Lo es—agregó Alana—, y por mucho tiempo, incluso lo verás irreal, pero todo saldrá bien. Confía en mí. —Sacó una tarjeta de su chaqueta—. Este es mi número, llámame mañana. Hay que hablar.

Max recibió la tarjeta de color negro y relieve, la tarjeta que hablaba de lujo y sofisticación.

—Abogada, yo no tengo dinero suficiente.

—No te preocupes por eso—interrumpió—. Esto ya quedó saldado.

Los ojos de Max se llenaron de lágrimas.

—No, eso no puedo permitirlo, yo…

—Maxwell—Alana le tocó el brazo—, descansa un poco, ¿sí? Tienes mucho que procesar. Mañana hablamos.

Antes de que Max respondiera, Alana saludó a Taylor y bajó las escaleras, dejándolo parado ahí, perplejo. El frío calaba hondo, Taylo asió el brazo del muchacho e hizo que se moviera.

—Vamos a casa, me estoy congelando aquí.

Max observó hacia atrás al edificio, ese lugar que no conocía diferencia entre el día y la noche. Taylor le hizo seña a un taxi y ambos subieron. Max se acomodó y se enfocó en el cristal, en los autos que iban y venían, en la ciudad que, se mantenía activa y magnífica. El sitio que lo cobijó después de la cruel tormenta.

Ya no había lugar donde huir, ya no había sitio donde buscar seguridad.

***

Thiago abrió la puerta del departamento antes de que Taylor golpeara incluso. El hombre recibió a su pareja a quien besó, y luego le dio un abrazo a Max.

—Por Dios, hombre, pensé que Alana no lo lograría.

Max le sonrió con tristeza.

—Sigo estando acusado, la tortura recién comienza.

—Lo sé—aclaró—, pero no es lo mismo esperar a un juicio en una cama mullida y tranquila, a estar en una litera junto a un compañero que planea abusarte apenas cierres los ojos y te descuides.

Un escalofrío recorrió la espalda de Max. Thiago tenía razón. No podía darse el lujo de terminar en la cárcel porque se lo comerían vivo.

—Thiago, ¿había necesidad de ese comentario? —cuestionó Taylor y Thiago negó.

—No, pero fue lo primero que se me vino a la mente.

—Está bien—Max agregó—, tienes razón. Debo reconocer que estoy siendo afortunado, y eso es gracias a ti que buscaste a la abogada Monfils.

—No hay nada que agradecer—Thiago dio un suspiro—, tú has sido un apoyo inmenso para Taylor y también para mí. No íbamos a dejarte solo.

—¡Tío Max!

Max se giró hacia Daniel, el hermano de Taylor, un muchacho de más de veinte años que tenía la mentalidad de uno de seis. Daniel lo abrazó con fuerza, Max le devolvió ese gesto, el cariño y la inocencia de ese muchacho era maravilloso. Max le dio un beso en la frente.

—¿Cómo estás, pequeño?

—Tay dice que te quedarás aquí mucho tiempo, ¿es verdad?

Max se giró hacia Taylor quien se encogió de hombros.

—Al parecer sí, amiguito.

—¡Sí! —Daniel festejó—. Podemos hacer un campamento. —A Max se le hizo un nudo en la garganta—¿Estás bien? ¿No sabes armar una tienda? ¡La terraza está libre!

Max se limpió los ojos al recordar la primera vez con Rayan.

—Sí, cariño. Vamos a hacer eso entonces.

—Oye, Dani—Thiago abrazó al chico—. El tío está cansado hoy, ¿sí? Solo quiere dormir un poco.

Dani hizo un puchero.

—Pero ¿y la tienda?

—Lo haremos mañana—agregó Max—, lo prometo.

Daniel le sonrió y dio un saltito.

—¡Genial! —Se dio media vuelta y corrió hacia su cuarto.

Taylor caminó delante de Max y le hizo una seña hacia el sofá de la sala. El departamento era hermoso, un gran espacio en una ciudad en donde cada metro cuadrado costaba una fortuna. No es que Thiago o Taylor no pudieran permitírselo.

Max se desplomó en el sofá.

—¿Estás bien? —preguntó Thiago. Max negó.

—No me había dado cuenta de que estaba conteniendo la respiración hasta recién—confesó—. Gracias de verdad. Sin ustedes, no sé qué haría.

Thiago y Taylor se sentaron a cada lado de Max.

—Cuentas con nosotros siempre—prometió Taylor—, esto recién comienza y lo sabes.

Max dio un suspiro profundo.

—No tienes idea lo que fue encontrarlo bañado en sangre.—Max movió las manos que temblaban con el recuerdo—. Sus ojos querían

decirme quién era su asesino, estoy seguro.

—El amante con el cual lo encontraste ya fue interrogado—aclaró Thiago—. Rayan me lo dijo.

—Rayan. —Max se humedeció los labios—. No he sabido nada de él desde esta mañana.

—Su declaración fue fundamental. Fue lo que hizo al fiscal Hawkings dudar un poco.

—¿Qué voy a hacer ahora? —Max preguntó con lágrimas en los ojos —. Todo apunta a que yo lo maté.

Thiago levantó la mano.

—Hay que esperar los resultados de la autopsia. La hora del asesinato, las marcas, todo cuenta. Ahora estamos haciendo castillos en el aire.

Max asintió, se restregó la cara, queriendo borrar las notorias líneas de cansancio.

—Luffer era un imbécil infiel, pero ¿quién le haría tanto daño?

Thiago se encogió de hombros.

—¿Te has puesto a pensar que tal vez tenía una vida paralela? Quizás no eras el único al cual le mentía, y le tocó un loco psicópata como amante. Tal vez se metió con alguien casado y lo liquidaron por eso. Max, Luffer era un bastardo, ¿por qué crees que murió así?

El silencio llenó la sala. Taylor tomó las manos de Max entre las suyas.

—Sea cual sea la verdad, Thiago y el inspector Alí la descubrirán. Estoy segura.

El timbre sonó en ese momento, Thiago comenzó a reír.

—Bien, parece que acabas de invocarlo, Tay.

Thiago se levantó y caminó hacia la puerta. Max dio un salto del sofá.

—¿Sabes quién es?

Tay negó risueña.

—Por supuesto que lo sabemos, y tú también.

El corazón de Max martilló en su pecho, dio pasos cerca de Thiago para acompañarlo hacia la puerta, quitó la llave y la abrió. El inspector Rayan Alí estaba del otro lado.

—Thiago—dijo y asintió.

—Inspector. —Thiago se hizo a un lado y con una seña le indicó que pasara. Rayan, esta vez, se enfocó en su amante, en el hombre que lo esperaba a unos metros.

— *MarHabā, habibi*—pronunció con su acento libanés, ese que era afrodisíaco para Max. Los ojos de Max brillaron, el mundo ordenándose como si no se estuviera derrumbando a su alrededor.

— *MarHabā*—Su voz se entrecortó. Rayan se movió despacio hacia él, lo envolvió en sus brazos y respiró su aroma.

—Estoy aquí—dijo y el agarre se apretó, mientras Max se desmoronaba en sus brazos—, y esta vez, no me iré.

13 Ya no quiero esconderme

Beirut, El Líbano.
Veinte años atrás.

El sol apareció en el horizonte y en mi corazón la mañana en que todo se derrumbó. Mi cuerpo había cambiado, el deseo fluía como fuego en mis venas. Miré mi reloj porque estaba cerca del alba, porque el momento de la oración se aproximaba y debía estar allí.

«Es la sangre de mi virginidad, eres el dueño de mi cuerpo y de mi alma ahora».

El alma de Max se fusionó con la mía en ese encuentro, nada podría separarnos. No importaba cuánto nos rompiera, no importaba cuánto lucharan y negaran lo que latía en nosotros, ambos nos pertenecíamos, siempre sería así. Este deseo era prohibido, pero era nuestro e iba a atesorarlo.

Ingresé a mi hogar y busqué a mi padre, él me observó con la mochila. Demir estaba allí, frunció el ceño y supe que mi hermano siempre estuvo un paso delante de mí.

El Salah es el ritual diario de la oración que realizamos los musulmanes como uno de los cinco pilares del islam. Nadie que se precie de seguir la religión se atrevería a olvidarla. Me puse de rodillas, y mi rostro fue en dirección hacia donde estaba La Meca, nos entregamos a ese momento, lo alimenté con recuerdos de la

noche anterior, con susurros y besos, con pequeñas sonrisas y los ojos azules más hermosos que había visto en mi vida.

«Algún día Alá me perdonará esta ofensa».

Me dije a mí mismo aún envuelto en mi desastre hormonal, en la alegría de encontrar lo divino en un acto carnal, en saber que, si fuera incorrecto, no debería ser tan bello. Una vez que finalizamos, procedimos al desayuno y a nuestros quehaceres.

Me acerqué a Demir quien estaba cruzado de brazos cuando ingresé a su cuarto.

—Lamento haber sacado esto sin avisarte, pero la vez pasada tú….

—Guarda las excusas. —Demir me cortó y asió la tienda que estaba doblada de tal modo que se asemejaba a una mochila de acampar —. No te importa nada, ¿eh?

—¿A qué te refieres? —respondí en tono defensivo. Una risa maliciosa curvó sus labios.

—Mi pequeño Rayan—Se burló—. Quieres tapar el sol con un dedo y negar la verdad, pues bien, ese es tu problema. Solo ten en cuenta una cosa; lo que sea que creas tener con el judío está condenado a muerte, ¿entiendes?

Todo el color se drenó de mi rostro.

—¿Tú cómo, es decir, qué…?

—Ya, sabes que no soy chismoso y, a pesar de que no eres el mejor hermano, nunca buscaría formas de dañarte, pero recuerda mis palabras. Tu futuro no es ese chico, de hecho, vas a conocerlo esta tarde.

—¿Qué? —Demir quiso pasar a mi lado y lo detuve—¿Qué quisiste decir con eso?

—Amira—Su nombre cayó entre ambos como una loza de mil toneladas—, esa es la mujer con la que vas a casarte. Te guste o no.

—Tengo miedo—musitó Max en el cuello de Rayan mientras ambos yacían en la cama de la habitación de huéspedes de Taylor y Thiago —, ¿y si nunca encuentran al verdadero culpable? ¿Qué ocurrirá conmigo?

—Lo vamos a hallar. —Rayan le besó la coronilla, el contacto se sentía único, sentir el cuerpo del otro, su calor, incluso vestidos, incluso cuando ninguno de los dos había buscado iniciar algo sexual.

—Thiago dice que es probable que sea un amante despechado o un marido dolido.

—Hay muchas hipótesis—Rayan explicó—, mi gente sigue investigando. Rebecca y Alfredo son buenos en lo que hacen, y también son imparciales.

—¿Qué piensan ellos acerca de tu declaración?

La mirada de Rayan estaba sobre el techo blanco impecable, sus dedos enredados en el cabello rubio que poseía algunos mechones más bien castaños.

—No son tontos, saben que hay algo más de lo que digo—agregó—, sobre todo Rebecca, pero por ahora se han mantenido en silencio.

Max se giró en la cama sobre Rayan, su cabeza apoyada en su pecho, el hombre no dejaba de revolver su cabello.

—¿Y tu esposa? —preguntó despacio, buscando no romper el ambiente.

—Ha regresado a casa—explicó—, no hemos podido hablar como se debe, pero ella ya está dejando entrever el divorcio también.

Max levantó la cabeza.

—¿Estás bien con eso?

—Hemos vivido una mentira tantos años, que esto ya ni siquiera se siente como una liberación—explicó—. Una vez que definamos lo nuestro, deberé hablar con mi hijo y todavía desconozco cómo empezar esa conversación ¿Cómo le dices a tu hijo que siempre estuviste enamorado de un hombre? Eso va en contra de nuestras creencias, de todo lo que le enseñé.

—No se lo digas—dijo Max en un intento de aliviar la tensión—. Solo dile que ustedes se distanciaron.

—No—Rayan dio un suspiro—, ya no quiero seguir escondiéndome. No es justo para nosotros y tampoco para él. Si esto sale a la luz, prefiero contarle la verdad sin un periodista retorciendo la narrativa.

Max apoyó de nuevo la cabeza en su pecho y cerró los ojos.

—Solo nos queremos, ¿por qué siempre fue tan difícil?

Rayan le besó la sien.

—El mundo es difícil, pero sobre todo hipócrita, entonces, cuando la gente quiere hablar con la verdad la apartan, la marginan, la discriminan. Pertenecemos a dos mundos distintos, Maxwell Bergman, aun así, fui incapaz de seguir negándome a este amor.

—Vas a perder todo—Max advirtió—, tu vida como la conoces.

—Perdí todo al lado del Mediterráneo dos décadas atrás. —Rayan susurró contra sus labios—. Ahora lo estoy recuperando.

—Rayan…

—Duerme, *habibi*—besó sus mejillas suaves—, recupera fuerzas porque mañana será un día largo, como todos los que tenemos por delante.

Max dejó que los brazos de su eterno amante lo envolvieran, por esa noche se permitió dejar de pensar en el mañana.

Durmió en amor y tranquilidad junto a Rayan esa noche, se despertó temprano, con el sonido del tráfico y una cama que ya estaba fría del lado derecho. Dio un suspiro y se enfocó en el techo, la pesadilla continuaba y debía salir de ella. Se levantó, se duchó y fue hacia el comedor donde el aroma a tostadas lo envolvió. Taylor estaba en la tostadora mientras Thiago bebía café a su lado, de pie. Le susurró algo y ambos rieron para luego besarse. Daniel tenía una torre de hotcakes con sirope de arce. Sus ojos se abrieron con sorpresa y alegría cuando notó a Max parado en la puerta.

—¡Tío Max! —gritó y corrió a abrazarlo. Max lo recibió y le dio un beso en su frente.

—Hola, pequeño. Buenos días para todos—agregó. Taylor y Thiago le sonrieron mientras le acercaban una taza y la cafetera.

—Buenos días, cariño—replicó Taylor—, ¿café?

—Una tonelada—Max dijo a modo de broma y se sirvió una taza, luego asió una tostada y la untó con mantequilla y mermelada de frambuesa.

—¿Cómo dormiste? —preguntó Tay. Max mordió la tostada.

—Bien, con Rayan a mi lado todo es distinto—esbozó—¿Se fue temprano?

—Hace unos quince minutos—Thiago bebió un nuevo sorbo de café —, debía estar en la estación temprano.

Max dio un suspiro, se sentó en la mesa al lado de Daniel.

—Llamaré a Alana y coordinaré una cita con ella.

—Me parece perfecto—dijo Thiago—¿Quieres que vayamos contigo?

—Sería buenísimo. —Max mordió de nuevo la tostada—. Estoy aterrado, ¿saben?

Taylor se acercó a su amigo y puso sus manos en los hombros mientras el hombre estaba sentado.

—Todo saldrá bien. Rayan no dejará que nada malo te pase y la abogada Monfils tampoco.

Max asintió y el desayuno continuó. Hablaron de cómo sería su día. Thiago tenía cita con un par de clientes, así que Taylor sería quien acompañaría a Max. Daniel se quedaría en el departamento y en la tarde una psiquiatra lo visitaría por su tratamiento.

El celular de Max, uno que le había proporcionado Taylor dado que el propio lo tenía la policía, sonó. El número seguía siendo el mismo.

—Hola.

—Buenos días, ¿Max Bergman?

—Soy yo—afirmó—, ¿quién habla?

—Lo llamaba por el arreglo de la computadora del señor Luffer Hansen—explicó el muchacho detrás del teléfono—. Lo he llamado a él, pero no responde y me dejó su número por si no podíamos contactarlo.

—Ah, sí.—Max lo recordó. La laptop de Luffer comenzó a presentar fallas semanas atrás, y el hombre pensó que el disco estaba dañado. Max estuvo tentado a decirle que no iba a retirar por el momento, pero luego se dio cuenta de que, si había algo sospechoso o fuera de lugar sobre Luffer, estaría allí—. Dígame ¿cuándo puedo pasar a retirarla?

—El horario de atención es hasta las tres de la tarde—dijo el técnico —, ¿lo esperamos hoy?

Max tragó saliva.

—Sí, pasaré antes de ese horario.

14 Recuerdos de traición

—Eso es una mina de oro—dijo Rayan mientras hablaba con Max—¿A qué hora irás?

—Estoy yendo hacia allá—explicó el muchacho mientras caminaban entre la gente—, Taylor me acompañará.

—Perfecto. Una vez que la tengas envíame un mensaje, quiero ver qué hay allí.

—¿No se la entregarás para investigarla a tus colegas?

—Primero quiero indagar yo.—Se escuchó que Rayan daba pasos, como si se alejara de un lugar, luego una puerta se cerró—. Nos vemos al mediodía en el departamento de Thiago.

—Bien—Max asintió—, nos vemos a esa hora.

—¿Max?

—¿Sí?

—Te amo.

Max se detuvo en medio de la gente que iba y venía, llenando las aceras. Sonrió y se percató de que temblaba.

—*Ani ohev otcha*

El silencio inundó la llamada. El silencio fue tan prolongado que Max pensó que Rayan había cortado.

—¿Puedo confesarte algo? —preguntó Rayan del otro lado.

—Lo que sea—replicó Max convencido.

—Siempre me gustó la manera en que me dices te amo en hebreo.

Max abrió y cerró la boca, Taylor le hizo una seña para que se apresuraran. Estaba allí, en medio del gentío, y se sentía desnudo y expuesto en lo más profundo.

—Nos vemos más tarde, *habibi*. Cuídate.

Y antes de que Max pudiera contestar, la comunicación cesó.

—¿Estás bien? —preguntó Taylor y Max, conteniendo las lágrimas asintió.

—Sí, lo estoy, mejor que nunca.

Siguieron camino hacia el local donde Max debía retirar su computadora, mejor dicho, la computadora de Luffer. El sitio era pequeño, perdido entre dos tiendas, pasaba desapercibido para cualquiera que no frecuentara la zona. El muchacho de no más de veinte años lo recibió con una sonrisa.

—Aquí tiene—dijo y señaló el portátil como si se tratara de una obra de arte—, recuperamos el disco duro, costó, pero se logró.

Max se sentía como si estuviera cometiendo un crimen y todavía no sabía cuál era el motivo.

—Es decir que no se perdió nada—dijo para corroborar.

—Nada. —El muchacho aclaró con orgullo—. Si tiene algún otro inconveniente no dude en avisarnos.

Max asintió y pagó. De pronto el calor subió por sus mejillas, Taylor le golpeó el brazo.

—¿Qué carajo te pasa?

—Estoy nervioso.

—Pues no lo estés—replicó—, no queremos que el tipo piense mal y no te entregue el material.

Taylor sonreía mientras hablaba entre dientes. El muchacho buscó una bolsa y les entregó la laptop.

—Gracias, tengan un buen día.

—Igual tú. —Max alcanzó a decir y salieron del pequeño local rumbo al departamento.

Max le envió un mensaje a Rayan y le avisó que ya tenía el aparato en su poder. Cuando llegaron al departamento el hombre ya estaba allí.

—Vaya, ¿cómo te demoraste tanto? —preguntó Taylor con sarcasmo.

—Cuando tienes una investigación que te involucra a ti y a tu novio intentas resolverla cuánto antes.

«Novio».

La palabra estuvo a punto de hacer que Max y Taylor gritaran de felicidad. Rayan se aclaró la garganta, estiró sus manos y recibió el aparato. Lo llevó hacia la isla de la cocina, y lo encendió.

Taylor y Max se ubicaron a su lado, uno al lado del otro.

—No tiene contraseña—dijo Rayan—, de seguro quien la reparó la quitó.

—Luffer nunca ponía contraseña a sus dispositivos—explicó Max—, para él eso era muestra de confianza.

—O de tu estupidez—replicó Taylor y Max le dio un golpecito en la cabeza.

—Gracias por eso, idiota.

Rayan se mantuvo concentrado en la computadora. Lo primero que notó al ingresar fue la foto de Luffer sobre uno de los aviones.

—¿Cuánto tiempo llevaba piloteando? —indagó.

—Diez años, fue lo que me dijo.

El tipo aparecía en una cabina, su enorme sonrisa seductora directo a la cámara. Tenía el aire de esos hombres irresistibles, de los chicos malos, de esos que sabes que no te convienen, pero igual caes por ellos.

La computadora comenzó con una actualización, todos resoplaron.

—¿En serio, la puta madre?—cuestionó Taylor—. Esto es una mierda ¡Ya se parece a las películas!

Max se restregó el rostro, mientras en la pantalla se mostraba la actualización del software que se estaba llevando a cabo. La pierna

de Max se movió impaciente mientras se mantenía sentado frente a la computadora junto a su amiga y a Rayan.

Cuando la pantalla marcó el cien por ciento un escalofrío lo invadió. La pantalla de la computadora se oscureció y apareció de nuevo la fotografía de Luffer.

—Bien, aquí estamos—Rayan ingresó en la bandeja de entrada y comenzó a buscar. Había fotos de todo tipo, en la mayoría Luffer aparecía solo en el gimnasio, en el avión, junto a algunos compañeros de trabajo. Nada extraño, además de que no había fotos junto a Max.

Ingresó a algunas hojas de cálculo en donde estaban los presupuestos de la casa, prácticamente el espacio del disco duro estaba sin uso. Rayan se rascó la barbilla, después ingresó a Google y buscó en su drive. Aquí es donde encontró más fotografías.

—Tu marido se sentía muy fotogénico.—Rayan señaló y Max negó.

—Siempre se creyó irresistible, quizás lo era y yo no me percaté.

Se mantuvieron en silencio. Rayan analizó todos los archivos. Algunas fotografías tenían como nombre de archivo coordenadas.

—¿Son hojas de ruta? —preguntó Taylor.

—Es lo más probable—dijo Max—, era meticuloso con eso. Muy profesional en su trabajo.

Rayan chasqueó la lengua, hasta ahora, no había nada que valiera la pena. Observó los mapas y las trayectorias. Hubo una que lo hizo detenerse.

—Luffer solo volaba entre ciudades estadounidenses, ¿verdad?

—Así es—aseguró Max.

Rayan frunció el ceño.

—Este mapa marca una trayectoria desde Minesota hasta San Juan de Puerto Rico. Está fechado hace dos semanas.

Rayan negó.

—Es imposible. He viajado con él un par de veces. La aerolínea solo se mueve dentro de Estados Unidos.

El inspector continuó indagando en las diferentes fotografías.

—Mira esto, la misma ruta, dos meses antes, y se repite de esta manera tres veces más.

El trayecto era claro, Luffer viajaba de Minesota hacia San Juan cada dos meses. Rayan abrió una nueva pantalla con la aplicación del correo.

—Confirmaciones de vuelo de su aerolínea, número de avión, tripulantes y recorrido—verificó en uno de los correos—, aquí hay más. Y sí, es como dices, todos son vuelos entre ciudades estadounidenses.

Taylor frunció el ceño.

—¿Entonces? —preguntó y los ojos de Rayan siguieron buscando correo tras correo.

—¿Puede que Luffer Hansen hiciera vuelos privados? —indagó y se volteó hacia Max quien negó.

—Jamás me lo dijo—aclaró—, de hecho, me llamaba después de cada vuelo para asegurarme que llegó bien.

—De acuerdo.—Rayan buscó su celular y marcó un número.

—¿A quién llamas?

—A mis colegas—afirmó—, voy a necesitar mostrar esto, y también vamos a solicitar la ubicación desde donde se hicieron las llamadas del último año.

15 Una mentira tras otra

Beirut, El Líbano.
Veinte años atrás.

—La familia de tu futura esposa nos visitará hoy.

—No quiero una esposa.

—Los designios de Alá no necesariamente tienen que ver con tu voluntad. Es lo mejor para ti, y me aseguraré de ello.

La carne Halal humeaba en los platos junto al Kibbe. Las conversaciones amenas a mi alrededor, Amira, la mujer que mi hermano Demir aseguraba que se convertiría en mi esposa estaba frente a mí, con su mirada sobre su plato. Era hermosa, eso era innegable. Tenía ojos profundos color miel y un suave color canela. Ella levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Había anhelo y esperanza en la suya, me preguntó qué había en la mía aquel día. Demir bebía agua cerca de mí, estaba tenso, del mismo modo que yo. No se me ocurrió pensar el motivo por el cual ya estaban pensando en desposarme cuando solo tenía dieciséis años, mientras a mi hermano, cuatro años mayor lo mantenían en la sombra.

Todavía tenía el sabor de la esencia de Max en mis labios, aun sentía su corazón latir junto al mío, mientras nos entregábamos con el sonido del mar como único testigo. No quería estar aquí, no deseaba desposar a Amira, solo lo deseaba a él.

—Bienvenidos y gracias por estar aquí. Alá nos ha bendecido hoy— pronunció mi padre con orgullo. Los padres de Amira estaban a su

lado—. Me llena de gozo anunciar el compromiso de mi querido hijo Rayan junto a esta hermosa joven elegida por Alá para acompañarlo en su camino.

Mis ojos fueron hacia mi padre, este me observó con dureza y frialdad, como si necesitara mostrarme quién mandaba, y recordarme que no podía cambiar mi destino, que no estaba en mis manos. Rezamos y agradecimos, me vi obligado a dar gracias por algo que odiaba, por someterme, por dejar mi alma de lado para complacer los designios de mi padre, que nada tenían que ver con Alá y el profeta.

«Max».

Pensé en cómo le diría que estaba atado a una desconocida, que este lazo era irrompible y que nosotros estábamos destinados a perder. Le había prometido quererlo, adorarlo, mantenerme a su lado, y ahora aquí, frente a Amira y a su familia, frente a la voz atronadora de mi padre y la mirada sumisa de mamá, mi voluntad se desvanecía. La familia de Amira me saludó, su padre me recibió como parte de su clan, y yo solo ansiaba huir de allí. Cuando la cena terminó, salí al patio y miré a la luna, me quedé en ese enorme disco plateado y dejé que las lágrimas bañaran mi rostro, me arrodillé allí mismo y recé, recé como nunca, hasta que la garganta se secó, del mismo modo que mis ojos.

—Pierdes el tiempo.

Di un salto cuando escuché esa voz que venía de las penumbras. Demir se acercó despacio y se cruzó de brazos frente a mí.

—¿A qué te refieres?

—Le pides a Alá que te libre del yugo—esbozó con tranquilidad—, imploras que te quite la soga que nuestro padre ha puesto alrededor de tu cuello, pues eso no va a pasar.

Fruncí el ceño, y contuve un insulto, mejor dicho, cientos.

—¿Tú qué sabes de mi dolor? —cuestioné en tono enojado.

Demir tragó saliva, como si el nudo en su garganta se oprimiera hasta dejarlo seco.

—Porque lo comparto—musitó cerca de mí—, y si quieres cambiar tu destino, debes hacerlo ahora, de lo contrario, vas a perder todo.

—A ti nadie te obliga a casarte—dije y emergió una rabia profunda —, andas por ahí como si nada te importara.

Demir me sonrió y negó.

—Muy pronto me iré de aquí, hermano—susurró y me quedé estático—, y si no quieres morir en vida, seguirás mi ejemplo.

—Luffer Hansen ha realizado doce llamadas desde Puerto Rico en lo que va del año. —El inspector de Melo señaló y dejó el informe frente a Rayan—. Cuatro a Maxwell Bergman y otras a números desconocidos.

—¿Todavía no los rastrean?

—Estamos en eso—agregó.

—Bergman ha dicho que el trabajo de su marido siempre fue dentro de Estados Unidos, ¿por qué hay vuelos desde Minesota hacia Puerto Rico?

—¿Una doble vida? —indagó Rebecca. Los tres estaban en el despacho de Rayan. El hombre escuchaba los análisis de ambos.

—No lo sé, me suena a algo más—esbozó Alfredo—. No le ocultas algo así a tu pareja solo para montarle los cuernos.

—Las personas que engañan suelen ser muy creativas—argumentó Rebecca.

—¿Lo dices por experiencia? —Se burló Alfredo.

—Por algo he llegado a un punto en que no confío en nadie—replicó la mujer.

Los mapas de ruta estaban desperdigados sobre el viejo escritorio. Rayan los observó.

—Mañana tenemos una cita con el CEO de la empresa—anunció Alfredo—, veremos qué más podemos encontrar sobre Luffer Hansen y su desempeño.

—Rebecca, comunícate con seguridad área. Quiero el número de vuelo y avión que viajó desde Minesota hasta San Juan la última vez. —Solicitó Rayan.

—Hecho—dijo la mujer y se puso de pie—, lo olvidaba jefe. Tu esposa ha llamado cinco veces a la oficina hoy.

Rayan se rascó la frente.

—No te preocupes, yo me encargaré de eso. Les pido que apenas tengan los resultados me los comuniquen.

—El fiscal Hawkings vendrá mañana seguramente—aclaró Alfredo y Rayan asintió.

—Mucho mejor, le mostraremos la evidencia encontrada. —Rayan sacó su teléfono y se percató de que tenía diez llamadas perdidas de su esposa y veinte mensajes de ella. Dio un suspiro—. Debo arreglar un asunto, manténganme informado.

—No te preocupes, jefe—dijo Alfredo y se pusieron de pie para salir de la oficina.

***

El auto ingresó por el camino de grava mientras Amira estaba sentada en las escaleras del porche. Rayan se estacionó y se concentró en sus manos que temblaban. Era una locura. Había estado en riesgo de vida incontables veces, pero jamás se sintió tan expuesto a como estaba ahora. No había a dónde huir, mejor dicho, ya no lo deseaba.

«Muy pronto me iré de aquí, hermano, y si no quieres morir en vida, seguirás mi ejemplo».

Las palabras de su hermano seguían frescas en su cabeza, como una herida que nunca deja de sangrar. Llevaba casi dos décadas sin verlo, desconocía a dónde había terminado después de que padre lo echó de casa, pero se fue con una sonrisa, una sonrisa imborrable

en el alma de Rayan. Demir se fue persiguiendo un sueño, su propia esencia, mientras que él se refugió en el miedo, en el frío espeso que suele dar la comodidad. Dio un suspiro profundo y salió del vehículo. Iba al encuentro de quién había sido su esposa por diecisiete años. Amira se levantó, su mirada calma y vacía, en nada se parecía a la mujer que conoció cuando tenía dieciséis años y con la que contrajo matrimonio dos años después, en nada se asemejaba a la mujer que desposó cuando cumplió dieciocho.

«Tú la destruiste».

Una punzada de culpa le atravesó el pecho como un cuchillo, Amira había merecido amor, él solo le dio compromiso y frialdad, nunca fue un esposo de verdad, solo un compañero.

—Me preocupó que no respondieras. —Amira movió su mano derecha—. Lamento haber llamado a la estación.

—Está bien. —Rayan la detuvo. Se pararon frente a frente—¿Quieres pasar?

Amira asintió, la realidad es que ella todavía conservaba las llaves de esa casa, pero ya no se sentía suya. La pareja ingresó a la propiedad. Ambos se ubicaron en la sala, uno al lado del otro, su mirada al frente, al ventanal que daba a la casa de Max.

—Amira…

—No—interrumpió—, esta vez, quiero la verdad. Quiero saber quién eres Rayan Alí, necesito saber quién es el hombre con el que me casé.

Rayan tenía sus antebrazos sobre sus piernas, su torso hacia adelante.

—Soy un monstruo—esbozó sin miedo—, así fue como me llamó papá cuando se enteró de que me veía a escondidas con Maxwell Bergman, cuando le confesé que estaba enamorado de él.

Amira tensó la mandíbula, el dolor tiñó cada una de sus facciones. Todo este tiempo había vivido una mentira.

—¿Por qué te casaste conmigo? —Su voz se cargó de angustia inenarrable—¿Por qué fingir décadas?

—¿Qué esperabas que hiciera? —cuestionó—. Fuiste consagrada a mí, tú también ibas a quedar en deshonra.

—Eres un vil mentiroso—Amira se defendió—, deja de decir que lo hiciste por mí cuando fue tu cobardía la que no te permitió alejarte.

—No es una mentira—agregó—¿Piensas que no tengo conciencia, mujer? ¿Acaso pretendías que terminara todo cuando tu familia confiaba en esta unión?

Amira se cubrió el rostro y las lágrimas brotaron con fuerza. Un llanto feo llenó la sala y Rayan enredó sus dedos entre su cabello para arrancarlo.

—Yo te quiero Amira, siempre te quise.—La voz se quebró—. Te adoro igual que a mi hijo, pero nunca podría amarte, no como a una pareja, no como…

—A ese bastardo judío. —El rostro de Amira se ensombreció—¿Cuánto tiempo llevas engañándome con él?

—Nunca lo hice—dijo Rayan.

—¡Y sigues mintiendo! —Amira se levantó—¿Acaso fue una coincidencia venir a América? ¿Venir a este barrio? ¡Estuviste en contacto con él a lo largo de los años!

—¡Te digo que no! —Rayan gritó—. Max no es así, él respetaba a su marido.

—Un bastardo abominable igual que él. —El desprecio embadurnó cada sílaba—. Tú eres igual a esos hombres. De solo pensar que me tocaste de la misma forma que a él se me revuelve el estómago.

Rayan se mantuvo en silencio, el dolor dando paso a la indignación.

—No sabes todo lo que pasé por mantenerme fiel a ti—aseguró—. Renuncié al único ser que amé en mi vida por esta familia. Aquí lo único abominable fue permitir que otros dictaran las reglas de mi vida. Perderme tanto en el nombre de Alá que me olvidé del propio.

Amira se cubrió la boca.

—Hablas en contra de Alá y del profeta.—La mujer lo señaló—. La muerte tocará a tu puerta por eso.

Rayan comenzó a reír.

—La muerte se adueñó de mí desde el día en que me olvidé de vivir, de que me entregué a ti, Amira.

Fue rápido e inesperado, el golpe llegó y dio de lleno sobre el rostro de Rayan quien se quedó inmóvil. El ardor se extendió por su rostro, del mismo modo que su humillación.

—Me voy a quedar con todo en el divorcio.—Amira prometió. Rayan dio un suspiro.

—Esta casa perteneció a mi tío antes de que nos casáramos, por lo tanto, no tienes injerencia en ella. En cuanto a nuestros ahorros y mis cuentas de retiro, pues, puedes quedártelas. No me importa, nunca me importó el dinero y lo sabes.

Amira convirtió sus manos en puños. Quería golpear a su esposo hasta desangrarlo.

—Le diré a nuestro hijo—aseguró—, él te va a odiar por lo que queda de vida. Terminarás solo. Ese será el castigo de Alá sobre ti.

—Soledad por ser libre—dijo Rayan quien se puso de pie—, es un precio que estoy dispuesto a pagar con creces.

El rostro de Amira se contrajo en desesperación y rabia. Quería venganza, quería que Rayan sufriera. Dio un grito que estremeció la casa y de seguro se escuchó en todo el vecindario. Caminó a paso rápido hacia la puerta, se detuvo en la entrada.

—Espero que te acuerdes del rostro de tu hijo, porque no lo volverás a ver mientras viva.

Rayan tragó saliva.

—Tiene quince años, no cinco—aclaró Rayan—. Y si esa es su decisión, la respetaré.

El portazo estremeció la casa y la vajilla del aparador. Rayan cayó de rodillas al suelo porque sus piernas ya no lo sostenían. Miró al cielo y

cerró los ojos. Ya no necesitaba mentirle a los demás y mucho menos, a sí mismo.

16 Ajuste de cuentas

Beirut, El Líbano.
Diecisiete años atrás.

Corrí calle abajo mientras observaba la hora, de seguro Rayan ya me esperaba con nuestra tienda armada, mejor dicho, la de su hermano, pero yo la sentía nuestra.

«Imagina que soy tu jeque, y tú eres mi esclava».

Sonreí como idiota mientras me alejaba de mi hogar e iba al encuentro de mi amor. Toqué el sobre dentro de mi camisa. Era lo mejor que había encontrado, cuando lo leí supe que hablaba de nosotros, de lo que somos.

Cuando llegué a la playa, Rayan ya estaba allí, pero la tienda de acampar no estaba. Tragué saliva, la mirada de mi amor estaba sobre el profundo mar azul, la noche llegaba y nos obligaba a acercarnos para deleitarnos con las facciones del otro. No detuve mi marcha, corrí hacia él con la alegría inmensa de saber que estos momentos eran preciosos. Minutos secretos y mágicos, porque de verdad sentía que había tanta magia en cada encuentro con él a lo largo de los años. Desde la inocencia de la primera vez, a la pasión desbordante que nos embargaba cada vez que nuestros cuerpos se enlazaban con apremio y desesperación ¿Qué podía ser más parecido al paraíso que hacer el amor con quien amas?

Me humedecí los labios y le sonreí cuando llegué a su lado.

—Habibi—susurré, apropiándome de sus propias palabras y besé su mejilla. Rayan se apartó. Fruncí el ceño—¿Qué sucede?

—Llegó el momento Max.—La resignación calaba hondo en su voz—. Voy a casarme con mi prometida.

—No—reí nervioso—, no puedes hacer eso. Tú no…

—Ya está decidido—dijo como si Dios mismo con su poder hubiera sellado ese acuerdo.

—¿Por qué lo aceptas? —cuestionó—. Me dijiste que nunca lo harías, que nunca…

—Max.

—¿Por qué me abandonas?

Las lágrimas se deslizaron sin control por mis mejillas.

—No te abandono.

—¿No? ¿Y qué estás haciendo? Vienes aquí y me rompes el alma ¡Me prometiste que nunca me dejarías!

—¡Eres un hombre Max! ¿Es que no lo ves?

—Sí, Rayan, soy un hombre. Uno que te ama con toda su alma, ¿eso no es suficiente? ¿Acaso es la primera vez en que te percatas que soy un hombre? Has hecho el amor conmigo incontables veces, sabes que allí abajo tengo lo mismo que tú.

—No hables así.

—¿No? ¿Y cómo debería hablar si no es así? ¡Maldito malnacido! —grité con todas mis fuerzas y lo empujé—¡Maldigo el día en que te conocí! ¡Maldigo el día en que me enamoré de ti! ¡Lo maldigo y escupo tu nombre!

Rayan no se defendió, se abrazó a sí mismo mientras yo vociferaba cientos de insultos, todo el dolor que mis entrañas tenían.

—Maxwell.

—Te deseo pesar y tristeza cada día a partir de ahora. Te deseo que cada camino quede trunco por romper tus promesas y por romper mi corazón.

Rayan me miró, las lágrimas poblaban su bello rostro, ese rostro que, con todas mis fuerzas, quería aborrecer.

—Te deseo amor y vida, habibi, que Alá te llene de bendiciones. Vive feliz por ti y también por mí, porque yo nunca podré serlo, no lejos de tu amor.

Me sequé el rostro con rabia, me aparté de ese muchacho que había sido mi mundo y ahora lo rompía en mil pedazos. Corrí y me alejé de la playa, corrí y nunca miré atrás. Pensé que ese era el final, que Yahvé dejaría de castigarme por mi pecado, pero eso solo era el principio.

—De verdad nos encanta verte de vuelta.

—Gracias. —Max sonrió a la pareja que lo saludaba.

La discoteca estaba al tope esa noche de viernes, él limpiaba un par de copas y las acomodaba, mientras recibía nuevos pedidos. *Encantos* había sido su sustento, su escape y esa noche no era la excepción.

—No me gusta que vayas a ese lugar.

—Es mi trabajo.

—No necesitas hacerlo.

—Tengo una vida, Rayan y no la voy a cambiar por ti de la noche a la mañana.

Max regresaba a la conversación de esa tarde con Rayan, después de que este le contara lo vivido con su esposa. Los nervios estaban a flor de piel en ambos, y ninguno se quedó callado.

«Soy un idiota».

Había formas más sutiles de marcar límites, Max las desechó desde el primer segundo. Se sintió atacado por Rayan y respondió con dureza y sin filtro. Ahora el remordimiento lo carcomía. Rayan nunca fue como él, le costaba más aceptarse, todavía sentía que estaba traicionando a todo el mundo aceptándose como era.

«Ten paciencia».

Se lo había dicho una y otra vez, ¿por qué no la tuvo?

Ya era tarde para lamentos. Max sacudió la cabeza y se concentró en su trabajo. *Encantos* estaba lleno, por lo tanto, él debía rendir al máximo.

Un hombre moreno de traje se sentó en el taburete, Max se acercó y le sonrió.

—Hola, ¿qué te sirvo?

—Un whisky en las rocas, güerito.

El hombre habló en español, Max que conocía el idioma, asintió.

—Enseguida—dijo y se dispuso a buscar un vaso de cristal.

El hombre apoyó sus codos y antebrazos sobre la barra, sus ojos sobre cada movimiento de Max. Estaba acostumbrado, no era la primera vez que alguien lo miraba como si quisiera comérselo. Colocó los hielos y el líquido fluyó sobre ellos. Limpió el fondo y sonrió, acercándose al cliente.

—Tu whisky—señaló en español—. Disfrútalo.

El hombre bebió un trago, luego estrechó la mano.

—Raúl Pizarro.—Se presentó y Max, por cortesía recibió el saludo.

—Es un gusto. Yo soy Max.—Señaló su nombre en la camisa. El tipo bebió un trago más.

—¿De verdad te gusta que te llamen Max o prefieres Maxwell? —La sonrisa de Max vaciló, ¿cómo carajo sabía su nombre completo? —¿Y con tu apellido no tienes problema? Digo, después de cómo terminaron las cosas con tu familia.

—¿Quién mierda eres y qué quieres? —Max interrumpió con ira. Raúl le sonrió y tomó otro sorbo de whisky.

—El güerito tiene huevos, eso es bueno.

Los latidos del corazón de Max se dispararon. Nadie conocía su pasado, nadie excepto su gente cercana.

—Responde a mi pregunta, ¿quién eres?

La sonrisa divertida de Raúl se desvaneció en un segundo.

—Alguien a quien tu marido estafó, y no me quedaré de brazos cruzados.

La música, las luces, las risas, las conversaciones, todo se detuvo para Max. Este hombre conocía a Luffer, más de lo que imaginaba. Miles de conjeturas llenaron su cabeza.

—Sea lo que sea que mi marido hizo, yo no soy responsable.

Raúl le sonrió con sorna.

—Oh, cariño, claro que eres responsable, solo que todavía no te das cuenta.

Max tragó saliva, su mano sostenía un vaso con tal fuerza que en cualquier momento se rompería.

—¿Qué buscas?

Raúl deslizó una tarjeta sobre la mesa.

—Puerto de Nueva Jersey en dos horas—agregó—, ese es el número de embarcación. No llegues tarde, güerito. Hay muchas cuentas por ajustar.

Raúl bebió el último trago y se levantó, se arregló su corbata y sin mirar atrás, se perdió entre la gente, entretanto Max estaba a punto de caer de rodillas. La tarjeta ardía entre sus manos. Maldijo a su esposo en ese instante, maldijo al hombre que, al parecer, escondía mucho más que amantes.

17 Halcones

Puerto de Nueva Jersey, Nueva York.

Dos horas después.

Maxwell observó su celular donde brillaba el mensaje de Rayan. Había llegado media hora antes.

Perdóname, *habibi*. No es mi intención controlarte, solo temo por tu seguridad. *Bhebak.*

«Te amo».

Max negó y controló sus dedos con todo lo que tenía. Quería responder, decirle lo sucedido, decirle que también lo amaba con el alma, incluso con el dolor y el rencor que muchas veces lo embargaba.

Rayan se estaba exponiendo demasiado en cada paso que daba, Max no iba a permitir que esto se saliera de control todavía más. Si el tal Raúl tenía cosas que arreglar con Luffer, pues Max negociaría y le rogaría que lo dejara en paz.

¿Era una buena idea? Por supuesto que no. Sin embargo, Max no quería que la vida de Rayan corriera peligro innecesario.

«125384».

Observó el número de embarcación, la cual debería buscar en el puerto de Nueva Jersey. La tarjeta estaba mojada en su mano debido al sudor. El frío ataca hasta el hueso, pero Max percibía el calor en toda su piel.

Nadie te prepara para la muerte de tu cónyuge de una manera tan cruda y violenta, pero mucho menos te prepara para limpiar la mierda que dejó a su paso.

—Creí que habías dicho que solo tenías un vuelo esta semana.

—Un compañero tiene parte médico. Me llamaron de urgencia, cariño. No te enfades, sabes que es trabajo.

Claro que lo había sido, pero no para la compañía donde trabajaba sino para su beneficio personal.

—Responde mi pregunta, ¿quién eres?

—Alguien a quien tu marido estafó, y no me quedaré de brazos cruzados.

¿Esto se trataba de dinero? ¿Por eso Luffer tuvo ese final? ¿Había drogas en el medio? ¿Cómo alguien puede ser tan estúpido para robarle a un narco? ¿Y si era algo aún más peligroso?

Max apoyó su cabeza sobre el cristal del taxi que lo llevaba al puerto. Las luces de la ciudad a pleno, autos que iban y venían en una ciudad que no conocía de día o de noche, solo de existir. Llegaron al puerto, Max pagó y descendió. El lugar era inmenso, ¿cómo carajo iba a encontrar la embarcación? Un mensaje en su celular vibró y Max lo sacó del bolsillo de su abrigo.

Levanta la cabeza, estoy frente a ti.

La sangre dejó de fluir en su cuerpo, Max miró hacia un lado y a otro cuando encontró a cien metros de donde estaba la imponente figura de Raúl Pizarro, el hombre que había conocido en la discoteca y que, por alguna razón, tenía su número.

Max apretó sus manos en el abrigo, de pronto el miedo casi lo obligó a retroceder, pero ¿a dónde escaparía? Se escucharon voces lejanas, había personas trabajando allí, pero Max no encontró a ninguna. Sus piernas trémulas lo llevaron hacia Raúl. Las embarcaciones apostadas en hileras perfectas, una zona de pequeños yates, uno al lado del otro. El viento frío movía las olas y con ellas, los barcos ondulaban. No había lugar al que huir, Max sintió un pinchazo de

duda, ¿había actuado de manera correcta al no contarle a Rayan o a Taylor? No podía retroceder el tiempo. El hombre con una traje negro impecable, del mismo modo que su abrigo, acompañado de diez guardias, los cuales se mantenían estoicos a su lado.

Max se detuvo a escasos metros de él.

—Muy bien, güerito. Pensé que no vendrías.

El muchacho guardó silencio por unos segundos.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Raúl le sonrió, una sonrisa tenue de labios cerrados y sacó de su bolsillo un cigarrillo, ese simple gesto casi provocó un infarto en Max al pensar que tomaría un arma y le dispararía. El encendedor de oro brilló en la escasa luz de esa zona, la oscuridad profunda del mar a su alrededor. La llama encendió el cigarro y Raúl le dio una pitada profunda, como si disfrutara el momento, de seguro lo hacía, ese bastardo llevaba la palabra crueldad escrita en su frente. Se enfocó en uno de sus guardias quien asintió sin palabras y fue en busca de Max. Lo asió del brazo con fuerza, Max estaba a punto de gritar, pero se percató de que era una tarea en vano, ¿quién iba a ayudarlo?

Con un sacudón brusco, el hombre lo empujó hacia Raúl quien dio media vuelta y se adentró en el yate, al que arrastraron a Max también. Una vez en el camarote, un par de guardias sentaron a Max con brusquedad frente a Raúl quien se acomodaba en un fino sillón de diseñador. Llevaba el cigarro en sus manos, se cruzó de piernas y escrutó a su presa. Max había entrado a la guarida de una bestia hambrienta y desconocía las consecuencias.

Se movieron en ese instante, Max tragó saliva, la embarcación había zarpado.

—Yedidi heker.—Mi querido amigo, esa fue la frase en hebreo que terminó de derrumbar las esperanzas de Max. Ese imbécil delante de él conocía todo, no solo su número de teléfono—. Mis condolencias por la muerte de tu esposo, imagino lo mucho que has sufrido.

Fue innegable el toque de ironía, Max tensó la mandíbula.

—No necesito tus condolencias porque no me importa su muerte— replicó enojado—, estimo que a ti tampoco, así que ¿por qué no te dejas de juegos y respondes lo primero que te pregunté?

Raúl frunció el ceño y fingió no recordar.

—¿Y qué era eso, güerito?

—¿Qué quieres de mí? —La voz de Max no dudó.

Raúl le dio una nueva pitada a su cigarrillo. El camarote se sentía asfixiante, Max estaba a punto de vomitar.

—¿Cuál es el mandamiento que habla de no tomar los bienes ajenos en tu religión?

—¿Quieres que te de una clase de judaísmo? Pues debiste escoger a alguien más idóneo que yo—replicó—, además, ¿debo hacerme responsable por lo que otro haya robado?

Raúl volvió a darle una pitada al cigarro, arrojó las cenizas en el piso.

—¿Qué hacías cuando tenías catorce años, güerito? —Fue una pregunta retórica—. Yo te voy a contar lo que yo hacía en Sinaloa a esa edad—Lo miró a los ojos y Max sintió un escalofrío, esos orbes marrones estaban vacíos. Lo que tenía en frente no era un hombre —. Mi padre se fue cuando tenía cuatro años, era el mayor de cinco hermanos en un lugar en donde el hambre era la moneda corriente. Comíamos lo que podíamos, sacábamos de la basura, hasta que dos hombres vinieron a mí y me dijeron que podía ayudarlos. El trabajo era sencillo, solo debía vigilar el barrio, quienes entraban y salían, a los malditos policías y sus redadas y cuidar a algunos muchachos que estarían haciendo sus negocios. Así fue como me convertí en *halcón* y solo fue mi primero peldaño.

Max no estaba atado, pero el hecho de sentir la presencia de los dos hombres a su lado le provocaba un terror inenarrable.

—Lamento mucho tu sufrimiento—susurró—, pero no soy culpable de él.

Raúl frunció el ceño y luego comenzó a reír, una carcajada cruda. Max lo observó con el horror tiñendo cada facción de su hermoso rostro.

—Tu marido era un buen piloto—dijo y arrojó el cigarrillo al piso—, reservado, no hacía preguntas, pero cometió un error.

—Tú lo mataste. —Max afirmó.

—No—replicó—, pero estaba en mi derecho de hacerlo si quería. Tu esposo tomó parte de las ganancias del último cargamento y las escondió ¿Sabes qué? —Hizo una pausa—. Estoy seguro de que tú no eres tan inocente como finges serlo.

—Yo no…

—Veinte millones de dólares.—La cifra cayó como un bloque de concreto en los hombros de Max—. En efectivo, por lo cual, debe haberlos guardado en algún sitio de tu casa, un sitio que no pudimos hallar.

«Maldito bastardo».

Max rio.

—Acabas de confesar, basura ¿Vas a fingir que no fueron ustedes quienes desbarataron toda mi casa? ¿Los que dejaron a Luffer bañado en sangre para que yo lo encontrara?

—Me da igual lo que creas—explicó Raúl—, solo espero que me devuelvas mi dinero y con eso, no sabrás nunca más de mí.

—No lo tengo—Max aclaró de inmediato—, y no sé dónde puede haberlo escondido Luffer.

—Mala respuesta, pero descuida, vamos a arreglarlo—Raúl se puso de pie y les hizo seña a los dos hombres al lado de Max—. Refrésquenle la memoria.

18 Dolores del pasado y presente

Beirut, El Líbano.
Diecisiete años atrás.

«Hay que involucrar todo el cuerpo en la oración».

Lo había sabido desde que era un niño, seguí cada paso, cada orden tal y como me lo indicaron, como la Torah lo mandaba, como mis maestros lo señalaban, como mi padre lo pedía. Nunca me sentí parte de esa oración, quizás, nunca me sentí parte de Dios. Recé aquella noche cuando regresé de ver a Rayan, le recé a Dios, lloré, clamé y le pedí intercesión, le pedí que me permitiera tener lo que amaba, aunque eso sonara a apego, aunque eso fuera impuro, porque ante mis ojos, no había algo más inocente que mi amor por ese muchacho.

Rayan iba a casarse, iba a dejar de pertenecerme, o tal vez, nunca fue mío, quizás no estábamos destinados, tal vez los ángeles me jugaron una mala pasada e hicieron de mí una broma, un ejemplo, algo jocoso que contar. Aun así, mantuve mi esperanza, como una llama viva, una llama que se encendía como la zarza de Moisés en el Sinaí, nunca podría extinguirse, no mientras tuviera vida, no mientras mi corazón latiera y la sangre fluyera en mis entrañas.

Las lágrimas mojaron mi rostro, el desasosiego impregnó cada célula de mi cuerpo.

«No me abandones».

Rogué una y otra vez, rogué hasta que mi voz se volvió solo un soplo, hasta que mis piernas cedieron y caí de rodillas sobre el talit. El sueño me invadió en algún momento de la madrugada, me llevó a un lugar profundo donde me encontré con mi amor una vez más, y una vez más me dijo adiós.

Cuando el amanecer llegó, mi cuerpo entumecido se levantó, seguía siendo yo, pero mi alma ya no estaba ahí. Me lavé, me preparé para un nuevo día, aunque solo la muerte me entusiasmaba. Fue cuando una de las empleadas me llamó, fue cuando el último muro que me sostenía se vino abajo, y ya no tuve fuerzas para seguir peleando.

El cuerpo fue arrojado en la puerta del hospital general. La sangre pronto se esparció sobre el piso blanco impoluto. Una mujer gritó, y el tumulto no tardó. Las enfermeras corrieron a su encuentro. Max yacía en el piso inconsciente, después de haber recibido tantos golpes que perdió la conciencia cuando llegó al número cincuenta. Su rostro estaba hinchado, los moretones rojizos y morados salpicaban cada espacio, su cuerpo era un cúmulo de dolor, lesiones y huesos fracturados.

Escuchó voces a su alrededor, gritos, órdenes mientras su cuerpo era removido del suelo y puesto en una camilla, y de allí en una cama, donde lo llenaron de cables y cánulas. Sus ojos se entreabrieron, la luz blanca sobre él dolió tanto como cada laceración.

—Estarás bien. —Una enfermera tocó su brazo y buscó infundirle confianza. Las conversaciones a su alrededor seguían, la tensión era palpable, el aire envuelto en alcohol y desinfectante no fue un problema, no cuando su nariz estaba fracturada.

Max había sentido el crujir del hueso, como también los de sus costillas. Sus ojos primero estuvieron en la figura frente a él que lo observó como si fuera el espectador de una obra de teatro, una en donde el protagonista moría. Raúl había encendido otro cigarrillo, mientras que una lluvia de golpes caía sobre el delgado cuerpo de Max quien no se resistió ¿Qué sentido tenía?

Sintió el mundo dar vueltas con los primeros golpes, y después solo vacío, un inmenso espacio inexplorado en el cual pasearía con el dolor como su compañero. Max quiso morir muchas veces a lo largo de su vida, siempre la razón fue la pérdida de Rayan Alí, sin embargo, en ese barco, tenía en mente una sola cosa, debía sobrevivir.

Lo estabilizaron después de horas de trabajo, las fracturas en su mayor parte eran en su torso y en las costillas. Una de ellas perforó un pulmón, era por eso la extrema hinchazón que estaba sufriendo.

Taylor estuvo a punto de desmayarse cuando se enteró de lo ocurrido. Era el segundo contacto de emergencia después de Luffer, Max no lo había cambiado. Taylor y Thiago de inmediato se comunicaron con Rayan que condujo al hospital violando todas las señales de tránsito, y acarreando decenas de multas en solo minutos.

—Está estable, pero debemos ser cautos—agregó el médico y le explicó el cuadro con el que se había encontrado.

Taylor se derrumbó en los brazos de Thiago, Rayan se apoyó en la pared y cerró los ojos ¿Hasta cuándo iban a sufrir? ¿Hasta cuándo la vida iba a ensañarse con ellos?

Rayan se mantuvo firme en el lugar, pese a que el médico le dijo que, por ahora, nadie podía verlo. Taylor y Thiago le rogaron que descansara, aunque fuera unas horas, pero él se negó. Era una fuerza de la naturaleza.

—Max haría lo mismo por mí, mucho más—explicó al segundo día cuando las ojeras se marcaban profundas en su rostro y la barba comenzaba a aparecer.

Fue una tortura, una agonía que se impuso a sí mismo por no haber estado con Maxwell cuando las cosas sucedieron, por enojarse con él por su trabajo, por fallarle incontables veces.

«No lo mereces».

Lo pensó a diario desde que se separaron aquella vez, desde que la cobardía le ganó al amor que decía tenerle, desde que los prejuicios

vencieron a sus promesas.

—Pueden pasar a verlo, pero solo cinco minutos.

Rayan lloró cuando el médico le permitió el ingreso, lloró al ser testigo de lo que provoca la maldad y la crueldad humana.

—*Habibi*. —Rayan acercó la silla al lado de la cama y apretó la mano libre de cánulas—. Por favor, despierta. Despierta y dime, ¿quién te hizo esto?

El silencio fue la única respuesta, un silencio crudo y frío, que congeló sus entrañas. Rayan volvió a llorar por su amado, le habló en árabe, susurró palabras de amor que nunca se animó a decirle, y de nuevo hizo promesas, promesas que ahora pensaba no serían en vano.

Rayan salió del cuarto y se sentó en aquella silla cerca de la habitación que ya se había vuelto suya. El celular vibró en su bolsillo y respondió de inmediato.

—Alfredo, ¿qué encontraste?

El hombre del otro lado dio un suspiro.

—Al parecer, Maxwell Bergman habló con varios clientes en la discoteca esa noche, pero las cámaras de seguridad muestran a alguien interesante.

—¿Quién?

—Raúl Pizarro.

—¿Raúl Pizarro? Pensé que estábamos algo alejados de Sinaloa— señaló Rayan.

—Rayan—Alfredo se aclaró la garganta—, este tipo le dio una tarjeta a Max y habló con él varios minutos. Bebió un whisky y luego se marchó. Maxwell se quedó mirando la tarjeta y luego la guardó.

—¿Piensas que Raúl lo citó a alguna parte?

—Pues el bastardo posee algunos yates en distintos puertos, pero hay uno que llama la atención. Está en el puerto de Nueva Jersey.

—¿A qué te refieres?

—No es ostentoso o estrafalario como los demás, como si quisiera que pasara desapercibido.

—Necesitamos una orden para allanar el lugar.

—Ya la solicité—agregó Alfredo—, voy a estar allí en una hora. Te cuento lo que encontramos.

—Alfredo.

—Dime.

—Quiero que vayas con Rebecca y el detective D´alessandro.

—Jefe, ya te dije que…

—Sé que no lo soportas, pero te aseguro que es muy bueno en lo que hace. Por favor, ve con él.

Alfredo resopló. Rayan podía ordenarle, sin embargo, respetó su incomodidad. Alfredo se la debía, por todas las veces que lo había salvado.

—Está bien, pero para que lo sepas, solo lo hago por ti.

19 Parásitos

Alfredo observó al hombre que iba de brazos cruzados a través del espejo retrovisor. Bufó y Rebecca a su lado contuvo una risilla.

—Estás aquí por Rayan, no por mí. Quiero dejar eso claro—dijo entretanto ponía la luz de giro. Thiago le sonrió.

—¿En serio, de Melo? Por favor, no me digas eso, rompes mi corazón.

Rebecca no resistió la carcajada. Alfredo la observó como si estuviera traicionándolo.

—¡Ya hombre, por Dios! Estamos del mismo lado, todos queremos saber a qué nos llevará esto.

Alfredo se detuvo en uno de los semáforos.

—Lo único que sé es que el tonto de Bergman se casó con un hijo de puta y está pagando las consecuencias.

Rebecca se dio la vuelta para ver de frente a Thiago.

—¿Tu novia lo conoce desde hace mucho tiempo?

Thiago asintió.

—Según lo que sé, desde que Taylor se instaló aquí en Nueva York. Está consternada.

—No es para menos—señaló la mujer—, es decir, este trabajo nunca deja de sorprenderme.

—El jefe no se ha apartado de ese hospital. —Alfredo agregó—. Al parecer, Bergman tiene amigos que lo aprecian mucho.

Thiago dio un suspiro.

—¿Qué es lo que te molesta de eso?

—Nada—Alfredo replicó—, es solo que el inspector Alí jamás se preocupó por nadie como lo hace por él, ni siquiera por su esposa.

Llegaron a la zona del puerto y se estacionaron. Deberían caminar varias cuadras desde allí, pero el tráfico hacía imposible otra opción.

Dos patrullas más estacionaron cerca, los hombres descendieron listos para el allanamiento.

—¿Crees que encontremos algo? —preguntó Rebecca y Thiago asintió.

—Siempre hay algo, solo debemos saber dónde buscar.

El lugar estaba lleno, la gente iba y venía, todos atónitos ante el despliegue policial cuando los hombres irrumpieron en el barco, el cual, estaba vacío. Alfredo, Rebecca y Thiago subieron al yate e inspeccionaron cada espacio, dieron pasos hacia el camarote el cual abrieron. El olor a desinfectante era intenso, incluso después de dos días.

—Bastardo—insultó Thiago y comenzaron con los peritajes.

El lugar fue prácticamente desarmado. No había rastros de que alguien hubiera estado allí.

—Nada—dijo Alfredo—, lo único que vamos a tener es el testimonio de Bergman, si es que despierta.

—Lo hará—replicó Thiago quien observaba cada espacio de manera milimétrica. Golpeó los dos cristales de las ventanas—. Insonorizadas.

—Esta clase de parásitos es difícil de detectar —señaló Rebecca—, ¿algún testigo?

Alfredo negó. Thiago ingresó al baño, abrió los compartimentos, uno por uno, solo productos de limpieza.

—¿Sabes si los tanques han sido desagotados? —preguntó Thiago y Alfredo negó.

—Vamos a verificarlo.

Los hombres se pusieron manos a la obra junto a los peritos. La extracción del *black water* o tanque de aguas grises comenzó al cabo de una hora. El líquido fluyó sobre un depósito que instalaron para poder realizar los análisis, aunque no se necesitaba ser un genio para lo que encontraron.

Una mezcla turbia de espumas y sangre se hizo visible apenas empezó la extracción. Todavía no había pruebas, pero Rebecca y los hombres supieron que Raúl Pizarro hacía algo más que veranear en ese yate.

—Tomen todas las muestras necesarias y llévenlas al laboratorio, veamos qué conseguimos aquí.

***

Golpes, golpes y más golpes, venían de todos lados, Max se encontró encogiéndose para desaparecer del lugar, el dolor penetraba en sus huesos y cada crack que resonaba entre las respiraciones agitadas y sus propios quejidos se lo corroboraba. Sus cuerdas vocales parecían haber sido extirpadas, Max se sentía incapaz de gritar, incapaz de protegerse del castigo que estaban infligiendo en cada parte de su cuerpo. La nariz se quebró y la sangre reverberó en su garganta, se estaba ahogando con el líquido carmesí mientras los hombres no le daban tregua.

—*Habibi.*—Rayan asió su mano que temblaba de la misma manera que toda su estructura—. Estoy aquí, reacciona.

Estaba inmerso en una pesadilla, una de las tantas que lo acompañarían y lo atormentarían después de esa noche en el yate. Sus ojos se entreabrieron, el rostro de su amado muy cerca del suyo.

—¡Enfermera! ¡Enfermera! —Los gritos de Rayan se mezclaron con las imágenes de su pesadilla. Max volvió a caer dormido, al tiempo que escuchaba pasos y más voces cercanas.

—Controlen presión arterial—ordenó una voz femenina—, alguien ayúdame aquí por favor.

El mundo se oscureció de nuevo. Max perdió el conocimiento, entretanto Rayan era arrastrado fuera de la habitación para que pudieran estabilizarlo una vez más.

Rayan caminó de un lado a otro en la sala de espera, como un león enjaulado, como un hombre que lo ha perdido todo, incluso las ganas de vivir.

«Van a pagar por esto».

Aunque fuera lo último que hiciera, Rayan no sabía cuándo ni cómo, pero quienes estuvieron involucrados en ese episodio lo conocerían de la peor de las formas.

Las horas pasaron, los médicos iban y venían, Rayan se apoyó en la pared y se resbaló hasta el piso, haciéndose un ovillo.

—Hombre, por favor.

Thiago se agachó e intentó levantarlo, pero fue imposible. Rayan, entre la angustia y el cansancio se desarmó en sus brazos. Thiago lo abrazó con fuerza, él comprendía el dolor de la pérdida, comprendía el dolor de la cobardía y el arrepentimiento.

—Lo encontramos, Rayan—dijo en su oído—. Sabemos quién le hizo esto a Max y pronto sabremos porqué.

Rayan devolvió el abrazo, las palabras de Thiago fueron como una inyección de adrenalina y su corazón latió con fuerza.

—Dime qué hallaron—dijo y Thiago se sentó a su lado.

—El informe del laboratorio muestra que hay sangre de varias personas en el tanque de aguas grises del yate de Raúl Pizarro—explicó a su lado—. El parásito huyó esta mañana a su cueva, pero el FBI y la DEA están a punto de intervenir. Van a congelar todas sus cuentas.

—Huyó.—Fue todo lo que escuchó Rayan.

—Amigo—Thiago le apretó el brazo—, estamos cada vez más cerca. Ten paciencia.

—Quiero que muera sufriendo—afirmó Rayan entre dientes—, quiero que sepa que fui yo quien lo sacó de este mundo.

—Te prometo que llegará ese día—musitó Thiago a su lado—, ahora solo concéntrate en Maxwell. Nosotros nos encargamos del resto.

20 Salir de las tinieblas

Beirut, El Líbano.
Diecisiete años atrás.

Un golpe, luego otro y otro. Demir sangraba en el piso mientras su padre ejercía todo el poder y autoridad sobre él.

—Maldita escoria, ¡cómo te atreves a faltarle el respeto a esta casa! ¡Cómo osas burlarte de mí en mi propia cara! ¡Soy tu padre!

Estaba fuera de sí, Rayan miró a un costado, el sonido de la carne y las laceraciones no se irían jamás de sus oídos, un recuerdo más de espanto, una memoria más que le decía que debía huir de allí cuánto antes.

La varilla fue de nuevo sobre su espalda, pero Demir la detuvo con sus manos temblorosas y ensangrentadas. El hombre tensó la mandíbula, dio un quejido y luchó contra la fuerza de su hijo que todavía continuaba en el piso.

—Nunca más vas a hacerme daño.—Demir juró.

El hombre gritó y le dio una patada en el lateral izquierdo, luego otra y otra. Demir se defendió, empujó a su padre y este trastabilló. Sus ojos abiertos al máximo ante la osadía de quien consideraba un instrumento para consolidar alianzas.

—Basura—dijo entredientes—, vete de aquí ahora mismo, vete de aquí y no vuelvas jamás.

Demir se puso de pie, su cuerpo tembloroso, cada célula hablaba del inmenso dolor físico y emocional que lo estaba consumiendo.

—Te juro por Alá, padre querido—Se burló—. Jamás me verás de nuevo, ni siquiera en tu lecho de muerte.

Demir, arrastró su pierna izquierda y se movió hacia su habitación. Rayan fue tras él, sin saber qué esperar. Cuando llegó su hermano sacaba una mochila que ya tenía preparada con sus pertenencias, ¿por cuánto tiempo había planificado esto?

—Demir.

—¿Vienes? —El muchacho se limpió la sangre del rostro. Rayan negó asustado y este le sonrió.

—Pobre tonto, tu castigo será mucho mayor.

—No más que el tuyo.

Demir negó, cansado de explicar lo obvio.

—Lamento decirte que tu castigo será eterno, Rayan, y de verdad lamento que carezcas del valor para liberarte de la soga en tu cuello.

—No tienes a dónde ir. —Rayan señaló—. Pídele perdón a nuestro padre, él será misericordioso.

Demir dio un suspiro.

—Amo a un hombre, igual que tú, Rayan, pero a diferencia de ti, jamás renunciaré a él, ni en esta vida, ni en la próxima. Lamento que seas un cobarde, querido hermano.

Nueva York, Estados Unidos.

Esta no era la versión de la que Rayan se había enamorado hacía décadas atrás. Este muchacho frágil que miraba a la nada, era un fantasma, un eco lejano de lo maravilloso del pasado.

«Stress post traumático».

Fue el diagnóstico que liquidó las esperanzas de Rayan de que su amor se levantara de la cama, más allá de las lesiones.

Su despertar se asemejaba más a un tormento que a una bendición. Maxwell despertaba y se quedaba con su vista en la ventana, mirando la ciudad, contemplando el sol cuando amanecía y cuando abandonaba el cielo para dar paso a la noche. No hablaba, respondía con monosílabos y Rayan se desmoronaba un poco más cada día.

—Papá, ¿puedo hablar contigo?

—Rayan, ¿qué te pasa? Te vi esta noche en la fiesta. Apenas te acercas a tu prometida, será tu esposa ¿Acaso no he sido claro?

—¿Y si no quiero que ella sea mi esposa?

—Ella es una gran partido, es una chica hermosa, su padre ha sido mi socio por años.

—Papá.

—Lo que sea que tengas en tu mente ahora, destiérralo. En esta casa se cumplirá mi voluntad, ¿entendiste?

Y su padre se aseguró de que Rayan se sometiera a su voluntad alejando a su amor para siempre.

«Padre sabe de lo tuyo con el judío».

Demir lo advirtió una y otra vez, pero Rayan lo subestimó. Cuando la verdad salió a la luz, ya era tarde. Su padre visitó a la familia de Maxwell y les ordenó que mantuvieran a raya a su hijo desviado. Max fue expulsado de casa, enviado a otro país y Rayan lo perdió, parte de su alma se desprendió de su cuerpo cuando su hermano le contó la verdad, cuando lo llamó cobarde por no luchar por su amado.

«Cobarde».

Qué palabra cruel y certera. Rayan la grabó a fuego en lo que quedaba de su corazón y lloró por Max y por él mismo, por lo que fueron y por lo que pudieron ser.

Cuando su tío le propuso trabajar en Estados Unidos, Rayan no se negó. Llevaba diez años casado con Amira, tenía un hijo, Farid, que fue su luz en medio de las tinieblas, quien le mostro que tal vez,

todavía merecía ser feliz. Trabajó en Estados Unidos y luego ingresó a la fuerza policial. Se construyó de cero, se mantuvo en la fe, porque ya no le quedaba nada más, y aquel amor, aquel tesoro que conoció a las orillas del Mediterráneo lo guardó como lo más puro de su existencia, lo cobijó como un diamante único e irrepetible.

Pero la vida, la maldita vida, tiene formas graciosas y trágicas de poner a las personas de nuevo en tu camino, maneras misteriosas de encontrar lo que creías perdido, incluso en el pasillo de las frutas y verduras.

Las lágrimas cayeron sin control cuando Rayan volvió a ese día en el supermercado, el calor infernal y la gente yendo y viniendo. Había salido temprano de la estación, y se decidió comprar algunas cosas para la cena.

Fue como un espejismo, como ese sueño que cada tanto es tan vívido que parece tornarse real. Llevaba una camisa entallada de color negro y pantalón del mismo color, el cabello rubio en ondas caía por encima de los hombros, llevaba gafas que enmarcaban sus hermosos ojos azules. Era él, sabía que era él. Sus pies se movieron solos, empujó el carrito y lo detuvo a un metro de dónde él estaba. El hombre ni siquiera se percató, observaba las manzanas, las olía, verificando cuáles eran las mejores. Rayan abrió y cerró la boca, era incapaz de esbozar palabra.

¿Qué le dices a tu amor de juventud después de tantos años? ¿Cómo le explicas que durante todo este tiempo lo imaginaste?

Max se dio la vuelta y esos ojos que Rayan adoraba se clavaron en él. Frente a frente, después de casi dos décadas. Max palideció, frunció el ceño y observó a un costado.

—Maxwell.—Rayan habló porque estaba seguro de que para su amor esto parecía una locura, una coincidencia fruto a la agonía y la desesperación de encontrarse.

—Cariño, conseguí las espaguetis de la marca que te gustan. —Rayan observó al hombre al lado que abrazaba a Max y sus manos se hicieron puños. Algo feo y posesivo se instaló en su pecho. El

hombre se enfocó en él—. Hola, es un gusto, soy Luffer Hansen, el esposo de Max.

«Luffer Hansen».

Ese fue el bastardo que ocupó el corazón y la cama de Maxwell mientras él se escondía en un matrimonio de mentira.

Un pequeño quejido lo trajo al presente, al lugar que olía a desinfectante y alcohol, el sitio al cual nadie quiere llegar y ruega que sus familiares se mantengan alejados de allí.

Los ojos de Maxwell se enfocaron en el hombre, Rayan acarició sus manos y las besó, como lo más precioso del mundo.

—No deberías estar aquí.—Max susurró mientras Rayan besaba sus brazos, el lugar en donde estaban los magullones como consecuencia de las cánulas.

—Es mi lugar—afirmó Rayan—, no voy a apartarme. —Max no dijo nada, recibió las caricias y besos en sus brazos y luego en su rostro —. Siempre fuiste tan bello.

—No es verdad.

—Lo es. —Rayan lo contradijo—. Fue tu belleza y tu corazón los que me mantuvieron atados a ti desde siempre.

Max quiso desviar la mirada, pero Rayan lo asió del rostro e hizo que lo mirara.

—Déjame—rogó Max y Rayan negó.

—Perdiste tu oportunidad, ya no voy a hacerlo.

Rayan lo besó, fue cándido e inocente, pero le transmitió calma. Max gimió en el beso y el hombre salpicó besos por su rostro magullado y demacrado, ese rostro que todavía estaba cubierto en gran parte por vendas.

Se mantuvieron con sus frentes unidas, Max percibió el aroma de su amante, dulce y varonil.

—Raúl Pizarro—Max tembló al decir su nombre—, fue él quien me hizo esto.

—Lo sabemos—replicó—, estamos tras él no solo por tu caso, sino por la desaparición de otras personas.

—Luffer le robó.

Rayan frunció el ceño.

—¿Cómo dices?

—Luffer se quedó con veinte millones de dólares, y este bastardo espera que yo se los entregue.

Rayan se sentó en la cama, su cabeza armando conjeturas.

—Ese no es dinero que puedes depositar sin levantar sospechas—explicó—. Luffer lo ha guardado en algún lugar.

Max negó.

—Viste el departamento, estaba destruido. No hay lugar donde esconder esa cantidad.

«Veinte millones».

Esa era la carnada que necesitaban para atraer a Raúl Pizarro, Rayan se rascó la barbilla y buscó su celular. Debía reunirse con sus compañeros.

—Rayan.

—Dime.

—Por favor, aléjate de esto—rogó Max—, has visto de lo que es capaz ese imbécil.

Rayan le acarició el rostro.

—Te miro a cada segundo y más me doy cuenta de que no podemos dejar pasar esto—dijo determinado—. Si no soy yo, será el FBI o la DEA. Raúl Pizarro tiene reservado un lugar en la cárcel.

—Rayan, no…

—¿Por qué mierda no me dijiste? —cuestionó con ira—. Ese tipo podría haberte matado.

—No quería que corrieras riesgo. Ya bastante tienes con …

—Maxwell, un tipo de su calibre hace desaparecer personas y nunca más se encuentran, ¿eso querías?

La tensión se palpaba en el aire, la tristeza se mezclaba con la ira y la necesidad de venganza.

—Te protegí—agregó Max—. Hice lo que creí más conveniente.

—Conveniente no, lo más idiota—Rayan replicó—. Enfrentarte solo a un hombre como Raúl Pizarro, ¿en qué cabeza cabe esa idea?

—Yo no sabía que era tan peligroso—respondió Max—, además, ¿por qué me dejó vivo?

Rayan se puso de pie y caminó hacia el ventanal.

—Quiero que lo lleves al dinero—explicó—. Te aseguro que su gente nos está vigilando, y tú como si nada vas y te juegas la vida.

—He vivido solo la mayor parte de mi vida, Rayan. —Max señaló con firmeza—. Alejado de mi familia, del lugar donde crecí, ¿piensas que es la primera vez que corro peligro?

Una punzada de culpa atravesó las entrañas de Rayan.

—No necesitas estar solo nunca más, estoy para ti ahora. Te lo he prometido.

Max negó y dio un risa cargada de tristeza.

—No confío en tus promesas, todavía no puedo ¿Cómo confiar en el hombre que se quedó callado mientras su padre iba a mi casa y manchaba mi dignidad?

Rayan tragó saliva. Si Max supiera todo lo que había llorado por esa decisión.

—Si pudiera regresar el tiempo atrás.

—No puedes—Max lo interrumpió—, debemos vivir con las consecuencias. Yo lo hago todos los días. Me enamoré de un hombre que me abandonó, un hombre que sabía que me había quedado sin hogar y aun así se mantuvo alejado, un hombre que me juró amor y luego me negó como si fuera insignificante. Vine a este país con el

dolor a cuestas, sobreviví a base de fideos y arroz muchas veces, no soy débil como siempre pensaste.

Rayan caminó hacia él, se sentó a su lado en la cama, y tomó las manos del hombre entre las suyas.

—Jamás creí que fueras débil, al contrario, pienso que eres el hombre más valiente que conozco. Peleaste porque te aceptaran por quién eres, te abriste paso solo en una enorme ciudad. Eres un ejemplo, alguien digno y me siento orgulloso porque saliste adelante, incluso a pesar de mí.

Max comenzó a llorar y Rayan lo abrazó, lo abrazó con todo lo que tenía.

—Todavía duele, Rayan. Hay momentos en los que duele demasiado.

El corazón de Rayan se deshizo en ese momento.

—Lo sé, ¿cómo no va a dolerte semejante traición? —dijo más para él mismo que para Max—. Eres lo más hermoso que tengo junto con mi hijo. Sé que te he fallado toda la vida, pero estoy intentando cambiar. Por favor, dame la oportunidad de demostrarlo.

Max se apartó en ese instante.

—No quiero que lo demuestres muriendo por mi—esbozó con un nudo en la garganta—. Merecemos ser felices por una vez en la vida, por eso te pido que dejes esto en manos de alguien más, Raúl Pizarro ya no me hará más daño, por favor, Rayan, salgamos de las tinieblas de una vez por todas.

Rayan dio un profundo suspiro y se fundió en un abrazo tan intenso como el anterior. Rayan no lo contradijo, ¿cómo decirle a ese hombre que mientras Raúl Pizarro no consiguiera el dinero no lo dejaría en paz?

21 Guerra interior

Nueva York, Estados Unidos.
Una semana después.

«Minesota a Puerto Rico y viceversa».

—Un vuelo privado en donde Luffer Hansen se encargaba del transporte de la mercancía de Raúl Pizarro por un monto similar a lo que Hansen ganaba en la aerolínea en un año. —Alfredo de Melo explicó frente a un par de agentes del FBI y de la DEA, que estaban asignados al caso con los cuales habían formado un grupo de trabajo. Mostraron los mapas de ruta que Luffer seguía sin que nadie se percatara—. Salía desde un aeropuerto privado en Minesota, el cual pertenecía a una empresa que no contaba con sede en Estados Unidos.

Rayan estaba sentando al lado de los agentes, quienes tomaban notas de todo el trabajo del departamento.

—El señor Bergman, marido de Luffer Hansen atestiguó que Pizarro le dijo que Hansen había robado veinte millones de dólares y debía regresarlos.

—¿Dónde está el señor Bergman ahora? —indagó uno de los agentes.

—En el departamento de un amigo—explicó Rayan—, tiene custodia las veinticuatro horas debido al intento de asesinato que sufrió.

—¿La acusación en su contra acerca del asesinato de su esposo todavía se mantiene?

—Así es—replicó el fiscal Jasper Hawkings quien también se encontraba en la reunión—, aunque dada la evidencia, su abogada solicitará la absolución. Ya lo habló conmigo.

—El dinero que, según Pizarro, Hansen le robó, sigue siendo una incógnita. Se verificaron las cuentas de Hansen y no hay un monto así en los últimos cinco años, tampoco hay nada similar en las cuentas de Bergman.

—Bien—dijo uno de los agentes—, nos mantendremos en contacto. Todavía queda mucho por hacer.

Los hombres abandonaron uno a uno la oficina, dejando a Rayan con Alfredo.

—¿Cómo está él? —preguntó y Rayan negó.

—Por momentos está mejor, casi se parece a la versión que yo conocía, en otras ocasiones se aísla en su habitación y no quiere saber nada del mundo.

—¿Y qué hay de ti?

Rayan rio con amargura.

—¿Alguna vez te has enamorado, Alfredo?

El hombre se encogió de hombros.

—Estuve enamorado de mi exesposa, antes de que me dejara por su compañero de trabajo.

—¿Sentiste como si perderla borrara partes de ti?

Alfredo negó.

—No, nunca lo sentí y, créeme, no me gustaría sentir eso. —Alfredo se humedeció los labios y sonrió ante la confesión implícita, esa que nunca quiso dejar entrever su jefe.

—Mi hijo me odia—agregó Rayan—, no responde mis mensajes, mi mujer tampoco y solo puedo hablar con su abogado, pero ¿sabes qué? A pesar de toda esa mierda, me sentía bien, como si el mundo

en su caos me diera un poco de tranquilidad, y perdí todo eso por el bastardo de Raúl Pizarro.

—Vamos a encerrarlo—señaló Alfredo y Rayan negó.

—Sabes tan bien como yo que ese tipo no volverá a cruzar la frontera hacia aquí.

—Entonces, vamos a asegurarnos de que pierda todo por lo cual trabajó y mató—replicó Alfredo—. Jefe, sé que en este momento quieres sangre, pero hay que usar la cabeza.

—Le he fallado a todo el mundo, Alfredo. Ya no me queda nada.

—Jefe, creo que al que más le has fallado es a ti mismo—agregó—, todo el tiempo quieres quedar bien con todo el mundo y eso no se puede.

Rayan le dio una sonrisa de lado.

—¿Qué pasa cuando no sabes cómo arreglar las cosas?

Alfredo se encogió de hombros.

—Pues empieza por el principio, busca la manera de hablar con tu hijo y quédate al lado de Max. Tu exesposa tarde o temprano va a entender que su ciclo terminó, y es hora de seguir adelante.

—No conoces a Amira.

—No, pero te conozco a ti, y sé que no te rendirás. No lo hiciste nunca en los años que llevas aquí, te has enfrentado a la corrupción tú solo, ordenaste este departamento que era un caos, dime ¿desde cuándo Rayan Alí pide permiso por existir?

Ambos se quedaron en silencio, permitiendo que todo lo dicho se asentara entre ambos. Al cabo de un par de minutos, Rayan sacó su celular y escribió un mensaje. Se puso de pie y buscó su chaqueta.

—¿A dónde vas? —preguntó Alfredo.

—Voy a empezar a arreglar mi vida, aunque me quede sin alma en el proceso.

***

Quiero verte, hijo. Solo cinco minutos.

No tengo nada que hablar contigo.
Mamá me contó todo lo que necesito saber.

Has escuchado su versión, por favor,
ahora escucha la mía.

Farid se parecía a él a su edad. Era tímido, reservado, apegado a las reglas, sonreía poco, quizás Rayan también lo hacía. Recordó cuando nació, cuando esa manito pequeña se envolvió en su dedo índice y supo que estaba atado a esa vida, que siempre lo estaría y que daría hasta lo más sagrado por protegerla si era necesario.

Sin embargo, las cosas cambiaron, Rayan, con sus interminables jornadas laborales, parecía un extraño más que un padre. Farid se apegó a Amira, tanto que parecían una simbiosis perfecta, tanto que Rayan sintió que la mujer lo excluía de su vida día tras día hasta que no quedó nada. Solo esta relación vacía en donde se miraban, pero ninguno conocía nada del otro.

¿Había tiempo para arreglar ese lazo?

Rayan lo desconocía, pero iba a intentarlo.

Farid no le respondió el último mensaje donde le dio la dirección y el horario de su reunión. Había una gran posibilidad de que su hijo no apareciera. Años de negligencia no iban a cubrirse con una reunión y algunas disculpas. Debía comportarse como un padre presente, demostrar que le importaba, aunque ya no estuviera casado con su madre.

El café era pequeño, Rayan había llevado a Farid allí después de los partidos, las pocas veces que fue a verlo jugar. A Farid le encantaba el soccer, era bueno en ello. Rayan pidió una taza de té y esperó a su hijo, la calidez de la porcelana contrastaba con lo gélidas que estaban sus manos. El frío se había asentado en Nueva York, los abrigos se tornaban cada vez más gruesos y las narices de las personas se ponían cada vez más rojas a causa del hielo. Miró su

reloj cuando llevaba una hora esperando. Farid era puntual, habría llegado a tiempo si quisiera verlo, pero algo detuvo al inspector en ese sitio. Si quería cambiar las cosas, tendría que demostrarlo.

La puerta se abrió setenta y cinco minutos después de la hora pactada, Farid iba cubierto con un abrigo negro, gorro y los guantes grises que Rayan le regaló en su último cumpleaños. El muchacho se detuvo en la puerta, Rayan apretó la taza con más fuerza, pero no se movió. Farid se quitó el gorro, sus mejillas estaban sonrosadas. Dio pasos hacia su padre quien se puso de pie.

—Hijo.

—Me pediste cinco minutos—interrumpió Farid—, pues es todo lo que tendrás.

Rayan asintió con un dejo de resignación en su rostro. No había muchos clientes cerca de su mesa. Ambos se sentaron frente al otro. Rayan desconocía cómo empezar. Farid puso sus antebrazos en la mesa y juntó sus manos.

—¿Es verdad? —Farid disparó, Rayan tragó saliva.

—Nunca engañé a tu madre—Rayan confesó—, es lo que ella no entiende.

Farid sonrió y negó.

—La engañaste toda la vida—replicó—. Mientras estabas con ella soñabas con…

—Maxwell—dijo el inspector—, se llama Maxwell.

—Un hombre.

—Los hombres pueden enamorarse de otros hombres. Tienes quince años, imagino que has visto a compañeros expresar ese cariño.

—Sí, pero que lo hayas mantenido en secreto tanto tiempo es lo que duele.—La ira era incontenible en su voz—. Confiamos en ti, yo lo hice, siempre. Me esforcé por ser digno a tus ojos, fui el mejor de la clase, intenté sobresalir, incluso cuando era muy tímido. Quería que te sintieras orgulloso.

—Siempre lo estuve—Rayan lo interrumpió al notar que las lágrimas se deslizaban por el rostro de su hijo—, aunque no estuve presente, aunque no supe demostrar mi amor por ti, estaba orgulloso de quién eras, en quién te estabas convirtiendo. Te amo hijo, eres lo más importante para mí.

—Es mentira—Farid se secó las lágrimas—, a ti lo que siempre te interesó fue tu trabajo. Mamá y yo nos tuvimos que conformar con las sobras ¿Recuerdas aquella mañana de navidad cuando estuviste trabajando en ese caso de asesinato? Apareciste al día siguiente, y llegaste tan cansado que ni siquiera nos saludaste. Mamá lloró esa noche, ella piensa que yo no la escuchaba, pero lo hacía.

—Farid…

—No es solo que te guste un tipo—interrumpió—, eso lo puedo pasar por alto. Fueron los años en que nos borraste de tu vida, los años en que anhelabas más de lo que nosotros podíamos dar.

—No fue tu culpa—esgrimió con tristeza—, nada de esto fue tu culpa y tampoco de tu madre.

—Lo sé ahora, pero ¿qué hay de todo el tiempo en que sentí que no era suficiente? ¿Qué hay de la angustia de mamá? —Farid se puso de pie—. Tardé en llegar porque tenía miedo de lo que encontraría, miedo de ser incapaz de abrir mis sentimientos para ti. —Hizo una pausa—. No te odio, papá, pero tampoco te quiero en mi vida, no ahora, quizás nunca.

Una cosa era imaginarlo, otra escuchar esas palabras de la boca de su hijo. Rayan pensó que caería rodillas en ese instante, pero si había llegado hasta ahí, debía tener la fuerza para continuar, incluso sin su hijo.

—Perdóname por todo, Farid. No lo hagas por mí, sino por ti, porque no deseo que vivas con odio. Yo odié a mis padres durante mucho tiempo, duele demasiado, es un peso difícil de llevar y yo quiero que viajes ligero, que vayas a dónde vayas, siempre seas feliz, aunque nunca más me dirijas la palabra. Te amo, mi pequeño. Te amo muchísimo.

Farid se limpió las lágrimas una vez más, y caminó hacia la salida. Rayan contuvo las inmensas ganas de correr tras él y abrazarlo, abrazarlo como cuando era niño y sentía la risita de ese cuerpito frágil. Su hijo se detuvo en la puerta y luego salió sin mirar atrás.

La nieve empezaba a caer en Nueva York, la noche se aproximaba y la guerra interior de Rayan se aquietaba.

«El hombre no puede saltar fuera de su sombra».

Rayan había crecido escuchando esa frase de su padre, y aunque lo odiara, tenía razón. No podía escapar de las consecuencias, no podía escapar de quién era.

Pagó el té que nunca bebió y salió a la calle, el aire frío lo golpeó y ajustó más su abrigo. Caminó despacio, sin pensar en nada y pensando en todo al mismo tiempo. Las ganas de fumar lo invadieron como solían hacerlo cuando estaba enojado o triste, pero las controló. Su celular vibró en el bolsillo de su abrigo, lo buscó y respondió apenas vio el nombre en la pantalla.

—Habibi.

—Quiero verte—dijo Max del otro lado—, estoy cansado de conversar solo con Taylor y Thiago.

Rayan se permitió sonreír.

—Estaré allí en diez minutos, ¿eso está bien para ti?

—Eso es perfecto para mí.

22 El mundo siempre será mundo

—*Habibi.*

Rayan cerró los ojos y se perdió en el cálido abrazo del hombre que ahora lo arropaba, incluso cuando él era una sombra de sí mismo.

—Rayan.

—Me dijo que no quiere verme. —Su voz se entrecortó—. Lo he perdido, Max.

Max lo asió del rostro, lo contempló como la primera vez que hicieron el amor. Los años habían pasado, pero todavía había inocencia en esos ojos negros.

—Tu hijo volverá—aseguró Max—, tú no eres tu padre. Es verdad que fuiste un hombre distante, pero trabajaste para darle todo lo que pudiste, eso debe contar para algo.

—No lo sé—Rayan dijo resignado—, ahora mismo siento que toda mi vida fue una equivocación.

Max lo besó despacio, su rostro continuaba magullado después de tres semanas, sus costillas estaban sanando, pero quedaba un largo camino hacia su recuperación. Rayan envolvió su cintura con sus brazos y lo atrajo hacia él.

Besó su mandíbula libre de vello, su cuello, se extasió con su aroma, y sus bocas se encontraron de nuevo. Al cabo de un par de minutos, Rayan se apartó y observó alrededor.

—¿Dónde está Taylor y Thiago?

—Fueron al cine—Max se encogió de hombros—, supongo que el encarcelamiento es para mí nada más. He pedido una pizza, no pienso cocinar esta noche. .

Max lo asió de la mano y lo llevó hacia el sofá en donde ambos se sentaron. Rayan se quitó el abrigo y la bufanda. Max le acomodó el cabello ensortijado con dulzura. Se abrazaron y el inspector le besó la frente.

—Lamento mucho todo lo que ocurrió—dijo Maxwell—, es injusto.

—No lo es—replicó Rayan, cómodo con el calor y el abrazo de Max —, descuidé a mi hijo por años, estas son las consecuencias.

—¿Piensas que Amira le contó a tu padre sobre mí?

Rayan se tensó.

—No lo sé, y tampoco me importa. Hace mucho dejé de ser su hijo. Lo más triste fue que yo también perdí a mi niño, por distintas razones, pero el resultado fue el mismo.

Max sintió el corazón de Rayan que latía desbocado en su pecho mientras ambos se mantenían abrazos en el enorme sofá.

—He pensado en dejar mi trabajo después de esto, pero ¿qué sentido tiene?

—Si ya no amas lo que haces, me parece bien.

—¿Amor? —Rayan se burló—¿Piensas que hay lugar para el amor cuando elegimos un trabajo?

—Para mí lo hay—replicó—. Me gusta trabajar en *Encantos*, incluso con todos los borrachos y las insinuaciones.

Rayan chasqueó la lengua.

—Un trabajo nocturno no es adecuado para ti.

Max dio una risilla.

—Por Dios, ¿podrías parar con tus celos?

—No son celos. —Se defendió.

—¡Claro que lo son! —Max se rio—. Eres un bruto celoso de las cavernas. Me gusta.

Rayan dejó entrever una sonrisa, el ambiente se aligeró y el dolor se atenuó, al menos un poco, al menos unos minutos.

—Es que no me gusta ese ambiente para ti—confesó Rayan—, lo considero peligroso. Hay demasiados Raúl Pizarro en el mundo.

Max chasqueó la lengua.

—Lo sé—agregó y le dio un beso en la mejilla—. Alana Monfils me llamó. Creo que mañana dictarán mi absolución.

—Eso es maravilloso—Rayan le arregló el cabello—, una vez que resolvamos esto, podrás regresar a tu casa.

Max hizo una mueca.

—No lo sé, me resulta imposible pensar en vivir allí después de lo sucedido.

—Entonces, véndela—agregó Rayan—, y mientras buscar un nuevo hogar, te mudas conmigo.

—No voy a hacer eso.

—¿Por qué no?

—¿Eres tonto? ¿Cómo piensas que voy a acostumbrarme a dormir solo después, cuando me he arropado todas las noches en tu cuerpo?

Rayan se mordió el labio inferior.

—Siempre fuiste una tentación.—Lo contempló con deseo—. Estuve condenado desde el principio contigo.

Max tomó su rostro con ambas manos y lo besó con ímpetu. Sus labios se unieron y sus lenguas, al cabo de unos segundos acompañaron ese baile sagrado y lascivo.

Las manos de Rayan recorrieron su cadera, y lo adhirieron a su cuerpo. Max gimió ante la urgencia de los besos, ante los chupetones que salpicaban su cuello, mientras su amante le

desabotonaba la camisa. Las vendas que rodeaban el torso detuvieron la ráfaga de pasión de Rayan.

—Max—musitó sobre su oído—, voy a lastimarte.

—No lo harás—Max mordió el lóbulo de su oreja—, necesito esto y tú también. Por favor, Rayan.

El poco autocontrol que al inspector le quedaba voló por el ventanal del imponente departamento de Thiago y Taylor. Rayan desajustó el pantalón mientras Max se dejaba hacer, se mordía el labio y acariciaba su torso.

—No quiero obligarte a nada—dijo sin dejar de acariciarlo—. Sé que estás mal todavía.

—¿Crees que alguna vez estaré bien después de lo que sucedió? —indagó con tristeza—.No quiero pensar en eso ahora, Rayan. Quiero tu cuerpo, lo ansío.

Rayan se levantó, y tomó en brazos a su amante quien dio un grito y se agarró de su cuello.

—No voy a dejar que Thiago y Taylor te vean desnudo.

Max asintió y fueron a la habitación de huéspedes, el lugar que se había convertido en su hogar mientras Raúl Pizarro continuaba allí afuera.

Los cristales estaban empañados debido a las bajas temperaturas y a la calefacción del lugar. Era romántico y pasional al mismo tiempo. La luz tenue de la araña sobre la cama proyectaba luces y sombras entre ellos. Las sábanas de un dulce color durazno, suaves y listas para recibirlos a ambos.

Se desnudaron de prisa, ansiosos de sentir el cuerpo del otro, la piel caliente y el sudor deslizándose entre ambos. Se deseaban con la misma intensidad que la primera vez.

Max gimió cuando Rayan descendió con su boca entreabierta sobre su cuello, su pecho cubierto en parte por vendas, sin embargo, sus pezones estaban descubierto. La lengua de su amante aleteó sobre ellos y luego la boca se cerró y succionó. Max se contrajo de placer,

presionó sus dedos sobre los hombros de Rayan quien jugaba con los pequeños puntos que ahora estaban muy rosa. Su boca continuó viaje por su vientre, sus manos acariciaron el sensible pene que ya estaba erecto. Max apuñó las sábanas y levantó sus caderas. Las costillas dolieron, pero el placer superaba con creces esa molestia.

La lengua de Rayan recorrió la longitud desde la base hasta la circuncisión, un nuevo gemido abandonó su garganta. El hombre se enfocó en su amante que se deshacía de placer, abrió la boca y llevó la virilidad al fondo de su garganta.

La cabeza de Max se hundió en la almohada, apretó los labios porque de lo contrario, sus alaridos de placer despertarían a todo el edificio. Rayan succionó con hambre y deseo, con la necesidad ardiente de sentir la semilla del otro en su boca.

Max quiso advertirle, buscó la manera de apartarlo, pero Rayan se aferró a su tarea, se aferró a su objetivo hasta que su amante rebalsó su boca. Succionó y degustó su esencia como si se tratara de un manjar. Sus miradas se encontraron, mientras Rayan succionaba dejando chupetones en su ingle. Max le acarició el cabello, la plenitud lo envolvió y sus piernas se extendieron para que Rayan se posicionara entre ellas.

—Ser dueño de tu virginidad fue hermoso aquella vez—musitó mientras dejaba marca tras marca en el interior de sus piernas tonificadas—, pero sentirte de esta manera ahora es sublime.

Max lo arrojó sobre su cuerpo sin contemplar el dolor.

—Tómame, Rayan. Hazme tuyo como nunca antes.

—No puedes pedirme eso. —La voz de Rayan era lastimosa—. Voy a hacerte daño.

—No tengas miedo. —Las piernas se atenazaron a su cadera—. Nunca temas cuando se trata de darme placer, porque puedo con todo lo que me des.

23 Fuego intenso

Hay miradas que matan, otras que te hacen arder en un infierno infinito, provocan en ti un incendio que recorre tus células y enciende tu sangre. La mirada de Rayan Alí sobre mi cuerpo desnudo era exactamente eso.

Asió mis manos y las retuvo sobre mi cabeza, mi cuerpo extendido y a su disposición. Me mordí el labio inferior cuando sus ojos barrieron por cada parte, y me di cuenta de que lo amaba, y él me amaba a mí porque este hombre adoraba incluso mis laceraciones. Me inmovilizó mientras sus dedos ágiles y lubricados entraban en mi interior y golpeaban en aquel punto donde perdía la cordura. Mi mente, ese campo de batalla con el que había coexistido noche y día desde que Raúl Pizarro me golpeó, se calló. Fue un silencio calmo, uno que solo era interrumpido por nuestras respiraciones, por el deseo palpable que latía entre nosotros, en nuestras virilidades que se saludaban y rozaban en una danza eterna.

Me giró sobre el colchón, di un suspiro de satisfacción y levanté mis caderas para que deslizara una almohada debajo de ellas.

—¿Estás bien? —Sus dedos largos y ágiles masajearon mi columna, y descendieron sobre mi sacro, sus pulgares se hundieron allí, sonreí mientras mantenía mis ojos cerrados.

—Más que bien—respondí, y sus dedos fueron reemplazados por su boca a lo largo de mi espalda.

Sentí su peso sobre mí, su cuerpo musculoso cubriéndome y su pene que se deslizaba entre mis nalgas ¿Qué estaba pensando? ¿De verdad creía que iba a arrepentirme?

El pene empujó y mis paredes musculares cedieron ante la enorme intromisión. Me relajé, le permití alojarse por completo en mis entrañas. Rayan gimió y respiró sobre mi nuca antes de besarla. Una vez que estuvo en mi interior permaneció allí sin moverse, besó mis hombros, mi cuello, giré mi rostro hacia él y devoramos nuestros labios. Nada me preparó para esto, nada me preparó para gozar el cuerpo de Rayan Alí de nuevo después de décadas de distancia y resentimientos.

El vaivén fue lento al principio, tentativo, como si quisiera buscar el ritmo adecuado o quisiera torturarme. Me agarré a mi almohada y gemí, los embistes lentos y profundos, besó mi cuello, mi mejilla, acarició mi cadera.

—Eres mi perdición—Rayan chupó el lóbulo de mi oreja—, vas a llevarme a la locura.

Sus caderas golpearon con fuerza, los embistes se tornaron veloces y duros, sus dedos se enredaron entre las hebras de mi cabello, y su carne colisionó con la mía, produciendo sonidos que nadie podría malinterpretar. Gemí una y otra vez, mi cuerpo, todavía herido, apenas respondía a sus embistes, pero a Rayan no le importaba. Me envolvió entre sus poderosos brazos y folló mi ser sin contemplación, ni piedad. La bestia en él había tomado el control, y sometió a la mía.

Mi entrada ardió por la intensa fricción, las estocadas certeras sobre mi punto sensible provocaron que mi pene expulsara hilo tras hilo de líquido preseminal y embadurnara las sábanas.

Me giró sobre las sábanas sin salir de mí, gemí cuando colocó mi cuerpo de perfil y sus embistes no se detuvieron. Acarició mi pecho, y mordió mi cuello. Giré mi rostro y busqué su boca de nuevo, esa boca de la cual nunca me cansaría. Su mano izquierda fue a mi pene y lo empuñó con intensidad. Cerré mis ojos y me contraje ante toda la estimulación, me estaba volviendo loco.

—Vente para mí—susurró impulsando sus caderas hacia adelante con el mismo ritmo que su mano—. Vamos, amor.

Su voz me derritió, mi cuerpo se tensó y estalló en un orgasmo brutal, los espasmos de placer me embargaron, entretanto el vaivén de sus caderas se tornaba lento y profundo, permitiéndome gozar mi liberación.

—Bésame—rogué cuando la niebla del éxtasis me abandonó. Rayan estaba dentro de mí, sus caderas aumentaron el ritmo en busca de su propia liberación.

Sus labios se unieron con los míos, mis gemidos yacieron en su boca y supe que, si muriera en ese instante, la muerte me sabría a gloria.

***

Max se chupó los dedos mientras comía, mejor dicho, devoraba el segundo trozo de pizza. Estaban en el piso de la habitación de huéspedes. De seguro, Taylor lo mataría por ensuciarlo con comida, pero a esa altura, ya no le importaba. Ya había estado cerca de la muerte, una vez más no le haría daño.

Rayan se afirmó en la cama, de costado y contempló al hombre que se chupaba los dedos con gusto, recordó el instante en que se enamoró de él, el instante en el que supo que nada los separaría, ni siquiera él mismo.

—Ciclamen del Líbano.

—¿Eh? —Max lo observó, frunció el ceño y Rayan sonrió. Sus dedos acariciaron los cabellos rubios.

—Si mi casa no hubiera estado llena de ellos, tú nunca te habrías detenido allí, nunca nos habríamos conocido.

Max comió otro trozo de pizza.

—¿Te duele haberme conocido?

Rayan negó y dio un suspiro.

—Me duele no haberte defendido, no haber estado para ti durante tantos años. Me duele haberte perdido décadas, pero nunca me arrepentiría de ese encuentro.

Max se encogió de hombros.

—Lo preguntaba porque, sin mi intromisión, tu vida seguiría siendo tranquila. Tu familia todavía te querría, tu dios también, tu esposa, tu hijo.

—¿Qué hay de mí? —Rayan indagó—¿Piensas que yo me querría?

—No lo sé, pero al menos no habrías caído en la tentación.

—¿Por qué te culpas cuando la decisión de estar juntos fue mía también?

—No me culpo.

Rayan rio y negó.

—Lo haces todo el tiempo. Buscas maneras de sostener el mundo en tus espaldas, y no es necesario, *habibi*. No quiero que me sostengas, quiero que me ames, dime, ¿puedes hacer eso?

—Lo he hecho todos los días de mi vida—confesó Max—¿O es que acaso todavía no te das cuenta?

Rayan se acercó un poco más a su lado y lo envolvió con sus brazos, Max acomodó su cabeza sobre su cuello y respiró su aroma, Rayan olía a sudor, a perfume, olía a ambos en una mezcla magnífica.

—Quiero regresar a mi casa, pero no sé si lo soportaré, Rayan—dijo sobre su cuello—. De verdad agradezco todo lo que Taylor y Thiago hacen por mí, pero este lugar no es…

—Falta poco—Rayan le dio calma—, deja que Alana presente las evidencias y te exoneren.

—¿Crees que puedan atrapar a Pizarro?

—Es difícil mientras siga refugiado en México, pero…

—¿Qué?

—La arrogancia, a veces te hace cometer errores, y Raúl la tiene en demasía.

—¿Sabes? Puede que Luffer haya sido un bastardo, pero no merecía morir así.

Rayan asintió y le besó la sien.

—Hay cosas que no me cierran de su muerte, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Deberías haberte encontrado con ellos—explicó—¿Por qué dejarlo vivo? Cuando estos tipos cobran sus deudas van a fondo ¿Cuál era su intención con Luffer?

—Tal vez buscaban amedrentarlo y las cosas salieron mal.

—No lo sé, todo me parece demasiado fácil, demasiado…burdo. Raúl Pizarro no es un hombre que se detenga por algo, o deja cabos sueltos.

—Pues a mí me dejó vivo—replicó Max—, incluso me tiraron en la puerta del hospital.

—Es diferente.

—¿Por qué?

—Raúl está seguro de que tú tienes el dinero o tuviste algo que ver en el robo.

Max frunció el ceño.

—¿Dices que soy su carnada?

—Absolutamente—señaló Rayan—, si vivías, lo guiarías hasta el botín.

—Rayan, de verdad que no sé…

—Max—Rayan lo interrumpió—, te creo. Serías incapaz de quedarte con algo ajeno, mucho menos de un narco. No eres un ladrón, y menos un ladrón estúpido.

—A veces me da miedo, Rayan ¿Qué pasa si el tipo regresa por mí?

—No lo hará—aseguró—, apenas ponga un pie aquí, el FBI y la DEA van a detenerlo.

Max lo asió del mentón y besó sus labios, Rayan le correspondió, luego el inspector le dio un pequeño beso en la nariz respingada.

—Todo va a estar bien, *habibi*. Verás que las cosas empiezan a acomodarse. Pronto estarás de nuevo en tu casa, y te juro que ya

nadie te hará daño. Créeme, porque esta vez, estoy dispuesto a todo.

24 Absolución

Era un día gris en Nueva York cuando un juez dijo las palabras que Max necesita con desesperación.

«Absolución».

Sonaba a liberación divina, a sacarse de los hombros un peso que nunca le correspondió. Max, a lo largo de los años, entendió que la justicia nada tiene que ver con Dios, sino que es cosa de seres humanos, son ellos quienes ven las cosas en blanco o negro, correcto o incorrecto, bueno o malo, Dios, simplemente es él mismo, más allá de toda conciencia o prejuicio.

«Nos creó por amor».

Su madre se lo dijo una vez cuando tenía diez años, antes de llegar al Líbano, cuando lloraba de miedo porque debía dejar Francia. La mujer se acercó y le habló del destino, de los designios de ese todopoderoso al cual Max le hablaría muchas veces a lo largo de su vida, le hablaría hasta quedarse sin voz y también sin esperanza o creencia.

Alana Monfils, su abogada le sonrió y lo abrazó.

—Felicitaciones, Max. Se terminó esta pesadilla.

Max le devolvió la sonrisa ¿Había terminado? ¿Las pesadillas se irían ahora que volvía a ser libre? La respuesta era sencilla y dolorosa, el tiempo no podía volver atrás, Raúl Pizarro iba a formar parte de la vida de Max para siempre, en un cuarto oscuro y vacío de su mente,

un cuarto al que nunca querría mirar, un sitio el cual ignoraría, pero nunca desaparecería.

Esa noche cenaron todos juntos. Alana fue junto a su novio, uno de sus colegas y compañero del bufete de abogados donde ella era una de las socias principales. Brindaron con champagne, aunque a Rayan no le gustaba el alcohol. Había crecido lejos de él, y mantuvo ese límite hasta ahora, hasta el momento en que poco a poco, rompía hilo tras hilo que lo ataba al islamismo.

Indigno, impuro, traidor, un *Kafir* en toda regla, un ignorante que por arrogancia rechazaba el mensaje del profeta. Rayan, a lo largo de los años, se dio cuenta de que no estaba enojado con Alá, después de todo, no fue él quien le hizo daño, no fue él quien lo obligó a alejarse del amor de su vida y desposar a una extraña. El problema fue la gente que decía quererlo, las personas que «lo amaban».

—Gracias por acompañarme en esto—dijo Max a su abogada.

—Fue un placer—explicó la mujer—. Me encanta el derecho penal, me he dado cuenta de que lo disfruto mucho más que los litigios civiles.

Max le sonrió.

—Mis padres querían que siguiera una carrera universitaria como la tuya, pero yo siempre preferí la jardinería, la pintura y la música.

Alana chasqueó la lengua.

—Los padres, a veces, no saben una mierda—agregó—, por eso hay que quererlos, pero respetarnos a nosotros mismos lo suficiente como para tomar nuestras decisiones—. La mujer dio un suspiro—. Si fuera por mi padre, yo seguiría atada a él, siendo una abogada más de su bufete, sin reconocimiento, aligerando el trabajo de otros mientras se llevan los laureles. No estaría con el hombre que amo porque no es de una familia poderosa. Puede que los padres digan querer lo mejor para nosotros, pero su percepción o sus expectativas, en ocasiones, distan mucho de las nuestras.

Max observó la copa de champagne medio vacía frente a él. Acarició el borde con cuidado.

—Mis papás me alejaron de ellos cuando descubrieron que era gay. Me echaron como si fuera nada. Me gritaron que era una vergüenza frente a un vecindario que estaba atónito y chismorreaba ante el espectáculo.

Alana negó.

—Siempre dicen que la sangre es más espesa que el agua, pero ¿sabes qué? La sangre, a veces, solo mancha. Esa gente no era tu familia, estas personas lo son. —Alana señaló alrededor—. Y no debes sentirte mal por haberlos dejado atrás. Piensa en lo que te hicieron como un favor. Sin todo lo que viviste no te habrías convertido en el hombre que eres.

Los ojos de Max fueron a sus amigos y a su novio. Pensó en que mientras los tuvo a ellos, jamás se sintió solo.

—Creo que tienes razón. Mis padres nunca me entendieron.

Alana le apretó el hombro.

—Comienza una nueva vida para ti, Maxwell Bergman. Eres un hombre libre. Nada de lo que Raúl Pizarro haga le quitará los cargos que le esperan si regresa a Estados Unidos.

25 No sé cómo perdonarte

Abriría mi corazón con un cuchillo,

te colocaría dentro y sellaría mi voluntad,
para que pudieras morar allí, y nunca habitarás en otro lugar hasta el día de la resurrección y el juicio.

Así permanecerías en mi corazón mientras yo viviera,

y a mi muerte tú también morirías en las entrañas de mi corazón, a la sombra de mi tumba.

—Ibn Arabi

Nueva York, Estados Unidos.

Una semana después

Rayan y Max se detuvieron frente a la casa en la que este había vivido junto a su esposo los últimos años. El motor se apagó y el silencio se espesó entre ambos. Había tantas emociones dando vuelta en ese silencio.

—¿Estás bien? —Fue lo único que atinó a decir Rayan cuando Max se mantuvo inmóvil en el vehículo—. No estás obligado a regresar.

—¿Sabes qué es lo más difícil? —indagó con un hilo de voz—. Muchas veces deseé que Luffer se fuera al infierno, que el bastardo

recibiera su merecido por todas sus traiciones, pero, ese día, cuando lo encontré cubierto de sangre…

—Max—Rayan le tomó la mano izquierda—, uno a veces dice cosas hirientes cuando está enojado, eso no significa que uno desee que sucedan así, además, nada de lo que ocurrió fue tu culpa. Fue él quien se metió con Raúl Pizarro, fue él quien te mintió, nadie lo obligó y tampoco es que estaba urgido de dinero. La codicia es un mal que corroe desde adentro. Max, ese hombre estaba enfermo.

El césped estaba amarillo, la nieve lo había deteriorado al igual que la falta de agua. Había crecido, algo que Luffer siempre detestó. La casa se había paralizado en ese momento. Incluso el aroma que llegaba hasta ellos era el de esa mañana, sangre y desesperación.

—Arreglaré lo que pueda y la venderé. Creo que ya te lo había dicho, pero lo confirmo. No voy a vivir en un lugar donde mi exesposo se desangró.

Rayan asintió.

—Lo que consideres conveniente, sabes que te apoyo. Y mi hogar siempre estará abierto para ti cuando decidas mudarte conmigo.

Max se giró hacia él y sonrió.

—De verdad te agradezco que estés conmigo y también que no me presiones.

El inspector asintió y le sonrió, antes de acariciarle la mejilla.

—Has perdido a tu esposo de la peor manera posible, incluso cuando no lo amaras. Es mi deber respetar tu espacio. Vamos, *habibi*. Estoy contigo para enfrentar esto.

Los hombres descendieron del vehículo, un escalofrío recorrió la espalda de Max y todo dio vueltas. Se sostuvo de la puerta de la camioneta. Rayan fue hacia él.

—¿Estás bien?

Max respiró profundo, una y otra vez, el vaho salió de su boca debido al intenso frío. Todo su cuerpo temblaba.

—Dios, jamás pensé que sería tan difícil.

Rayan lo abrazó con toda su fuerza, Max se desmoronó sobre él y lloró, los sollozos llenaron el espacio que antes cubría el silencio.

—Sube, regresaremos en otro momento.

—No—Max negó y se limpió las lágrimas—, de verdad necesito este cierre, Rayan. Es solo que, me parece tan injusto este castigo.

Rayan lo besó, sus labios fríos se unieron a los de su amante, Max enredó sus brazos alrededor de su cuello y ahogó los sollozos en ese gesto, las lágrimas corrían por su rostro. El hombre se separó y con sus manos limpió la humedad de su cara. Lo contempló como quien observa una obra de arte.

—La puta madre—maldijo y negó—¡Qué bonito eres! Incluso cuando lloras.

Max sonrió en medio de las lágrimas, se abrazó al inspector y apoyó su rostro contra su pecho.

—No me abandones de nuevo, esta vez moriría si lo haces.

—Nunca—Rayan intensificó su agarre—, eres mío y yo soy tuyo, *habibi*. Ya no voy a lastimarte.

Max asintió y ambos se besaron de nuevo. Se apartaron poco a poco, Rayan lo asió de la mano y ambos caminaron hacia la puerta. La cinta amarilla que aseguraba el perímetro había desaparecido. La casa era libre de investigación, de ojos encima de ella buscando pistas y pruebas de un asesinato que Max jamás cometió. Cuando Max abrió la puerta el hedor a humedad impregnó sus fosas nasales. Dio un suspiro y se adentró en su pesadilla, al menos, en pedazos de ella.

La sangre se había secado en el piso, los enormes charcos frescos ahora decoraban el suelo como si se tratara de una pintura abstracta. Max se detuvo frente a la figura rojiza. Vio a Luffer allí, clamando por su vida, por una oportunidad, abriendo y cerrando la boca en un intento de esbozar palabras.

Rayan apretó su mano.

—¿Alguna vez esa imagen se irá?

Rayan cerró los ojos y no pudo mentir ante la cruda pregunta.

—No—replicó—, cuando has visto el infierno, cuando has olido el azufre y escuchado los gritos, las puertas no se cierran.

Max contuvo el llanto una vez más. Se movió por la casa, verificando lo poco que había quedado en pie luego de que Raúl Pizarro la invadiera, y después de que la policía barriera con todo hasta encontrar pruebas. Recorrieron cada espacio, la cocina donde la mesa y los aparadores habían sido volcados, la vajilla hecha añicos en el suelo, los pisos levantados como en una demolición. Cada habitación profanada, la seguridad, la inocencia se habían ido de cada rincón. Nada de ese sitio se sentía propio, nada le pertenecía.

Subieron a la recámara donde el colchón estaba en el suelo, rasgado de punta a punta, los armarios volcados, y todos los artículos de tocador, perfumes creaban un mar de vidrio multicolor en el suelo.

—Puedes contratar a un equipo de limpieza—señaló Rayan ante el silencio sepulcral de Max—.Conozco a un par que son excelentes.

Max asintió de manera mecánica. Fue hacia su vestidor, pocas camisas y pantalones habían quedado allí luego que él sacara su valija esa noche, la mayor parte de las pertenencias eran de Luffer.

Max acarició uno de los sacos que su esposo utilizaba para los vuelos.

—Su madre me llamó esta mañana—susurró, entretanto acariciaba la tela—, ella sigue culpándome de su muerte. Dice que nunca fui suficiente para él.

Rayan se cruzó de brazos, ladeó la cabeza y lo observó.

—¿Y qué piensas tú?

Max rio nervioso y negó.

—¿Qué importa eso ahora?

—¿Crees que no eras suficientes?

—¿Alguna vez fui suficiente para alguien, Rayan?

La pregunta detonó en la conciencia de Rayan.

—Fuiste más que suficiente para mí, toda la vida.

—Aun así, me abandonaste—afirmó—, aun así, te alejaste por años.

Rayan fue tras él, puso las manos en sus hombros y apoyó su cabeza en su nuca.

—Te abandoné porque soy un cobarde, porque no tuve las agallas para pelear por ti, aunque el mundo se hundiera. Nada tuviste que ver con ello. Fue mi decisión, no tus deficiencias lo que nos alejó. Por favor, no quiero escucharte decir esas cosas.

Max se dio la vuelta y se detuvo frente a esa hombre carcomido por la culpa.

—No es fácil perdonar.

—Por supuesto que no—Rayan replicó—, y no espero que lo hagas hasta que estés listo.

—Es difícil porque te amo, te amo tanto que duele—confesó Max—, pero a veces, me ataca la ira con todo y…

—He esperado años por ti, y voy a ganarme tu perdón. Lo prometo.

Dos almas rotas, dos hombres que eran más bien escombros de lo que alguna vez fueron, sin embargo, se mantenían en pie, incluso con sus estructuras endebles.

Continuaron revisando cada lugar de la casa, luego fueron al jardín deteriorado. El agua de la piscina se había congelado.

—Puedo contar con los dedos de la mano las veces que me sumergí en ella.

—¿No te gustaba?

—Me pareció una ostentación, un lujo innecesario—explicó—, Luffer dijo que eso nos daba estatus.

Rayan frunció el ceño.

—¿Por qué te casaste con él?

Max sonrió sin quitar la vista de la escarcha sobre la piscina.

—Porque era un hombre encantador, y yo me sentía muy solo— confesó—. Luffer fue casi mi salvación al principio. Los primeros meses fueron idílicos. Cenas románticas, viajes, salidas con amigos, bah, amigos de él, yo nunca fui muy sociable, luego comenzó a mostrar su esencia.

—Un lobo con piel de cordero.

—Peor que eso—replicó Max—, abusó de mis miedos, de mi fragilidad y me humilló cada vez que estuvo a su alcance.

—¿Por qué no lo dejaste antes?

—Porque no tenía suficiente dinero, y la verdad es que me aterrorizaba quedarme en la calle de nuevo.

Max rodeó la piscina y se dirigió al viejo depósito que estaba a unos metros, era el sitio donde Luffer guardaba herramientas y un viejo Mustang que perteneció a su padre. Empujó la puerta con fuerza, y se abrió. Encendió el foco que titilaba como en una película de terror. Había latas de pintura, herramientas, una podadora, tijeras, y algunos artículos de jardinería.

El auto permanecía allí, las ruedas estaban deterioradas, una gruesa capa de polvo cubría su color gris plata. Rayan lo acarició de punta a punta y dejó una marca con su dedo debido al polvo.

—Esto es una belleza.

Max rio.

—Luffer juraba que algún día este auto lo haría resurgir de las cenizas, que le daría el éxito y el dinero que merecía. Dios, si hubiera prestado atención a sus comentarios, estaba obsesionado con el dinero.

—¿Por qué no lo reparó? —Rayan cuestionó—. Es una joya, podría haberlo restaurado y vendido.

—No lo sé. —Max se encogió de hombros. Abrió la puerta y observó su interior, el olor del cuero gastado y olvidado.

Rayan abrió la puerta del copiloto, acarició la guantera desgastada, las alfombras que cubrían el piso algo rotas como consecuencia del

paso del tiempo.

Presionó los asientos y notó que estaban muy acolchados. Frunció el ceño.

—¿Alguna vez restauraron los asientos? —preguntó a Max quien negó.

—No que yo sepa. Esta reliquia nunca se movió de aquí una vez que la trajo hace dos años desde Minesota.

«Minesota».

Rayan se humedeció los labios. Apretó con firmeza y hundió el asiento y notó que habían sido rellenados, las costuras alrededor no tenían la prolijidad ni los estándares de calidad de la marca original.

—¿Sucede algo?

El inspector sacó un cortaplumas que siempre llevaba con él. Los ojos de Max se abrieron cuando el instrumento se clavó en el asiento y se deslizó rasgando el cuero. Los billetes brillaron en los ojos del hombre. Max se cubrió la boca, cuando Rayan continuó abriendo y más dinero aparecía ante sus ojos. Rayan sonrió.

—Creo que debemos llamar refuerzos—explicó—, y tu querida suegra intachable, tendrá que responder algunas preguntas.

26 Millones y algo más

Rayan Alí no pertenecía al FBI ni a la DEA, no obstante, el equipo de trabajo que se había formado era tan sólido que los hombres compartían toda la información con ellos.

Helen Hansen fue esposada y llevada a declarar por los millones de dólares encontrados en el viejo Mustang y porque, además, era la ruta que Luffer seguía cada vez que realizaba sus viajes a Puerto Rico.

—¿Nunca sospechó nada?

—Mi hijo llegaba con algunos paquetes y me decía que eran entregas que debía realizar a San Juan. Nada más que eso.

—¿Por qué le regaló el Mustang?

—Fue su padre quien se lo dio antes de morir. No es un crimen.

Los investigadores se observaron y dieron un suspiro.

—¿Escuchó alguna vez que su hijo habló con un hombre llamado Raúl Pizarro?

—Lo nombraba a veces, decía que era un amigo.

Rebecca, la compañera de Rayan trazó el mapa de la ruta de Luffer Hansen en su oficina de Nueva York. Tenían la información que los demás agentes les habían proporcionado y que se complementaba con la de ellos.

Rayan analizaba punto por punto la ruta.

—Ocurre cada dos meses—señaló—, el mismo Raúl Pizarro sale a su encuentro cada vez.

—Debe haber cambiado el itinerario—argumentó Alfredo, su otro compañero.

—¿Y si no? —Rayan se puso de pie—¿Y si ese bastardo se está burlando de nosotros en nuestra propia cara? Paseándose por Puerto Rico, ¿un sitio en el que podríamos capturarlo sin problemas?

Rebecca frunció el ceño.

—Jefe, ¿puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué sucede?

—¿Esto es venganza o justicia?

Rayan frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres la cabeza de Raúl Pizarro por ser un narco o por la osadía de golpear a tu novio e intentar incriminarlo en un asesinato?

El hombre tensó la mandíbula.

—¿Qué problema hay si así fuera? Ese malnacido merece pudrirse en la cárcel. Tan simple como eso.

—Estoy de acuerdo—replicó la mujer—, pero que las emociones no te nublen el juicio, solo eso te pido.

Alfredo se mantuvo de brazos cruzados, expectante ante el tenso cruce entre sus colegas.

—Mis emociones están bien y estoy más lúcido que en años, no te preocupes por eso.

Rayan se acercó a la pantalla en donde se proyectaba la ruta.

—La DEA debe actuar cuanto antes, que se comuniquen con nuestros colegas de Puerto Rico. Puede que no intervenga en esta caza, pero me voy a asegurar de que la bestia no se nos escape.

La arrogancia había llevado a Raúl Pizarro a sus manos, solo faltaba capturarlo.

***

Trabajaron sin descanso las dos semanas que siguieron. Max se quedaba con él en su casa mientras la empresa de limpieza que habían contratado hacía su trabajo, luego de una nueva invasión de la policía.

—Esa pobre casa no aguantaría un nuevo allanamiento.

Quiso que fuera una broma, pero no sonó como tal. Rayan lo abrazó mientras ambos estaban en la cama. El inspector estaba con su tablet hablando con uno de los investigadores de la DEA.

—¿Van a capturarlo?

—El FBI y la DEA han investigado más de dos mil vuelos privados que se hicieron desde México a Puerto Rico en las últimas semanas. Hay dos que les llamaron la atención, ocurrieron a treinta kilómetros desde donde realizaba los intercambios Luffer.

—¿Tan cerca?

—Es incluso menos sospechoso—aclaró Rayan—. Uno espera que las operaciones se realicen a muchos kilómetros de donde se concretaron originalmente, pero ellos trabajan contra toda lógica.

—¿Piensas que lo detendrán?

Rayan le dio una sonrisa y lo acercó más a su cuerpo.

—Estoy seguro—afirmó—, y cuando ello suceda, tu testimonio junto con toda la evidencia lo enviará a una cárcel por el resto de su maldita vida.

—¿Y si sale libre?

—No lo hará. —Rayan tensó la mandíbula—. Ese bastardo va a ir a la cárcel y morirá allí. De nada le valdrán todos sus contactos. Te lo juro, *habibi*, pagará por lo que te hizo.

Max tragó saliva, los ojos de Rayan estaban llenos de fuego, pero no de la calidez que siempre tuvo.

—No te obsesiones con esto, amor.—Max pidió.

—Quiero justicia—replicó—¿Acaso tú no deseas lo mismo?

—Deseo que seamos felices de una vez por todas—agregó—. Si ese hombre quiere venganza una vez que lo envíes a la cárcel, entonces…

—No—Rayan lo asió del mentón, sus ojos se encontraron—, nada de eso va a suceder. Por fin seremos libres. Solo tú y yo. Lo prometo.

Max negó.

—Ya no quiero tus promesas, Rayan. Necesito acciones.

Las comisuras de los labios de Rayan ascendieron en una tenue sonrisa.

—Lo sé, y estoy listo para demostrarte cuánto te amo, de mil formas distintas.

27 Acorralado

Cuando me enamoro, el reino de Dios cambia,
el crepúsculo duerme en mi abrigo, y el sol despunta por el oeste.
¿Por qué? ¿Por qué desde que me amas mi lámpara alumbra
y mis cuadernos han florecido?
Las cosas han cambiado desde que me amas.
Me he convertido en un niño que juega con el sol
y en un profeta cuando sobre ti escribo.
—Nizar Qabbani (fragmento).

San Juan, Puerto Rico.

Dos semanas después.

Raúl Pizarro observó su reloj mientras esperaba en la limusina en el interior del hangar que sus hombres habían contratado para recibir sus «entregas». Dio un suspiro de hartazgo y se cruzó de brazos, sus hombres ya estaban afuera y junto a él, en el vehículo, había cuatros guardias más, listo para defenderlo.

Raúl no salía de su vehículo hasta que sus hombres le daban la señal. Nunca se arriesgaba, solo una vez había fallado. La ira lo invadió cuando recordó su encuentro con Maxwell Bergman.

Bastardo, si hubiera hablado, si no se hubiera callado y fingido inocencia mientras tenía el dinero en su casa.

Los titulares en cada portal de noticias, Raúl sintió la bilis llegar a su garganta, ¿cómo carajo iba a sobreponerse de esa muestra de debilidad? El resto de los carteles eran como tiburones, podían oler una gota de sangre en el mar a kilómetros de distancia. Raúl sabía que se estaba desangrando, la jugarreta de Max Bergman le ocasionó una pérdida irreparable a su reputación.

Bergman siempre supo dónde estaba el dinero, solo ante la imposibilidad de usarlo sin levantar sospechas fue que decidió entregarlo a la policía.

«Lo subestimé».

La arrogancia era su punto débil, Raúl intentaba controlarla, pero cuando te crees mejor que los demás, más inteligente y valiente, es fácil caer en la misma trampa.

La estructura metálica del hangar vibró, el ruido se tornó ensordecedor. Raúl respiró en calma una vez más. El avión había arribado.

—¿Por qué verificas todo por ti mismo?

—Nadie cuidará mi negocio mejor que yo.

Fue su respuesta cuando uno de sus subalternos le preguntó tiempo atrás su obsesión por estar presente en cada intercambio.

La puerta del vehículo se abrió, Raúl descendió y se arregló la chaqueta negra que ahora había combinado con un jean azul oscuro y una camisa blanca. Encendió un cigarrillo y esperó a que el avión se detuviera en la pista. Las puertas del hangar se abrieron. Raúl caminó rodeado de sus hombres hacia afuera. El viento le dio en la cara, puso las manos en su cintura y esperó el siguiente movimiento. El avión privado abrió su puerta. Los hombres se acercaron, listos realizar la carga de la mercancía y él para verificar el dinero. Frunció el ceño cuando nadie salía del avión. Su personal, que ya tenía las armas en sus manos, apuntó hacia el avión y dieron pasos lentos. Se aproximaron con todos los sentidos en alerta.

El piloto, un hombre similar a Luffer Hansen en aspecto físico, se decidió a bajar. Levantó las manos y sonrió cuando el grupo le apuntaba.

—Pendejo—insultó Raúl y negó.

—Lo lamento—dijo el hombre en un español fluido—, ¿podrías bajar las armas?

Raúl tiró el cigarro a la mitad y les hizo seña a sus guardias para que se relajaran. El piloto descendió y caminó hacia él. Le estrechó la mano como era su costumbre desde que comenzó a realizar las entregas de Raúl, pero este no respondió.

—Es la última vez que te demoras. A la próxima no la cuentas.

El piloto tragó saliva.

—Entendido, señor.

—¿Todo en orden?

—Como siempre—aseguró—, vengan conmigo.

Caminó delante de los hombres. Raúl continuaba rodeado de sus guardaespaldas. El piloto destrabó la compuerta despacio, se mordió el labio ante la tensión espesa que lo rodeaba.

—Quiero que se apresuren, los gringos están ansiosos—esgrimió Raúl y el piloto sonrió.

—De hecho, están más ansiosos de lo que imaginas.

El hombre destrabó la puerta del equipaje y se escucharon los disparos del otro lado del avión.

—¿Qué mierda? —Raúl cuestionó cuando los disparos se escucharon más cercanos.

Sus hombres lo rodearon y respondieron al ataque. Fue cuando el piloto abrió la bodega del avión y desde allí salieron cinco hombres armados que terminaron de desestabilizar la defensa de Raúl.

—¡Al suelo! —gritaron los oficiales pertenecientes a la DEA que bajaron del avión—¡Ahora!

Por supuesto se resistieron, los custodios de Raúl no se rendirían tan fácil, su respuesta fue abrir fuego. Los disparos iban y venían de todas las direcciones, los hombres comenzaron a caer como piezas de dominó.

Raúl retrocedió con su gente que lo cubría, corrió hacia la limusina que estaba en el hangar. Los gritos y el sonido de los proyectiles lo perseguían. Corrió tan rápido como pudo, con el arma en la mano.

—¡Arranca ahora! —exclamó al chofer de la limusina y saltó a su interior. El chofer puso la primera marcha y salió del hangar a toda velocidad, pero no hacia dónde Raúl pensaba, sino que condujo directo a la zona de peligro—¿Qué haces? ¡Cabrón!

El chofer se mantuvo en silencio conduciendo, Raúl disparó sobre el cristal insonorizado que separaba su lugar del piloto, pero era blindado. Su necesidad de reforzar cada espacio donde él se movía fue su talón de Aquiles.

Pateó con todas sus fuerzas el vidrio cuando el sistema de cerramiento se activó. Uno, dos, tres patadas , pero no cedió. Observó como la DEA había reducido a todos sus hombres, ya sea matándolos o deteniéndolos. La limusina se detuvo y los agentes lo rodearon en ese instante.

—Raúl Pizarro, queda detenido acusado de narcotráfico, múltiples asesinatos y por el intento de asesinato de Maxwell Bergman. Todo lo que diga puede ser usado…

Raúl tensó la mandíbula y cerró los ojos, apretó el arma en su mano y luego la soltó sobre el asiento. Había perdido.

***

Nueva York, Estados Unidos

—Lo atraparon—Rebecca avisó a Alfredo y a Rayan que estaban en la oficina de este último—, muy pronto iniciaron el proceso de extradición. Ese bastardo es nuestro.

Alfredo se levantó y abrazó a su compañero y jefe.

—Bien hecho, inspector.

—Nunca lo habría hecho sin ustedes—agregó Rayan mirando a sus colegas—. Gracias por confiar en mí, y no juzgarme.

—Lo están interrogando en una de las instalaciones en Puerto Rico en este momento—explicó Rebecca—, aunque hay algo que te resultará entre cínico y gracioso.

—¿Qué cosa? —Rayan frunció el ceño. Rebecca se arregló el cabello detrás de las orejas.

—Dice que no mató a Luffer Hansen.

—Claro, solo le destruyó la cosa con su consentimiento—replicó Rayan—. Dios mío, ¿cómo mierda piensa mentir en algo así?

—Querrá negociar—advirtió Alfredo—, algún acuerdo de culpabilidad.

—Con acuerdo o sin él, no pasará menos de veinte años en una penitenciaría federal—aclaró Rayan—. Los medios se están haciendo eco de eso, no existe pilar judicial o político al que pueda acudir sin levantar sospechas.

Alfredo frunció el ceño.

—No luces aliviado.

El inspector negó.

—Mientras esté vivo, supongo que nunca lo estaré—agregó Rayan—, además, solo será acusado de una ínfima parte de todos los asesinatos que cometió, del dolor que causó a quienes vendía su inmundicia, ese costo es irreparable.

Rebecca sonrió, y puso la mano en su hombro antes de abrazarlo.

—Jefe, ¿por qué no te concentras en el vaso medio lleno y no en la parte vacía?

—Porque lo odia—respondió Alfredo esta vez—, porque, si por él fuera, le daría la inyección letal él mismo.

Rayan jamás se había sentido así en toda su vida, el odio carcomía su cuerpo, lo hacía olvidarse de él mismo incluso.

—Debo llamar a Maxwell—dijo para cambiar el tema y el clima en la oficina—, discúlpenme un minuto.

El hombre se puso de pie y salió de la oficina. Rebecca negó.

—Necesita más que aire fresco.

Alfredo se mordió el labio inferior y asintió.

—Espero que este proceso no termine de romperlo.

28 ¿Es posible seguir adelante?

Rayan ingresó a su hogar esa tarde, el silencio se había instalado. Un silencio incómodo, cargado de angustia y palabras no dichas.

—¡Max! ¡Estoy aquí! —gritó desde la puerta y la cerró.

Caminó hacia la sala, fue a la cocina que permanecía vacía e intacta, ni siquiera una cuchara estaba fuera de lugar. Salió de allí y corrió hacia las escaleras, las cuales subió de dos en dos, llegó al cuarto de huéspedes cuya puerta estaba entreabierta.

Maxwell estaba sentado en la cama, su vista sobre la ventana, en el gris del cielo, en la oscuridad que llegaba y, al parecer, se negaba a retirarse.

Rayan avanzó hacia el hombre, se sentó a su lado, como tantas veces, como lo hacían desde que eran unos niños. El Mediterráneo no se vislumbraba en el horizonte, sino un cielo de zinc e hileras de casas que a lo lejos se convertían en rascacielos magníficos e imponentes. De eso se trataba aquella ciudad que lo había recibido como hijo, como parte del paisaje tantos años atrás.

Se quedaron inmóviles, respiraron juntos, un sonido calmo, Rayan acarició los dedos de la mano derecha de su amante, de su amor, de su todo.

—¿Se terminó? —Max indagó con un hilo de voz. Rayan le acarició el cabello despacio, las hebras entre rubias y castañas.

—Lamento decirte que apenas comienza—esbozó con tristeza—, deberás enfrentarte a él en la corte, dar testimonio, recordar aquella noche.

—Por Dios, no quiero. —Max se tensó y se desmoronó en los brazos de su amor—. Soy incapaz de enfrentarlo, Rayan. No deseo volver a esa noche, a mi estupidez, a los golpes, al miedo. No, ya no.

—Shhh. —Rayan le besó la frente, sus manos no abandonaban su suave cabellera—. Todo va a estar bien, *habibi.* Nadie volverá a hacerte daño, te lo dije, estoy aquí, hoy y siempre.

Las lágrimas corrieron por el rostro de Maxwell, Rayan lo apretó contra su cuerpo y el odio, ese sentimiento que atraviesa y consume el alma, llenó cada espacio.

«Nadie volverá a hacerte daño».

Si era necesario entraría en las pesadillas de su amor y mataría a ese bastardo. Su corazón latió desbocado ante la idea que se había formado en su mente desde la noche en que casi le arrebataron a Max. No había espacio para arrepentimientos, y muchos menos para la misericordia.

«¿Buscas venganza o justicia?».

Ya no importaban las aristas, Raúl Pizarro debía desaparecer el mundo, no solo en una cárcel.

***

Rayan jugaba con su taza de café, la cual se enfriaba intacta. Jasper Hawkings, el fiscal más temido de Nueva York hizo su aparición en la puerta del pequeño e íntimo lugar. Llevaba un abrigo negro que acentuaba su esbelta figura.

El hombre caminó hacia Rayan, el café estaba casi desierto a esa hora.

—Inspector—estrechó la mano—, de verdad me sorprendió su llamado.

Rayan asintió.

—Lo sé, lamento no haber dado detalles por teléfono.

—No te preocupes.—Jasper se quitó el abrigo dado que la calefacción estaba al máximo en el lugar—.Me gusta el misterio,

vivimos de eso.

Un leve sonrisa se dibujó en el rostro del inspector. El fiscal llamó al mesero y le pidió un café doble.

—Quería felicitarte por toda la investigación contra Raúl Pizarro, la manera en que lograste trabajar en conjunto con las demás organizaciones.

—Era mi deber, y también mi objetivo—explicó Rayan—, después de todo, a quien ese maldito lastimó, es el amor de mi vida.

Jasper se quedó inmóvil, como si acabara de recibir un balde agua fría a la intemperie. Frunció el ceño y negó.

—Inspector, ¿de qué carajo estás hablando?

Rayan se humedeció los labios, apretó la taza de café entre sus manos y se preparó para desnudar su alma delante de una persona que podría complicarle la vida o acusarlo de favoritismo. Sin embargo, se decidió a confiar en su instinto y en algo que a ambos los unía. El deseo de venganza.

No se guardó nada, habló de su infancia en el Líbano, de la religión, de la muralla entre él y Max que se fue resquebrajando a medida que el vínculo se hacía más fuerte. Mencionó su casamiento acordado, su dolor, su pérdida, sentirse que no valía nada. Jasper lo escuchó sin decir una palabra, quizás permitiéndose abrirse al mismo dolor que a él lo golpeó cuando asesinaron a su familia.

—¿Por qué me cuentas eso?

Jasper preguntó, aunque lo intuía. Rayan dio un suspiro.

—Si tuvieras la oportunidad de capturar a los asesinos de tu hija y tu esposa, ¿qué harías? ¿Los llevarías a la justicia o los liquidarías tú mismo?

La crudeza de la pregunta lo estremeció.

—Sabes que mi deber como fiscal es…

—No estoy frente a ti como inspector sino como Rayan Alí, y deseo que me respondas como Jasper Hawkings, no como el fiscal incorruptible.

Las manos de Jasper se hicieron puños, las imágenes de su hijita muerta al lado de su amada esposa golpearon su cabeza como un huracán cuando toca una costa caribeña.

—Los desangraría con mis propias manos, los desmembraría pieza por pieza hasta que no quedara nada, hasta que sus cuerdas vocales se rompieran de tanto gritar.

Sus miradas se encontraron.

—Entonces sabes exactamente cómo me siento, y lo que quiero que le pase a ese maldito hijo de puta cuando llegue a Estados Unidos.

Jasper se sostuvo de la mesa, su mirada fue al lugar que estaba vacío. Una música suave y relajante acompañaba.

—¿Sabes lo que podría hacer con lo que acabas de pedirme?

—Lo sé—replicó Rayan—, pero considero que no eres un hipócrita. Tú y yo somos conscientes del enorme poder que puede tener Raúl Pizarro, incluso dentro de la cárcel. Su venganza puede tocarnos de mil formas a todos, dime ¿vas a permitir que ocurra de nuevo?

—Es que…—Jasper apretó su tabique nasal—, no es tan sencillo.

—Nunca dije que lo fuera, pero si hay voluntad, hay poder—esgrimió —, y puede que el sistema de justicia estadounidense se jacte de ser perfecto, pero los que estamos adentro conocemos sus grietas, sus profundas desigualdades, y no deseo que alcancen de nuevo a mi amor.

Jasper negó, todo le parecía surrealista.

—¿Puedo preguntarte algo, Rayan?

—Dime.

—¿Cómo mierda cargaste este secreto tantos años? ¿Cómo aguantó tu pecho eso?

El nudo en su estómago se apretó casi hasta dejarlo sin aire.

—Vengo de un pueblo que hace del dolor su compañero, Maxwell igual. Quizás a nadie le gusta lo que voy a decir, pero somos

demasiado parecidos. Quiero que salgamos adelante, Jasper, a pesar de todo lo vivido, creo que todavía tenemos una oportunidad.

Jasper observó al hombre frente a él. El ruego en sus ojos, y se preguntó si podía fallarle, se cuestionó su integridad ética, lo correcto e incorrecto, la verdad y la mentira, la justicia y la venganza. Pensó en su mujer y en su pequeña, en sus sonrisas, y desde donde estuvieran lo seguirían acompañando, le seguirían dando fuerzas hasta que él encontrara a los culpables.

—No es algo sencillo—advirtió—, Pizarro estará vigilado las veinticuatro horas. No podemos fingir un suicidio, y nadie de otro sector puede ingresar para asesinarlo. —Rayan escuchaba en silencio—. Sin embargo…—Jasper pensó un segundo y dio un suspiro —, mierda, esto es una locura.

Rayan se humedeció los labios, bebió su café de un solo trago, estaba frío. Dejó el dinero para dos cafés y una propina.

—Confío en que usted hará lo mejor para todos, fiscal Hawking. Ese siempre ha sido su sello.

Jasper comenzó a reír.

—Te vas y me dejas con este peso.

Rayan frunció el ceño.

—No tiene por qué serlo. Sea cual sea su decisión, yo la voy a aceptar. Gracias por haberme escuchado sin juzgarme.

Rayan iba a pasar a su lado, y Jasper lo sostuvo del brazo.

—A veces pienso en el miedo que las embargó—confesó—, en saber que iban a morir y no había nada que pudieran hacer para cambiar eso.

—El hijo de puta que las mató es como Raúl Pizarro, hombres que seguirán actuando del mismo modo hasta morir. Tú tienes en tus manos el poder para detenerlo para siempre.

Y dicho esto, Rayan salió de esa cafetería con una confianza ciega hacia la voluntad de Jasper.

Caminó despacio, alimentándose del tumulto de la ciudad, de las bocinas, del cielo gris y el aire contaminado. Se detuvo en una esquina y miró una vez más hacia arriba, hacia los edificios de decenas de pisos desde donde, probablemente él se asemejaría a una hormiga. Tal vez lo era, un grupo de hormigas que iban a y venían, que construían un futuro a base de buenas y malas decisiones.

El celular vibró en su bolsillo. Rayan lo sacó y observó la palabra simple que aparecía en la pantalla.

Hecho.

Sus manos temblaron de anticipación, la furia líquida que lo había acompañado desde el día en que atacaron a Max se solidificó y mutó en algo parecido a la ligereza. Jasper Hawkings haría justicia.

29 El último secreto

Nueva York, Estados Unidos.

Una semana después.

—¿Estás bien? —Alana Monfils tocó el brazo de Maxwell quien se había quedado inmóvil luego de la noticia que acababa de darle.

—¿Es verdad? —balbuceó con un hilo de voz—. Él, es decir, ya no…

Alana le sonrió, en una mezcla de alivio y tristeza.

—Atestiguarás para cerrar el caso, pero con él en frente—respondió —. Raúl Pizarro ya no te lastimará más, ni siquiera con su presencia.

Estaban en la imponente oficina de la abogada, el eco de la noticia había permanecido en el lugar. El hedor del bastardo no se disipaba, pese a su muerte. Maxwell se cubrió el rostro y lloró, lloró de alivio y tristeza, de rabia y resignación. Alana puso la mano en su hombro, y luego lo abrazó con fuerza, demostrándole su cercanía.

—Murió de un infarto en su celda ayer a la noche.—La mujer explicó mientras calmaba a su cliente—. Están investigando si era alérgico a algún tipo de alimento.

Max se sostuvo de la chaqueta de diseñador de la mujer y lloró en su hombro, era un torrente imparable y ella se lo permitió, luego le ofreció pañuelos descartables y después un vaso con agua.

—Nunca pensé que podría odiar a alguien como lo hago con él.— Max confesó—. Muchas personas me han hecho daño a lo largo de mi vida, pero nadie como Raúl Pizarro, él borró la poca seguridad

que tenía, aparece en mis pesadillas, me sigue a todas partes, y ahora debía enfrentarlo en la Corte.

—Ya no. —Alina se apartó con una sonrisa—. Eres libre de su presencia para siempre, Max. Sé que es mucho pedirte felicidad, pero al menos disfruta la calma. La tranquilidad de saber que no deberás mirar por encima de tu hombro todo el tiempo en lo que te queda de vida. Ese bastardo ya no regresará.

«Ya no regresará».

Max apenas lo creía, había luchado contra su mente todos esos días, preparándose para enfrentarlo, para encontrarse con su rostro de frente cuando subiera al estrado a testificar. Nada de eso ocurriría.

Quizás Dios no lo había abandonado por completo, tal vez, solo lo había puesto a prueba, demasiadas veces.

Maxwell salió de la oficina de la abogada, se detuvo en la acera un momento y se abrazó a sí mismo.

—*Habibi.*

Se giró hacia donde escuchó esa voz, el tono cargado de dulzura al que se acostumbró a lo largo de los años, el que lo acompañó las noches oscuras cuando no encontraba el rumbo. Rayan Alí estaba allí, a solo unos metros, con un ramo de flores, un impresionante ramo de rosas rojas. Max se cubrió la boca y el llanto volvió a ganarle, corrió hacia su todo, y lo abrazó, lo apretó contra su cuerpo y percibió el calor.

—Rayan.

—Ya pasó.—El hombre le susurró—. Somos libres.

—Dios nos escuchó. —Max dijo contra sus labios—. Una vez nos escuchó.

Rayan le sonrió, le acarició el rostro y le entregó las flores ¿Cómo decirle que las divinidades no intervenían en las cuestiones mundanas? ¿Cómo confesarle la autoría intelectual del crimen de Raúl Pizarro? Rayan no se había olvidado de Dios, había entendido que lo ocurre en el mundo es decisión de hombres, de seres que

destruyen, abusan y matan, y de otros que logran equilibrar la oscuridad con amor, entrega y justicia.

Este sería su secreto, su regalo para el hombre más bello del mundo a sus ojos.

—Quiero invitarte a un restaurante—Rayan acarició los mechones rubios y los arregló detrás de sus orejas—. Mis colegas estarán allí, deseo que te conozcan, no como un sospechoso o testigo de un asesinato, sino como mi pareja.

Maxwell asintió, besó la mejilla del inspector y ambos caminaron abrazados rumbo al lugar. El viento frío los hizo estremecer, Rayan sonrió.

—Supongo que extrañas Beirut tanto como yo a veces.

Se detuvieron en una esquina, Max se sentía en un sueño, uno del cual temía despertar en cualquier momento.

—Nunca extrañé El Líbano o Francia—respondió—, lo único que he extrañado en mi vida es a ti, Rayan Alí.

Rayan lo besó, lo besó a plena luz del día, en la calle y no le importó.

—¿Estás listo? —preguntó el inspector y Max asintió con una sonrisa.

Atravesaron cinco calles y llegaron a un restaurante de comida árabe. El aroma de las especias invadió sus sentidos apenas ingresaron. Rebecca y Alfredo ya estaban allí, levantaron la mano y Rayan les sonrió.

—Jefe, llegas cinco minutos tarde—reprochó Alfredo y Rayan le golpeó el brazo.

—Bien, colegas—dijo formalmente—, ya lo conocen, pero esta vez quiero hacerlo oficial. Les presento a Max Bergman, mi novio.

«Novio».

Max tembló al escuchar la palabra salir de la boca de Rayan, de un hombre que negó su sexualidad toda su vida.

—Bienvenido, Max—dijo Rebecca y le estrechó la mano. Alfredo hizo lo mismo. Apretó con fuerza y frunció el ceño.

—Jamás pensé que al jefe lo derritieran las caritas de bebé.

Las mejillas de Max se tornaron rojizas. Rayan bufó.

—Muy gracioso, de Melo. Graciosísimo.

—Vamos, hombre. Solo fue una broma—señaló Alfredo.

Los cuatro se sentaron y el camarero se acercó. El menú era bastante amplio, pero fueron a lo tradicional. *Kibbeh* con dos porciones abundantes de *Fatteh* para acompañar. Max probó un bocado y fue inevitable que los recuerdos regresaran. Rayan le acarició el cabello, mientras Max comía con entusiasmo igual que Rebecca y Alfredo. Rayan estaba más calmo, se dedicó a contemplar a su amor, y se percató de que sus ojos tenían chispas de alegría, una alegría que se había perdido con el pasar de los días luego del ataque.

Nadie sale vivo de un secuestro violento con todas sus capacidad mentales, Rayan sabía que las huellas de Raúl Pizarro eran imborrables, no obstante, el hecho de saber que ya no los molestaría le daba cierta paz a Max y eso se notaba.

Fue inevitable regresar al tema, llevar a la mesa lo que todos pensaban.

—Ese hijo de puta se lo merecía. —Alfredo fue quien habló y soltó las palabras que sobrevolaban en la cabeza de todos.

Max asió una servilleta y se limpió la comisura de sus labios.

—Nadie que haya sido víctima de él diría lo contrario.—Max agregó —. No digo que esté bien pensarlo, pero él me dañó de una manera irreversible, creo que tengo derecho a estar feliz por su muerte. Mató a mi esposo, me convirtió en sospechoso y luego me secuestró por el dinero que, según él, yo guardaba.

Rebecca negó.

—Encima el bastardo negó todo el tiempo haber asesinado a Luffer Hansen.

—Tal vez solo quiso amedrentarlo por la deuda.

Rayan negó.

—No, cariño—explicó—. Ya te lo dije, este tipo de gente calcula cada movimiento. Nada se «sale de control». Si lo asesinaron, fue porque ese era su objetivo, ni más, ni menos.

Alfredo sonrió, llenó su copa de agua y la levantó.

—¿Saben qué? Hay que brindar.

Rebecca rio.

—¿Y por qué brindamos, amigo?

—Por la libertad—señaló—, por la grandiosa libertad de ser quienes somos.

—Vaya.

—¿Qué?

—Eso fue profundo—esbozó la mujer—¿De verdad eres tú, de Melo?

—Vete a la mierda.

Todos rieron, los cuatro levantaron sus copas y brindaron. Brindaron por la libertad, por esa sensación que Max y Rayan llevaban décadas esperando.

Rayan abrazó a su amor, y respiró su aroma.

«Es el último secreto que voy a guardarte, lo juro».

30 La muerte susurra tu nombre

Te quiero como ama la muerte,
más pesado, más bajo.
Cargo con mi experiencia y me marcho.
Mientras seas la cima del mundo,
mientras la superficie de la tierra sea convexa,
descenderé y me alejaré,
descenderé y me alejaré.
Un día las arenas movedizas me engullirán,
me hundiré poco a poco,
en la oscura eternidad de tu amor.
Perderé el conocimiento,
me esconderé de las miradas.
Las masas asistirán a la celebración de mi muerte,
los aventureros y los poetas me envidiarán.
Y tú arrojarás una nueva joya,
al cofre de tus mártires.

Te quiero.
No te arrepientas,
no tiendas la mano para socorrerme.
Permíteme quererte,

como ama la muerte.

Te quiero como ama la muerte.

—Samir Al-Qasim

Nueva York, Estados Unidos.

Dos meses después.

—Entonces, ¿es oficial? ¿Te mudaste con él?

Max cortaba los vegetales que acompañarían la carne en el horno, puso los ojos en blanco ante la voz melodiosa de su amiga Taylor.

—He puesto en venta mi casa, es solo por eso, en cuanto la venda…

—¿Qué? ¿Vas a preferir dormir solo en lugar de los brazos de ese super macho?

Max comenzó a reír, normalmente era él quien haría ese tipo de bromas.

—No me parece justo invadir así su espacio.—Max puso los vegetales junto con la carne, y cerró el horno—. Todavía no se divorcia, Tay, y Amira le está haciendo la vida difícil.

Taylor puso los ojos en blanco.

—Perra.

—No—Max la defendió—, ella está dolida ¿Imagina vivir toda la vida una mentira?

—¡Ay por favor! No me digas que no se daba cuenta. Rayan incluso dijo que te stalkeaba desde aquí ¿Piensas que ella nunca lo notó?

Max se sentó al lado de su amiga, quien había abierto una botella de vino blanco y servía dos copas.

—Aun así, Farid está en medio—esgrimió y bebió un sorbo—, es un buen niño, solo está muy triste.

—¿Lo has visto en persona?

—Nunca de cerca—explicó—, y ahora mucho menos. Jamás va a aceptarme y eso me duele porque Rayan lo ama muchísimo.

Taylor negó.

—No me gustaría estar en tus zapatos, amigo, no después de todo lo que viviste.

—Tu vida tampoco fue color de rosa.

Taylor se encogió de hombros.

—Crecer en un orfanato deja secuelas para siempre, heridas que podemos intentar ocultar, pero cada tanto sangran.

—El abandono nos hizo sangrar, Taylor, y ahora es difícil dejar de ser esos niños, esos adolescentes, los cuales se sintieron solos tanto tiempo.

Taylor dio un suspiro.

—¿Sabes qué pensaba el otro día?

—¿Qué?

—Las tragedias resultaron en fuente de alegría para nosotros.

Max frunció el ceño.

—¿De qué mierda estás hablando?

—Piénsalo. —Taylor señaló y se cruzó de brazos, ambos estaban en la mesa de la cocina, uno al lado de la otra—. Cuando mi hermano fue acusado de asesinato, Thiago apareció, y no solo él, sino también tu sexi inspector Alí. Lo que nos ocurrió fue una mierda, pero ¿no somos felices ahora?

Max comenzó a reír. Era lo más retorcido que alguien le dijo, pero era verdad.

—Supongo que nos gusta que la muerte susurre nuestro nombre.

Taylor levantó la copa.

—Por nuestros caballeros, aunque carezcan de una armadura brillante.

Max sonrió.

—Por Rayan y Thiago, porque siempre aparezcan cuando estemos en apuros.

Las copas chocaron y ambos bebieron. Taylor colocó música de fondo, una melodía muy suave y romántica. Observó el reloj.

—¿Por qué carajo ya no están aquí?

Max arqueó una ceja.

—Solo puedo responder por Rayan, y estoy seguro de que todavía está tapado de trabajo.

El timbre sonó en ese momento, los ojos azules de Taylor se abrieron con alegría.

—Mi bebé de seguro ya está aquí.

Saltó de la silla y corrió hacia la puerta con sus impresionantes tacones. Max dio un suspiro, chequeó el horno, introdujo un cuchillo, la carne todavía estaba cruda.

—¡Oye Tay! ¿Te pido un favor? —gritó mientras abría el grifo y se lavaba las manos—¿Puedes traer otra botella de vino del minibar? Que sea tinto.

El agua corría, Max se enjuagó sus manos y lavó el cuchillo que había utilizado unos segundos atrás. El silencio que venía de la puerta le llamó la atención.

—¿Taylor? ¿Thiago?

Dio pasos hacia la sala sonriendo, sin embargo, cuando llegó al espacio, la risa se convirtió en una mueca de horror. Su amigo Taylor yacía en el piso, su corazón se detuvo cuando notó la figura a su lado que llevaba un arma.

«Es una pesadilla».

Max retrocedió despacio y negó. Observó a los costados, pero le dispararían antes de arrojarse por la ventana. No había escapatoria.

—No, no puede ser.

—*Marhaba, habibi.*

***

—Oye, jefe. Me gusta esa camisa, ¿es nueva?

Rayan le dio una sonrisa y negó.

—Tu nunca te pierdes detalle.

Rebecca se encogió de hombros.

—Soy mujer, vivo para los detalles. —Le dio un guiño de ojo y Rayan negó.

Rayan se enfocó en su reloj. Carajo, iba a llegar tarde y Max había puesto tanto empeño en esa cena. Sus dedos se apresuraron.

Alfredo se acercó a la puerta de su oficina que siempre estaba abierta y golpeó el marco.

—Jefe.

—¿Qué sucede? —dijo sin quitar la vista de la computadora.

—Farid está aquí.

Rayan frunció el ceño.

—¿Mi hijo?

Alfredo entornó los ojos, ¿de verdad había preguntado eso?

—Dice que es importante.

El hombre se puso de pie.

—Hazlo pasar.

Rayan se sentó y terminó el correo. Cerró la pantalla y esperó a su hijo quien se había negado a verlo durante todo este tiempo.

¿Sería algo grave? ¿Tenía más cosas que reclamarle?

El inspector notó que estaba temblando, dio un suspiro e intentó proyectar calma. Alfredo escuchó voces del pasillo, Alfredo apareció al lado de su hijo.

—Aquí se lo dejo.—El hombre le guiñó el ojo, salió y cerró la puerta. Farid tenía las manos en los bolsillos de su abrigo enorme.

—Hola, cariño ¡Qué sorpresa!

—Hola, papá—dijo el muchacho—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto. —Rayan le señaló la silla—. Ponte cómodo. —Farid se ubicó en la silla, tenía ojeras profundas, su rostro cansado—¿Todo bien?

Farid jugueteaba con sus pulgares, era un tic que tenía desde que era niño cuando estaba nervioso.

—Hay algo que debo decirte, es sobre mamá.

Rayan tragó saliva.

—¿Qué sucede con ella? —Farid se humedeció los labios, miró a un costado como si estuviera debatiéndose en contar algo—. Cariño, estoy contigo, siempre.

—Escuché a mamá hablar con la tía el otro día en la madrugada.

Rayan frunció el ceño.

—¿Sobre qué?

—Hablaban muy bajo. —Rayan notó que el muchacho estaba temblando igual que él—. La tía la regañaba.

—¿Qué le decía?

Farid negó, y se puso de pie.

—No puedo hacer esto, debo haber escuchado mal.

Rayan se paró, cruzó la oficina en dos zancadas y detuvo a su hijo del brazo.

—Hijo, ¿qué pasa? ¿Qué oíste?

—Es que si me equivoco…

—Dímelo, puedes hablar sin miedo.

Farid abrió y cerró la boca varias veces, Rayan entendía esos sentimientos encontrados.

—Mamá, ella…—Hizo una pausa—. Creo que tuvo algo que ver con el asesinato de nuestro vecino.

El corazón de Rayan estuvo a punto de detenerse.

—¿Qué?

—La tía le dijo que había sido una idiota, que su venganza debería haber sido contra tu amante, no contra su esposo.

Rayan tenía la boca abierta, su mandíbula apenas podía cerrarse del estupor.

—Eso es imposible. —Rayan pensó en que nada la conectaba con el hecho. Ella se había ido de la casa temprano, ella…

—Eso no es todo. —Farid interrumpió los pensamientos del inspector.

—¿Qué más?

Farid se humedeció los labios, se acercó a su padre.

—Juró venganza, papá, dijo que nada la detendría de destruir a ese hombre.

Rayan buscó su abrigo, y cerró su laptop.

—Ven—asió a su hijo del brazo—, vamos a casa ahora.

31 Silencios que duelen

En la vida y en la muerte te amo.
Eres el reino de la vigilia, la insurrección del corazón,
el caos de un día eterno; eres objeto en momentos de transformación.

En la vida y en la muerte, en la temeridad,
y en esos intervalos de oscuridad,
en el balcón del olvido, te amo.

En calles atascadas de soldados y piedras,
y en la bifurcación del camino hacia el desconcierto, te amo.

La luna entra sola en una habitación;
aun así, no puedo amarte con una sola vida

Así con el primer y último espíritu que me fue asignado,
destrozo las flores del alma y llego a la eternidad.

En la vida y en la muerte, en el desierto del rencor
y en los días de duda, cuando los hombres cosechan una flor letal
e intercambian dagas, balas y golpes, te amo.

En la vida, en la muerte
y en la amarga vigilia.

—Nouri al-Jarrah

El arma temblaba en su mano, se notaba su inexperiencia, incluso su desesperación. Las lágrimas corrían sin control por su rostro, la rabia

se había tornado una con ella. Taylor estaba en el piso, tenía sangre en la frente, por lo que Max se percató que de seguro le dio un golpe con la culata de su arma.

—Amira.

—¿Cómo pueden? —La voz de la mujer se entrecortó, el temblor se hacía cada vez más evidente—. Me arruinaron la vida, los dos.

—No—Max intentó razonar con ella—, todos sufrimos, no hay nada que…

—¡Cállate! —Levantó el arma—. Todo este tiempo te has estado revolcando con él.

—Eso no es cierto.—Max se defendió—. Respeté mi matrimonio, siempre, incluso cuando mi marido no lo hacía.

Amira rio, una carcajada amarga, llena de ira desenfrenada.

—Ese bastardo se burló de mí, por eso terminó de ese modo.

Max frunció el ceño.

—¿De qué hablas?

Amira se limpió los ojos.

—Regresé a casa para buscar algunas cosas esa madrugada—confesó—. Entré en la casa, pero ustedes estaban tan absortos en la inmundicia que ni siquiera notaron mi presencia.

Max sintió un escalofrío recorrer su espalda.

—Quería enfrentarlo, entrar ahí y gritarle—Amira puso la mano en su frente, pero no bajaba la pistola—, pero fui cobarde, siempre lo fue, incluso cuando…

Max miró a un costado.

—Tú lo sabías, siempre lo supiste.—Max no se amedrentó—. Había rumores y no quisiste oírlos.

—¡Pensé que habías quedado en el pasado! —Amira lo interrumpió y lo apuntó en la cabeza—. Tu marido me dijo lo mismo, era tan sucio como tú.

Max sacudió la cabeza, ¿qué mierda es lo que estaba hablando?

—No entiendo a dónde vas con esto, o que tiene que ver Luffer.

Amira comenzó a reír, una risa histérica.

—Tu esposo estaba sentado en la acera esa madrugada—explicó—, estaba bebiendo. Cuando me vio llorar se acercó tambaleante, estaba borracho. Lo aparté, era un asqueroso como tú. —Hizo una mueca—. Observé el interior de la casa y era un desastre, me cubrí la boca con la mano, iba a gritar, pero él me dijo que no lo hiciera, que tenía algunos problemas y que pronto los resolvería.

Amira se secó las lágrimas que corrían por su rostro. El corazón de Max latía tan rápido que parecían martillazos en su pecho.

—Me invitó a pasar a su hogar, le dije que no, pero no le importó, me arrastró hacia allí. Era un caos, él solo bebía y movía sus manos, tuve miedo, terror, mejor dicho. Le dije que debía irme, que no era correcto que estuviera ahí. Fue cuando trazó su sentencia.

Max abrió y cerró la boca, el temblor hacía que fuera difícil esbozar palabras.

—¿Lo mataste?

—«Eres una pobre cornuda, una infeliz que solo recibe migajas».—Amira lloraba con desconsuelo—. Tenía tanta rabia aquí—. Se señaló el pecho. —Tanto dolor, y él se reía, se burlaba de mi tristeza, de mi deshonra. Fue cuando vi el cuchillo y decidí que sería la última vez que alguien se burlaría de mí.

Max se cubrió la boca y calló de rodillas al piso. Raúl Pizarro no lo había asesinado, sus hombres lo habían amedrentado, lo amenazaron y buscaron el dinero, pero no fueron ellos quienes clavaron el cuchillo.

—Dios mío. —Max negó, de rodillas, a la espera de su sentencia, porque Amira no iba a retroceder, nadie lo haría en su situación.

—No tengo nada—Amira lloró—, ¿sabes lo que significa que una mujer musulmana se divorcie? Nadie va a mirarme como un ser humano sino como un estorbo. Mi familia no me quiere de vuelta,

les doy vergüenza, solo me queda esperar el dinero que Rayan me dará cada mes por la manutención ¿Qué pasará cuando mi hijo cumpla la mayoría de edad? ¿Qué será de mí?

La voz se le entrecortaba por los sollozos, su rostro ojeroso ahora se tornaba rojizo por las lágrimas, cada mueca, cada gesto rebelaba lo profundo del desamor, del prejuicio, de la condena. Max entendió que era similar a Amira, ahora que ella estaría divorciada no sería más que una paria.

—Lo lamento, de verdad lo lamento—dijo Max con un hilo de voz—, pero matarnos no te dará paz.

—No quiero paz—replicó la mujer y movió el gatillo—, quiero que Rayan sufra cada día lo que yo sufrí, que se sienta morir y que sepa, en su corazón, que nada puede cambiar esa situación.

—Eres una buena persona, Amira, por favor, piensa en tu hijo. —Max rogó. La mujer miró a un costado, se limpió las lágrimas una vez más con el dorso de la mano.

—Mi hijo lo entenderá, quizás no ahora, pero cuando sea mayor, lo hará.

—¿Y vas a dejarlo solo? —Max cuestionó—¿Pesa más tu deseo de venganza que tu amor de madre?

—¿Qué sabes tú de amor de madre? —Amira marcó en tono despectivo—. La tuya te abandonó sin arrepentimientos, te dio la espalda cuando la necesitabas.

Max asintió, dolía tanto escuchar aquellas palabras.

—Sé cómo se siente la falta de amor materno, y tu hijo también lo sabrá. Eso no es algo que se supere con una sesión de terapia.

El arma temblaba cada vez en la mano de Amira, el sonido de un motor, un vehículo transitando por el camino de grava. Los ojos de la mujer se abrieron como platos, Max buscó huir, pero ella lo asió del brazo, lo envolvió desde atrás y colocó el arma en la sien. Max se quedó rígido.

Su vista estaba en el pasillo, ese pasillo que conducía a la puerta de calle desde donde ingresaría Rayan. La puerta se abrió y Amira apretó su agarre. Rayan y Farid ingresaron. La voz de Amira se quebró.

—Hijo.

—Mamá. —Los ojos del muchacho se llenaron de lágrimas—. Por favor, no hagas esto.

—Cariño, tú no entiendes. Lo que tu padre hace no es lo que el profeta nos enseñó.

—Estás por matar a una persona—replicó el muchacho—, una más. Dime, ¿qué harás después? ¿Matar a papá? ¿Matarme a mí?

Rayan dio pasos hacia la mujer.

—Amira.

—¡Quédate ahí o lo mato! —gritó—¡No te acerques!

Rayan levantó las manos, pero no cedió.

—¿Quieres una muerte más en tus manos? Pues que sea la mía—dijo sin miedo—. Adelante, fui yo quien te irrespetó, quien no supo ser un hombre, anda, dispárame y terminemos con esto.

—No, papá. —Farid lloraba, Rayan levantó la mano.

—Tranquilo, hijo. Tú no eres responsable de nada. Pase lo que pase, esto nunca fue tu culpa.

—¡Cúbranse!

Taylor se removió en el suelo, Amira le apuntó en ese momento, y Rayan aprovechó. Dio dos grandes zancadas y asió con fuerza la mano de la mujer, Max se lanzó hacia adelante y cubrió a su amiga en el suelo. Rayan forcejeó con su esposa, uno, dos, tres disparos, hacia distintas direcciones y la mujer no cedía.

Un quejido del muchacho que estaba a unos metros los sacó del trance. Farid se sostenía el brazo, el abrigo comenzaba a mancharse y él cayó al suelo.

—¡No! —Amira gritó y Rayan le quitó el arma. Max y Taylor corrieron hacia el muchacho que temblaba en el suelo. Rayan soltó a la mujer y fue hacia su niño.

—Papá. —Farid lloraba.

—Tranquilo, pequeño, estoy aquí. —Rayan le acarició el rostro, mientras Taylor, todavía mareada, intentaba marcar a emergencias.

Amira cayó de rodillas. Luego, se hizo un ovillo en el suelo, y lloró hasta que no le quedaron lágrimas.

Todo era una tragedia, sus vidas siempre lo fueron.

32 Construir desde las cenizas

—Odio los hospitales—dijo Taylor junto a Thiago y Max en la sala de espera.

—No deberías—replicó Max—, salvan vidas.

Taylor dio un suspiro.

—¿Será que alguna vez la muerte dejará de rondarnos así?

Era una gran pregunta, también complicada. Había un hilo invisible que los unía al dolor, como si no pudiera concebir su vida sin él. Rayan salió con su hijo, el muchacho no se separaba de él.

Los chicos se levantaron.

—¿Todo bien? —preguntó Max y Rayan dio un suspiro de alivio. Farid llevaba inmovilizado el brazo izquierdo.

—La bala afortunadamente no rompió tendones ni nada por el estilo. Deberá mantener inmóvil la zona por tres semanas y después el médico va a evaluar.

Farid se mantenía con su vista en el piso, Max pensó en lo difícil de esta situación.

—¿Amira? —preguntó Taylor y Rayan negó.

—La han sedado luego de su ataque psicótico. Lo más probable es que la lleven a una clínica psiquiátrica. He hablado con Alana Monfils, espero podamos lograrlo.

Rayan abrazó con más fuerza a su hijo, el pobre había perdido a su mayor sostén, y rogaba que no tuviera que verla en la cárcel.

—¿Tienes un minuto? —Max preguntó a Rayan quien asintió.

—Siéntate un momento aquí, cariño. Ya vengo.

Farid asintió, se quedó en el lugar que le indicaron. Thiago y Taylor lo observaron con tristeza.

Max y Rayan caminaron por el pasillo, las personas iban y venían, llegaron a un espacio más reservado.

—¿Qué sucede? —Rayan preguntó. Max negó.

—No podemos estar juntos, Rayan.

El hombre cerró los ojos porque había visto venir ese desenlace.

—Max.

—No quiero que sufras, no quiero que tu hijo lo haga—explicó y rio con amargura—. Me odia, y yo también lo haría si fuera él.

—No, no vas a dejarme ahora.

Rayan intentó acercarse, pero Max lo detuvo.

—No es negociable, Rayan.

—¿No me amas lo suficiente acaso? —Rayan cuestionó con un hijo de voz.

—¿Por qué crees que quiero alejarme? ¡Casi pierdes a tu hijo! Y no deseo que me culpes de tus pérdidas. Nuestro amor siempre fue prohibido y hay una razón para ello.

—Sí, la maldad y la ignorancia. —Defendió Rayan quien esta vez lo abrazó—. Max, no me abandones, no cuando estamos a las puertas de algo maravilloso.

Max lo asió del rostro y lo besó, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y empaparon el rostro de ambos.

—Siempre voy a amarte, Rayan Alí, siempre, pero tú y yo sabemos que nunca seremos felices, no en esta vida.

Y sin pensarlo dos veces, porque sabía que si demoraba un segundo más se arrepentiría, Max se apartó del calor del hombre que había deseado toda su vida y se marchó. Rayan, con la resignación a cuestas, lo vio alejarse.

«Nunca tuviste una segunda oportunidad».

Y en ese momento, odió su linaje, su religión y todo aquello que lo separó de la felicidad y que lo ataría toda la vida.

***

—¡Eres un imbécil! ¡Qué digo imbécil! ¡Un imbécil olímpico! ¡El rey, el emperador, el supremo!

—Ya—Max levantó la mano frente al ataque verborrágico de Taylor mientras Thiago conducía rumbo a su departamento—, no voy a hacerle más daño. Nadie más morirá por mi culpa.

—¿Tu culpa? —Thiago frunció el ceño—. Max, ¿te estás escuchando? ¿Qué culpa tienes tú de que la ex de tu novio esté loca?

—No esta loca. —Max argumentó—. Ha sufrido mucho con todo esto.

—Y ustedes también, toda su vida. Hace años que esperas este momento, has soñado con ese hombre, te has masturbado por él durante décadas ¿Vas a tirar todo por la borda?

—Su hijo me detesta, ¿es que acaso no lo entiendes, Taylor? No voy a hacerlo elegir entre él y yo. No es justo.

Taylor negó, estaba cruzado de brazos, su rostro desencajado.

—Maxwell, dime que lo vas a pensar al menos.

—Ya lo hice—interrumpió—, en el momento en que vi el rostro de Rayan contraído de dolor por su hijo, en el segundo en que noté la culpa marcada en cada gesto. No se merece vivir así, y yo tampoco.

Thiago y Taylor se miraron, había poco por hacer si Max ya había tomado su decisión. El hombre se volvió a instalar en el cuarto de invitados de la pareja, esa noche apenas durmió, sus sueños giraban en torno a Rayan, en uno de ellos aparecían casándose, Rayan le colocaba un anillo en su dedo anular izquierdo. Max reía y lloraba de felicidad.

Cuando sus ojos se abrieron la realidad lo golpeó con fuerza.

«Es lo mejor para los dos».

Se dijo a sí mismo mientras se abrazaba a la almohada y esperaba que el amanecer llegara, sin embargo, si esto era lo mejor, ¿por qué dolía tanto?

Se sentó en la cama y presionó sobre su pecho, masajeó sobre su corazón, un corazón que se rompía minuto a minuto con la ausencia, con el miedo, con la distancia.

—¿Qué te gusta de mí?

—Todo, habibi. Me gusta todo.

—No, tienes que decirme qué es lo que más te gusta.

—Tu sonrisa, cuando sonríes el mundo deja de girar y nada me importa.

—¡Qué tonto!

—¿Por qué?

—No sé, creí que dirías algo más creativo.

—También me gusta tu culito, ¿eso cuenta?

«Solo quiero que él sea feliz, ¿es mucho pedir?».

Se preguntó a sí mismo en medio de ese cuarto en donde se sentía más solo que nunca. Antes, al menos albergaba una esperanza de volverlo a encontrar, una esperanza de que quizás, algún día, estarían juntos, ahora todo eso se había desvanecido.

«Un milagro. Despertar y que el muchacho que amaba se hubiera convertido en mujer y ya no fuera judío. Pedía una y otra vez dejarlo de amar y, egoístamente, le imploraba que él nunca dejara de hacerlo».

Max se levantó y se puso delante del espejo de cuerpo completo que había en la recámara, solo llevaba un boxer, el cual, se quitó. Las luces de la ciudad ingresaban por las ventanas. Max se detuvo en cada lunar, en cada marca, en los cardenales rojizos que Rayan le hizo y que desaparecerían para siempre.

—Te odio, te odio—Su mano fue hacia el espejo y se dobló de dolor y rabia—. Te odio—pronunció como un mantra por el castigo de

haber nacido hombre, de ser incapaz de yacer con una mujer.

Se arrodilló frente a ese espejo y lo golpeó, lo golpeó una y otra vez, rogando que se hiciera añicos, y que su imagen se desvaneciera, rogando convertirse en algo más, no en ese ser que provocaba decepción y vergüenza.

Max estaba arrodillado en las cenizas de su vida, la pregunta que rondaba su cabeza atormentada era si, alguna vez, podría construir algo hermoso desde ese lugar oscuro.

33 Sacrificio

«¡Entonces, reza por tu Señor y ofrece sacrificios!»
—QS. Al-Kautsar: 2.

Nueva York, Estados Unidos.
Un mes después.

El aroma del *cuscús* impregnaba la cocina ese domingo. Rayan limpió la encimera por enésima vez, la refregó hasta que la superficie brilló como un espejo y su reflejo apareció en él. Estaba demacrado, profundas ojeras violáceas revelaban semanas sin dormir. Se afirmó en la encimera y dio un suspiro, observó a la casa contigua, la misma que ahora era ocupada por una familia con dos hijos. Max la había vendido y así como llegó aquella vez, había desaparecido de su vida.

Rayan lo llamó tantas veces que pensó que su celular colapsaría, decenas de mensajes rogando que reconsiderara su posición, darse esta oportunidad y se había encontrado frente a una pared. Tal vez lo merecía, si no lo hubiera abandonado décadas atrás jamás lo habría perdido, pero los arrepentimientos tardíos no dan paz, solo atormentan.

Rayan se había sacrificado por el bien de su familia, por una tradición absurda, por la creencia a un Dios que nada tenía que ver

con la discriminación. Los seres humanos lastimaban, liso y llano, el resto eran puras teorías bonitas para predicar frente a multitudes.

—Papá, ¿falta mucho para comer? —La voz de su hijo lo sacó del espiral de tristeza.

—Ya está listo—dijo con una sonrisa fingida—. Vamos a poner los platos y comemos, ¿sí?

Rayan se apresuró. Farid se mordió el labio inferior.

—Papá, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro—Buscó los cubiertos para la mesa—, ¿qué sucede?

—¿Terminaste con el vecino?

Rayan le sonrió.

—Se llama Max y ya no es nuestro vecino.

Farid resopló.

—No evadas la pregunta.

El hombre dio un suspiro.

—Sí, ya no lo veo. Max pensó que no era bueno para nosotros seguir con esto.

Farid asintió, colocaron las copas, los platos y los cubiertos junto con las servilletas. Farid se sentó a la mesa, entretanto su padre servía la comida.

—¿Lo extrañas?

Rayan se detuvo.

—Sí—respondió sin titubeos—, pero no puedo obligarlo a quedarse en un lugar que no le gusta.

Una vez que los platos estuvieron servidos, ambos se dispusieron a comer en silencio. El recuerdo de Amira y lo ocurrido todavía persistía en el espacio, la mujer había terminado en una clínica psiquiátrica en donde la trataban muy bien, dicho por ella misma. Farid la visitaba tres veces por semana, Rayan lo hizo solo una vez. Estuvieron uno frente al frente por una hora sin decir palabra.

¿Qué había que decir después de todo lo vivido?

Farid estaba bajo tratamiento psicológico, perder a tu madre y enterarte de que es una asesina no es algo fácil para procesar en un adolescente.

La relación de Rayan y Farid era cordial, la distancia no se iba, pero al menos convivían. Farid no lo gritaba, ni discutía, se había vuelto calmo, sigiloso incluso. Rayan, en cambio, se había tornado un fantasma en su propia casa. Se perdía en el trabajo, se dedicaba con un entusiasmo absurdo, con el pensamiento de que el vacío que sentía, en algún momento, se iría. Sin embargo, la situación se movía en sentido contrario. Rayan extrañaba cada vez más a Max.

Farid le habló de un proyecto de robótica con el cual participaría en la escuela, Rayan lo escuchó y lo felicitó, también le contó acerca de sus amigos, de sus profesores, y el hombre tuvo un rayo de esperanza. Quizás, todavía su relación podía salvarse.

Una vez que terminaron la comida, ambos lavaron los platos. Farid observó a su padre quien se detenía por instantes y llevaba su mirada más allá.

—¿Tanto lo amas?

Rayan parpadeó, el calor subió por su cuello hasta su rostro.

—¿Disculpa?

—Al tal Max—replicó—, estás perdido por él.

El hombre dejó el repasador, se apretó el puente de la nariz y rio, rio de verdad.

—¿Qué quieres que te diga, hijo? —preguntó.

—La verdad, cuéntame todo de nuevo, pero sin omitir nada.

—Farid…

—Necesito conocer la verdad, papá, incluso si duele, ¿puedes darme eso?

Rayan se abrió a su hijo sin pudores, le contó todo, esta vez sin escatimar detalles, desde el ciclamen del Líbano, hasta el primer

beso, desde el encuentro de sus cuerpos hasta su abandono. Cuando Rayan terminó de hablar ambos tenían lágrimas en los ojos.

—Perdóname, papá.

—Hijo, ya te dije que…

—No hablo de culpa—explicó—, te pido perdón por no entenderte, por juzgarte sin conocer lo que sientes, sin pensar en lo que sufriste.

—Nunca quise que me odiaras. —Rayan agregó—. El problema es que no supe elegir a tiempo, y ahora lo he perdido para siempre.

Farid abrazó a su padre con todas sus fuerzas, incluso con el dolor en su brazo que todavía molestaba, incluso cuando ya no estaba inmovilizado. Rayan le correspondió el abrazo.

—Nunca te odié, papá. Te quiero, te quiero muchísimo.

Rayan recordó el momento en que su hijo llegó a este mundo, en cómo lo miró y le sonrió como si viera la luz por primera vez, Rayan quería ser la luz de su hijo, iluminarlo en cada paso, evitarle el sufrimiento.

—Te amo, mi niño, nunca olvides eso. Nunca, ¿me oíste?

Rayan se durmió un rato después en el sofá, la televisión estaba encendida. Farid lo observó y algo se removió en su interior. La felicidad de su padre estaba en sus manos, y nunca se percató de ello.

Fue a la cocina, en la encimera estaba el celular de Rayan, lo desbloqueó ya que conocía de memoria su clave. Buscó el número de Max y marcó. Uno, dos, tres tonos, sin respuesta. Farid negó, era lógico que Max quisiera mantener la distancia. Fue a su habitación por su celular y guardó el número de Max. Espero unos minutos antes de volver a intentar, esta vez, desde su teléfono.

—Hola. —Max respondió al segundo tono. Farid tragó saliva.

—Hola, soy Farid, el hijo de Rayan.

Hubo un silencio del otro lado de la línea tan espeso y largo, que Farid creyó que Max había cortado.

—Farid, tú, es decir, ¿cómo conseguiste mi número?

—Lo saqué del teléfono de papá—confesó—, ese no es el punto de todos modos.

—¿Entonces? ¿A qué se debe esta llamada? ¿Rayan está bien?

—No—replicó—, y no lo estará hasta que tú regreses con él.

—Farid, sé que quieres ayudar a tu papá, pero…

—Te ha amado toda su vida—dijo el muchacho—, ¿de verdad vas a renunciar a eso? ¿Acaso no lo amas igual?

—El amor no es el problema, nunca lo fue. Es la vida que siempre nos separó.

—No sé si alguna vez llegue a quererte—confesó Farid—, pero puedo tolerarte porque sé que no le harás daño.

—Farid, ¿de qué estás hablando?

—Ven por él, Max, él te quiere, y yo no le voy a impedir su felicidad. Toda su familia lo hizo, yo no quiero ser como ellos.

34 El joyero de Damasco

«Para los árabes, cuando un hombre regala un joyero damasquino a una mujer, significa que su amor es grande y que es capaz de hacer por su amada cualquier sacrificio, y si su amada lo acepta le está dando su amor y su vida».

Max se detuvo en el porche esa noche donde el frío ya no hacía estragos. La primavera estaba llegando y con ella la vida en su máxima plenitud. Quería ser la primavera para Rayan.

Llevaba en su bolsillo un pequeño joyero de madera, una reliquia absurda que tenía talladas letras en hebreo. Sonrió y subió las escaleras, quizás era hora de hacer su propia leyenda, de demostrarle al mundo que ellos podían amarse, que la guerra nunca fue la única alternativa entre sus pueblos.

Golpeó la puerta y sintió como su corazón se sacudía en su pecho del mismo modo. Se había arreglado lo mejor que pudo, su rostro demacrado era algo difícil de cubrir. Cada día sin Rayan lo había desangrado. Era absurdo, había pasado décadas sin su presencia, pero el reencuentro intensificó el deseo y el amor por el otro.

Fue Farid quien abrió la puerta, ambos sonrieron y el muchacho le hizo seña para que ingresara.

—Papá, tienes visitas—dijo mientras se escuchaban pasos y alguien bajaba las escaleras.

—¿Quién es? —preguntó y se detuvo en seco cuando llegó a la sala al encontrarse de frente con Max.

Rayan tragó saliva.

—Max, ¿qué haces aquí?

Farid miró su reloj.

—He quedado con mis amigos en el centro comercial, llego tarde.

Rayan observó a su hijo quien se acercó y le dio un abrazo, su cerebro no alcanzaba a procesar.

—Farid, tú…

—Todo estará bien, papá. Confía en mí.—Le guiñó el ojo y se alejó, pasó al lado de Max y ambos asintieron. Era una tregua, una que ambos hacían por el hombre que amaban y su felicidad.

La puerta se cerró y el silencio invadió la casa, excepto por sus respiraciones.

—No esperaba verte de nuevo—dijo Rayan con torpeza.

—Tu hijo me invitó. —Max sonrió—. Sacó el número de tu teléfono.

Rayan cerró los ojos y negó con una sonrisa.

—Siempre fue un pequeño pillo.

Max dio pasos hacia el hombre. Ambos quedaron a centímetros de distancia.

—Tengo algo para ti. —Su voz tembló, metió su mano trémula al bolsillo del abrigo y sacó la pequeña caja de madera—. Es un joyero, quizás no sea como el de tu leyenda, pero es todo lo que tengo, es todo lo que conservo de mi vida en Beirut.

Estrechó su mano y Rayan recibió el obsequio. Sus ojos se llenaron de lágrimas al notar la inscripción.

—Eso significa…

—Sé lo que significa—interrumpió y sus miradas se encontraron—. Aprendí hebreo solo por ti, *habibi*, solo esperando este momento.

—*Ahavti alich kel yum.*—Max pronunció con todas las emociones que se arremolinaban en su interior.

«Mi amor para ti cada día».

—¿Qué esperas que te diga, *habibi*? Mi corazón es tuyo, siempre lo fue.

Max se acercó y ambos se envolvieron en un abrazo tan intenso que parecía que sus cuerpos iban a fusionarse allí mismo.

—Nuestra vida nunca será fácil. Estamos rotos, Rayan.

—Ya lo sé—Rayan lo asió del rostro y peinó sus cabellos—, pero si debo consagrar los pedazos de mi alma a alguien en este mundo, pues que sea a ti.

Las lágrimas contenidas por Max abandonaron sus ojos en ese instante, la vida, la vida maldita y bendita le daba una nueva oportunidad.

***

«Néctar y ambrosía».

El manjar de los dioses era lo que se desprendía de los labios de Max, y Rayan no quería apartarse. Estaban en medio de la sala donde su hijo los dejó antes de marcharse. Sus manos se negaban a abandonar el cuerpo del otro, a dejar de trazar líneas invisibles sobre la ropa, a besar su cuello y chupar sobre sus labios.

La mano derecha de Max fue debajo de la camisa de Rayan y acarició su abdomen plano, sus dedos trazaron sus músculos firmes y tibios, que ahora alcanzaban una nueva temperatura.

—¿Por qué es tan sencillo hacer el amor contigo? —Rayan indagó contra su cuello, Max dio una risilla nerviosa, al notar que las manos del inspector estaban debajo de su pantalón y el bóxer y presionaban sus nalgas—.Entonces, ¿vas a darme una oportunidad? —preguntó sobre los labios de Max antes de devorarlos.

—Sí—replicó y gimió cuando la boca ansiosa de su amante descendió a su cuello—, tu hijo dice que la merecemos, y voy a coincidir con él.

Rayan se sintió afortunado en ese instante. Su niño, su pequeño niño había crecido y tenía la madurez suficiente para entender su

accionar, incluso cuando no lo justificara.

Subieron las escaleras entre beso y beso, entre caricias que los hicieron tambalearse hasta la habitación de huéspedes que era territorio neutral. Max no quería ocupar el cuarto donde Rayan y la madre de Farid habían dormido e intimado, no era justo para ninguno de ellos.

Se arrojaron a la cama, Rayan se acomodó entre sus piernas, todavía estaban vestidos. Sus labios parecían adherirse, eran imanes que se buscaban y se entendían de una forma mágica.

Max enredó sus dedos en los cabellos ensortijados y negros de Rayan, tironeó de ellos y el hombre gimió. Sus miradas se encontraron una vez más, sus ojos vagaron por las facciones del otro, por cada gesto, y descendieron a sus labios hinchados.

—Esta vez ninguno de los dos se irá, ¿entiendes? —Rayan aclaró—. No más sacrificios, nos quedamos y enfrentamos todo lo que la vida traiga, juntos.

Max asintió varias veces, convencido de su decisión. Sus bocas se conectaron una vez más, sus manos empezaron a quitar la ropa del otro de una manera torpe y apresurada, necesitaban sentir y contemplar la piel del otro, embriagarse del sudor y los gemidos, esa dulce melodía de la cual nunca querían apartarse.

Los dedos de Rayan se tatuaron a las caderas, Max abrió sus piernas y el hombre introdujo su cabeza entre ellas. Su lengua subió desde su entrada hasta sus testículos. Max se mordió el labio inferior, su amante succionó sobre la piel, la lengua se posó sobre el glande e hizo círculos en él. Max dejó de contener a su boca que buscaba expresar con entusiasmo cuánto le gustaba esto.

Rayan lo devoró, las caderas de Max se levantaron en busca de la humedad, y de la lengua experta que aleteaba cada tanto, mientras su boca alteraba en succiones.

—Rayan.—Max gimió—. Estoy a punto.

La lujuria en los ojos de Rayan se intensificó, su boca se adueñó por completo del hombre debajo de él, de su virilidad, de sus jadeos. La

esencia golpeó su paladar y la absorbió, porque el sabor de su amado era único.

Rayan descendió por el cuerpo entregado debajo de él, y desplegó un camino de besos y chupetones como era su costumbre, desembocó en sus labios, y se derramó sobre él, Max le entregó un sobre de lubricante y Rayan le sonrió.

—Muy preparado, ¿eh?

—Si tu deseo era la mitad de urgente que él mío, sabía que terminaríamos aquí.

—Mi chico inteligente. —Rayan señaló y besó su boca, mientras sus dedos lubricados buscaron la entrada.

Max gimió de dolor cuando dos falanges lo atravesaron, Rayan fue con más cuidadoso esta vez, sus dedos se movieron como tijeras, dilatando la zona para él. Max asió su pene y lo masturbó, ambos se movieron en ese ritmo, con su mirada sobre el otro, desafiándose a caer o a ceder. Rayan apartó la mano de su amante y lubricó su hombría.

Cuando Rayan lo penetró, ambos gimieron al unísono. Las lágrimas corrieron por las mejillas de ambos sin darse cuenta ¡Cuánto habían extrañado ese contacto!

Las estocadas comenzaron de inmediato, Max y Rayan se movieron al unísono, como una máquina perfecta, con sus engranajes que calzaban de manera única en el otro. Max abrazó el enorme cuerpo sobre él y se dedicó a disfrutar del vaivén, del glorioso sonido que venía de la colisión de sus cuerpos. Rayan deslizó su lengua sobre su cuello, hasta sus pezones, los cuales succionó. Max se contrajo de placer. Estaban allí como la primera noche después de décadas de estar separados.

El semen pintó los abdominales de Rayan, su amante se vino en su interior minutos después. Se quedaron unidos después del acto, disfrutaron de la calma y la piel del otro, de los latidos del corazón lleno. Rayan volvió a endurecerse en su interior.

Max lo volteó sobre el colchón y lo cabalgó como había soñado, como llevaba esperando desde hacía años. Rayan lo contempló con lujuria y devoción. Sus manos fueron sobre su pecho y abdomen blanquecinos, de nuevo el semen estalló entre ambos. Max recogió unas gotas y las llevó a los labios de Rayan quien chupó sus dedos.

—Eres tan hermoso. —Rayan susurró sobre sus cabellos rubios y húmedos—. Te extrañé tanto.

—Me he tocado pensando en ti—confesó Max—, cada día. —Sus caderas se movieron una vez más, buscando que el pene en su interior volviera a endurecerse.

—Prometo mantenerte de este modo cada vez que lo desees. —El inspector lo arrojó sobre la cama y le dio la vuelta, Max se apoyó sobre manos y rodillas. Rayan besó su nuca, y su boca surcó su columna vertebral hasta sus nalgas—. Tengo miedo de lastimarte si dejo de contenerme.

Max giró su rostro hacia el hombre detrás de él y sonrió.

—¿Acaso no me conoces, *ahuvati*?

Rayan rio y le mordió el hombro, Max gimió cuando percibió la erección rozando sus nalgas.

—¿Te he dicho que el hebreo en tu boca es lo más lascivo del mundo?

El inspector penetró su cuerpo de nuevo, Max apuñó las sábanas debajo de él cuando las estocadas lo hicieron temblar por su intensidad.

—Si esta es tu manera de demostrarlo, pues lo hablaré todo el tiempo.

Rayan lo asió del cabello, y logró que la espalda de su amante se uniera a su torso.

—Dilo de nuevo—musitó y le chupó el lóbulo de su oreja—, por favor.

—*Ahuvati*—musitó contra sus labios—, te amo tanto, amado mío. Ahora y siempre.

Epílogo

Nueva York, Estados Unidos.

Tres meses después.

Acaricié los pétalos de uno de los ciclámenes mientras estaba de rodillas en el jardín, en el que ahora era nuestro jardín. El aroma dulce y fresco llenó mi olfato, una porción de la tierra donde crecí estaba en mi hogar, en el sitio de donde nunca querría marcharme. Rayan estaba a unos metros de mí, colocando fosfato de hierro a dos pequeños árboles que habíamos plantado .

«¿Crees que deberíamos empezar en otro lugar?».

La pregunta ni siquiera necesitó respuesta, todos lo ansiábamos. Rayan, Farid y yo empacamos, ellos vendieron su casa y decidimos invertir en algo para los tres. La distancia física no mermó los fantasmas, solo los apaciguó. De vez en cuando, regreso al día en que encontré a Luffer bañado en sangre, al momento en que Raúl Pizarro me mostró lo que era el dolor físico en su máxima expresión. Farid y Rayan también guardan silencio a veces y se pierden en sus pensamientos. No es fácil construir desde las cenizas, pero lo intentamos, lo intentamos cada día porque creemos firmemente que el amor es mayor, y que la vida, en su infinita sabiduría, nos dio esta oportunidad para no desperdiciarla.

El mundo no dejó de girar solo por nuestra tristeza, siguió mostrando su luz y también su oscuridad. La guerra entre nuestros pueblos sigue más viva que nunca. La sangre sigue corriendo como un río cuyo caudal jamás se detiene y jamás deja de crecer, y me

pregunto ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuando la muerte será lo único que nos une?

Rocío los pétalos de las flores, el agua humedece y el aroma se hace más fresco y puro, el dulzor está presente en el aire, nos baña y nos reconforta.

Rayan sigue trabajando en la estación de policía, yo sigo trabajando en la discoteca incluso cuando él lo odia. Respetamos nuestros espacios y construimos uno en común, con el amor como eje central.

Las conversaciones con Farid han mejorado, ya no me responde con monosílabos, y creo con certeza que podemos llegar a ser amigos. Su madre está evolucionando, eso es lo que él me dice, y noto alegría en sus ojos, la alegría que nunca debió perder por las malas decisiones de los adultos.

—¿En qué piensas? —Levanto la vista y me encuentro con la sonrisa de Rayan quien me mira con ternura.

—En nada y todo al mismo tiempo—replico y él asiente.

Se pone de cuclillas a mi lado y ambos nos quedamos así, con el viento que nos despeina y nos trae este aroma inolvidable, un aroma que forma parte de nuestra historia, de nuestro camino con sus idas y vueltas, con el llanto y la amargura a cuestas, pero también con la infinita alegría de saber que él otro estaba allí, que siempre estuvo esperando.

Removemos la tierra, la humedecemos y nos sentamos en medio de este paraíso, nuestra versión del edén en donde nadie es tan bueno o tan malo, y solo somos seres humanos buscando la felicidad.

Hacemos el amor cada noche, lo hacemos cada día también con cada acción, con cada gesto de ternura, cuando nos tocamos las manos o el acaricia mi cabello y sus dedos se enredan en las hebras rubias. Cuando me toca siento que mi corazón se detiene, late más lento, como si la calma retornara a mí, la brisa de la mañana que nos despierta y nutre la existencia.

Lo deseo como la primera vez que yacimos juntos, mi corazón le sigue perteneciendo, y el suyo es mío también, ya no albergo dudas, ni pienso en cuentas pendientes. No pienso en mi padre, ni en mi madre con odio y mucho menos con resentimiento, aunque soy consciente de que a Rayan todavía le duele haberlos perdido. Nunca se acostumbrará a su ausencia, cuando las raíces son tan fuertes, a veces, asfixian, pienso que ese es el caso de mi amado. Se encuentra a medio camino, entre el deseo de pertenecer y el deseo de ser libre, le agradezco cada día que haya elegido la libertad, que me haya elegido a mí.

Mi pasión no tiene límites cuando se trata de él, me estremezco solo con su mirada, y soy consciente de que viviría todo de nuevo con tal de tenerlo en mis brazos. Viviría todo de nuevo, si eso significara besarlo, aunque fuera una vez.

Mi padre solía decir que nuestro pueblo se basaba en el sacrificio, yo prefiero basar mi existencia en el amor, en sentir cada segundo que puedo ser algo más que un simple ser humano que solo anhela la muerte y la promesa de un paraíso.

Rayan y yo decidimos construir nuestro paraíso, lo hacemos en cada paso, con cada beso, a veces estamos más cerca de lograrlo, otras pensamos que es una simple ilusión, pero nunca nos rendimos, porque esa es la esencia de ambos, es la sangre que corre por nuestras venas.

El mundo puede ser tan bello como tú te lo imagines, yo elijo cada día hacerlo maravilloso.

«Ahavti alich kel yum».

Es la promesa que le hago a Rayan para los momentos que pasemos en la tierra. Mi amor para ti cada día, y le agradezco que me haga tan fácil cumplirla.

Por los días que vendrán, por las luchas que enfrentaremos, por este sentimiento que me traspasa y se acrecienta cada día.

—¿Lo sentiste equivocado?

—¿Cómo algo tan maravilloso podría ser equivocado?

Cierro los ojos y recuerdo su pregunta, recuerdo su miedo y su determinación. Ya no hay lágrimas, no hay angustia interminable, solo queda el silencio, un silencio tan puro que me regocija, un silencio que me llena de mil formas y me ilumina.

Mi madre una vez me dijo que el amor verdadero es calmo, es brisa y no tormenta. Cuando contemplo a Rayan como esta mañana entiendo a lo que se refería.

Él es mi puerto seguro, mi paz y la fogata que calienta mi alma cuando la oscuridad acecha.

Lo amo, incluso cuando el mundo me dice que debería odiarlo. Ya no me importa lo que los demás digan, viviremos nuestra vida, y no pediremos perdón por ello.

Agradecimientos

Esta historia lleva en mi mente mucho tiempo, y sé que ustedes la esperaban desde 2021. Les agradezco la paciencia y la fidelidad, gracias por seguir aquí después de tantos años. Estos meses no han sido sencillos, el 18 de diciembre como muchos de ustedes saben mi mamá sufrió un ACV y mi vida se puso patas para arriba. Seguimos adelante, no nos rendimos y hay días mejores que otros.

Les agradezco que hayan adquirido este libro ya que no solo son mi apoyo, son mi sostén económico en estos momentos, gracias infinitas de verdad por su inmensa fidelidad.

Gracias a cada uno de ustedes por hacer realidad mi sueño, por estar ahí siempre con un mensaje y su amor. Sé que debo transitar un camino largo, pero también sé que cuento con ustedes que me dan su apoyo y aliento.

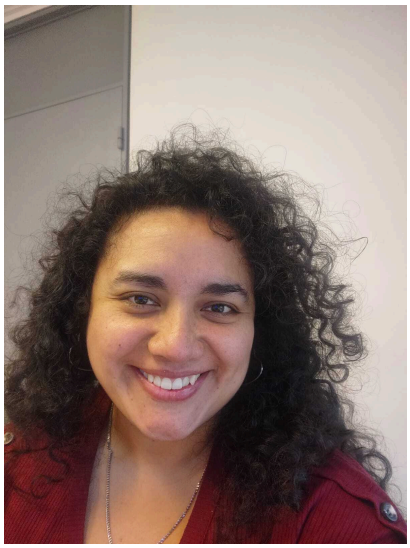
Gracias a papá y a mi hermana Vanesa, gracias a mamá, porque decidiste quedarte y ni partir. Gracias a vos que estás del otro lado incluso estando deshecho quizás de la misma forma que yo.

Te amo y te abrazo. Sigue adelante.

Paz.

Acerca del autor

Paz Iribarne



Paz Iribarne, licenciada en Ciencias Políticas, hace algunos años decidió dejar de lado los textos políticos para dedicarse a su verdadera vocación: escribir novelas románticas cargadas de erotismo, drama y acción, con el amor como protagonista único. Paz suele decir que escribir le permite liberar su alma, esa que muchas veces sintió estaba encadenada.
La carrera en la que se graduó jamás le permitió eso, así como tampoco el trabajo a tiempo completo que tenía en una empresa de comunicaciones. Hoy su meta es seguir escribiendo, porque es una tarea que hace con el corazón, donde se siente valorada y amada.
La autora ha creado diversas novelas y sagas del género LGBT, así como también de romance heterosexual, tales como la Saga Besos Ocultos (Gay), Trilogía Obsesiones (Gay), Trilogía Juegos de Poder (Gay), Trilogía Callums (Gay), Trilogía Locura de Amor (Gay), Saga Deseos Eternos (Gay), Deber y Deseo (Hetero), Atracción, Deseo y

Caída (Romance bisexual), Bilogía Match point (Gay) Bilogía Sangre y cenizas (Hetero) Saga Prohibidos (Gay). Todas las obras están publicadas en plataformas como Amazon.